

Corresponsales

Aguascalientes

José Luis Jacques
Tokio 207
Fracc. del Valle 2ª Sección
20089 Aguascalientes, Ags.
Tels.: (449) 916 89 40 ó 044 449 9069517

Baja California Norte

David Ungerleider K.
Ave. Centro Universitario 2501
Playas de Tijuana, (Apdo. Postal 185)
22200, Tijuana, B. C.
Tel.: (664) 630 1577 Ext. 205

Colima

Cruzare S.A., Atn: Salvador Cruz A.
Abasolo 79
28000 Colima, Col.

Guanajuato

Dr. Arturo Lozano Madrazo
CESCOM
Fray Daniel Mireles 416
San Pedro de los Hernández
37280 León, Gto.
Tel.: (477) 771 41 59

Nuevo León

Mariela Gómez García
Brillantes 111
Col. Pedregal del Valle
66280 Garza García, N. L.
Tel.: 35 17 10
Marianela Madrigal Hinojosa H.S.S.
Espinosa Ote. 851
64000 Monterrey, N. L.
Tel.: (81) 83 43 25 30

Oaxaca

P. Juan Ruiz
Parroquia de los Siete Príncipes
González Ortega 415
68000 Oaxaca, Oax.
Tel.: (951) 516 34 58

Tabasco

Miguel Ángel García Trinidad
Av. Madero 645
86000 Villahermosa Tab.
Tel.: (993) 31 20 9 18

Yucatán

Nancy Walker y M. Cristina Muñoz
Calle 31 N° 200A
García Ginerés
97070 Mérida, Yuc.

Christus, Teología y Ciencias Humanas

Número 747 Año LXX, Marzo-Abril, 2005.

Editor: Luis G. del Valle/Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Director: Luis G. del Valle.

Administradora: Magdalena Cubas Carlin.

Consejo de Redacción: Raúl Cervera, Abel Fernández, Luis Arturo García, Omar David Gutiérrez Bautista, Enrique Maza, Sebastián Mier, Felipe Ortiz, Pedro Reyes, Ángel Sánchez Campos, Luis G. del Valle.

Consejo Asesor: Miguel Álvarez G., José Álvarez I., Rafael Álvarez, María Luisa Lalinde, Mario Monroy, Rebeca Montemayor, Luis Ramos, Javier Riojas, Alfredo Zepeda.

Diseño: Jorge Arturo Vargas López

Diagramación: Mireya Guadalupe Salvatierra Salinas.

Suscripciones: Mireya Guadalupe Salvatierra Salinas y Amelia Jasso Castañeda

Una publicación del Centro de Reflexión Teológica, A.C. y órgano de la diócesis de la Tarahumara. Está registrada como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D.F., el 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la SEP, N° 998, otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación, el día 15 de julio de 1982. Permiso N° 0020136, características: 228241205.

Autorizado por SEPOMEX. Registro postal PP09-0074, publicación bimestral. A partir del 1 enero 2005, cada número: \$70.00, suscripción anual (seis números) para el país: \$470.00, \$1300.00 por tres años; para América Latina y África (correo aéreo): 60 dls.; para otros países: 85 dls.

Librería: Miguel Laurent 340-A, Col. del Valle, Benito Juárez, 03100 México, D.F.;

Tel.: 55 59 61 55, 55 59 61 56, Fax: 55 59 54 84

Correspondencia: Apdo. 21-272
Coyoacán
04021 México, D.F.

Correo-e: christus@sjsocial.org

Página WWW: <http://www.sjsocial.org/crt/christus.html>

Impresa en Fototipo, S.A.

Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad de sus autores.

Puede reproducirse en revistas cualquier material, si se cita la fuente, y después se nos envían dos ejemplares de la publicación.

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de publicación de artículos recibidos.

Las fotografías son cortesía de: Archivo CRT

Presentación

Afrontar hoy lo que vivimos desde la perspectiva del futuro que se nos viene es una experiencia de alegría o de miedo, según tengamos o no esperanza. ¿Tememos lo que nos sobrevendrá? Entonces no tenemos esperanza. Aunque la palabra nos puede engañar. Esperanza puede simplemente referirse a lo que esperamos que venga, o porque es consecuencia de lo que ahora sucede, o porque lo están provocando fuerzas o personas o situaciones sobre las que no tenemos control. Llegará, querámoslo o no. Eso es en cierto sentido esperar. Pero no en el sentido que le damos a la palabra cuando nos referimos a LA ESPERANZA. Lo contrario es el temor o miedo a lo que va a suceder.

El cuaderno es sobre LA ESPERANZA en el último sentido del párrafo anterior. Lo que esperamos que venga.

La ESPERANZA es teologal. Nos viene de Dios. Es una realidad última, como todas las de Dios. Al comunicármola, también nos hace encontrar y vivir signos que la anticipan ya desde ahora. Esperamos lo que está en la comunicación de su vida que Dios nos ha hecho. Esperar en este sentido no es ya saber lo que va a venir. Es saber que el amor seguirá siendo el centro y el sentido de toda vida humana, de individuos y de colectivos. Y eso es lo que Dios nos garantiza.

Quisiéramos que nos garantizara que la historia de cada uno y la historia en general tenga un final feliz o acorde con lo que ahora nos parece felicidad. Y lo que le esperanza nos garantiza es un futuro en el amor. No que nos van a amar todos. No que nunca fallaremos en el amor. Sí que siempre podremos ser libres para amar.

Y esto es lo que de diversas maneras y matices nos proponen los autores a los que les pedimos que nos dieran sus pensamientos y saberes sobre LA ESPERANZA. No sobre la predicción del futuro, no sobre el miedo a lo que puede venir o pensamos que puede venir.

La editorial trata sobre el foro social mundial y sobre las reuniones de los grandes y poderosos. Nos lleva a reflexionar sobre Davos y sobre Porto Alegre. Dos lugares de encuentro de unos y de otros.

Los dos documentos tocan también el tema de nuestra esperanza.

Uno es una carta fraterna de don Pedro Casaldáliga una vez que ha dejado de ser el Obispo residencial de la diócesis de San Félix de Araguaia. Se congratula de las manifestaciones de solidaridad y se refiere a la situación del mundo y de la Iglesia. Y termina uniéndose a Van Gogh: «después de ver cómo van cayendo tantos molinos, en la Sociedad y en la Iglesia, seguimos proclamando -en la Esperanza y en el Compromiso- que «el Viento continúa»

El otro se refiere a la iniciativa «Hacia un nuevo Concilio». La esperanza en una iglesia renovada y renovadora.

Seguimos agradeciendo a José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos de Cuernavaca que nos ayudan a preparar las homilias dominicales, o a prepararnos para escucharlas. ☛

En este número

Biblioteca "Clavijero, S. J."



1100002264

EDITORIAL CUADERNO

- 8 Reflexiones sobre la esperanza.
Fernando Cardenal.
- 10 Proclamar la esperanza en medio del fracaso. Teología Bíblica del Exilio.
Jaldemir Vitorio.
- 17 El sol, en invierno, pica.
Esperanza escatológica y esperanzas cotidianas
Raúl Cervera.
- 26 ¿Hay esperanza para los pobres?
Víctor Codina.
- 31 Testimonio de esperanza.
Mons. Samuel Ruíz García.
- 34 Las raíces históricas de la esperanza.
Pablo Richard.
- 37 Justicia social y esperanza cotidiana.
Sebastián Mier.
- 40 ¿De dónde sacar esperanza?
Leonardo Boff.

DOCUMENTOS

- 41 Pero el «viento continúa». Circular fraterna 2005.
Don Pedro Casaldáliga
- 43 Construir y soñar la esperanza. Hacia un nuevo concilio. Síntesis de una evaluación participativa, siempre en proceso.
Emilia Robles y Javier Malagón.

LIBROS

- 48 CHRISTUS y los libros.

PALABRA

- 55 La palabra a fondo
José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos.

Editorial

Dos foros fundaron dos ciudades Davos y Porto Alegre

A partir del 29 de enero de 2005 comenzó, en el pueblo de Davos (Suiza) la cumbre del Foro Económico Mundial que reúne cada año a jefes de Estado, funcionarios de los gobiernos, magnates de la economía mundial, sindicalistas, académicos de renombre. Por su lado, el V Foro Social Mundial se realizó en Porto Alegre (BRA) y cerró con un manifiesto que consta de 12 puntos, bajo la consigna de «otro mundo es posible».

En el Foro de Davos se manejaron iniciativas tan importantes y disímiles como la «ciudadanía corporativa» -algo así como la responsabilidad social de las empresas-; la asociación contra la corrupción; una iniciativa de educación para Jordania; un proyecto para una convención monetaria internacional; una red de recursos para casos de desastre en el mundo; los retos de la energía; el financiamiento para el desarrollo; la competitividad, gobernabilidad y salud globales; el registro del efecto invernadero; la reforma de las pensiones; el comercio mundial; el agua; el diálogo con el mundo islámico del próximo Oriente.

Este año los chicos aplicados del salón no fueron ya el milagro japonés, los tigres de Oriente y las recetas económico-políticas del Fondo Monetario Internacional, como venía sucediendo en los últimos veintisiete años. El nuevo protagonista fue el espectro de la volatilidad e incertidumbre en la economía mundial, arrastrada por la crisis de las economías emergentes asiáticas.

En los discursos no faltaron temas realmente importantes. Salió a relucir la educación, como base de todo desarrollo, a pesar de que muchos gobiernos han colocado a la baja los presupuestos en este rubro y han elevado el costo de las matrículas universitarias. El reconocimiento de la marginación como factor de desestabilización llevó a postular la

necesidad de hermanar el desarrollo económico con el social. La situación del continente africano ocupó un lugar destacado. Brilló la propuesta de J. Chirac de crear hasta cuatro nuevos impuestos internacionales para financiar el desarrollo.

También hubo optimismo. La tasa de crecimiento de la economía mundial -del orden del cinco por ciento durante 2004- permitió afirmar que este avance ha sido el mejor de los últimos treinta años, y que puede esperarse un crecimiento del cuatro por ciento durante el presente. Sin embargo siguió rondando el fantasma de la inestabilidad.

Una expectativa importante fue que en la cumbre de Hong Kong a final del año, pueda concluir la Ronda de Doha, iniciativa que pretende impulsar, nada más ni nada menos, la liberalización de comercio.

A diferencia del Foro Económico Mundial, en el que el conjunto de esfuerzos e iniciativas no pudo cristalizarse finalmente en propuestas concretas o en un documento conclusivo, el V Foro Social Mundial fue contundente en las propuestas que aparecen en el «Manifiesto de Porto Alegre 2005».

Bajo el lema de «otro mundo es posible» se propusieron siete reglas relativas a la economía, tendientes a preservar el derecho a la vida plena: anulación de la deuda externa de los países del Sur; aplicación de la tasa Tobin a las transacciones financieras y beneficios de las transnacionales; dismantelamiento de los paraísos fiscales, jurídicos y bancarios; derecho al empleo, protección social y jubilación; promoción del comercio justo, así como de las normas sociales y ambientales; derecho a la cultura por encima del derecho al comercio; derecho a la soberanía alimenticia y la seguridad



de cada país, mediante la promoción de la agricultura campesina; prohibición de producción e importación de organismos genéticamente modificados; prohibición de toda forma de patente sobre los conocimientos y la vida, así como de la privatización de los bienes comunes de la humanidad, en primer lugar el agua.

Otras tres reglas se refieren a la promoción de la paz y la justicia: el establecimiento de políticas públicas contra la discriminación, el sexismo, la xenofobia, el racismo, así como el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas; la lucha contra la destrucción del medio ambiente; el desmantelamiento de todas las bases militares extranjeras en todos los países.

Las dos últimas reglas miran al establecimiento de la democracia: garantizar el derecho a la información; reformar y democratizar los organismos internacionales.

De este modo, seguimos constatando qué sucede cuando los análisis y los proyectos se encuentran sesgados por los intereses de los amos del dinero y la política en el mundo. En Davos aparecen iniciativas que realmente abordan situaciones delicadas que afectan a toda la humanidad. Hasta aquí las cosas aparecen con bastante claridad. Pero la ceguera comienza cuando se trata de profundizar los análisis y, sobre todo, buscar las medidas operativas que puedan llevar a un avance real y, eventualmente, a una superación de las amenazas que se ciernen sobre la humanidad. En Davos no se da siquiera un conjunto de conclusiones aceptadas por los participantes. Al final la aportación se restringe a algunos cuantos análisis clarividentes -no todos- y dos o tres palabras sabias pronunciadas por los *think tanks*.

Desde la perspectiva de la mayoría excluida del planeta, Porto Alegre delinea una serie de directrices que pretenden incidir de manera significativa y positiva, para lograr un paso adelante en la vida de todos los seres humanos. Pero esto afecta algunos intereses inmediatos y directos de los magnates.

En conclusión, en Davos se asienta el poder y en Porto Alegre el saber. ¿Algún día podrán confluir?

En México hemos tenido también nuestros Davos y Porto Alegre. De los primeros hablan con elocuencia, por ejemplo, los afanes privatizadores que lograron imponer en la décimo novena Asamblea Nacional del Partido Revolucionario Institucional los sectores priísta de los Estados del Sur y Este del país -ligados a Roberto Madra-

zo- en connivencia con algunos representantes de regiones con una fuerte impronta empresarial, como Monterrey. Esta es una de las grandes satisfacciones que sirvieron en charola de plata al presidente Fox ese fin de semana. Tanto que el secretario de Gobernación, Santiago Creel Miranda, se precipitó a exigir una reunión inmediata PRI-Gobierno para definir la agenda privatizadora del sector energético, fundamentalmente, los hidrocarburos y la electricidad.

En la misma línea, en la sesión ordinaria del Consejo Nacional del PAN resultó electo como presidente nacional del partido, con ciento noventa y seis votos, el duranguense Manuel Espino Barrientos, hombre con carrera y experiencia política, pero fuertemente ligado a los sectores más conservadores del panismo, incluida la fantasmal, pero no menos real asociación *El Yunque*. Ello constituye un punto a favor de la candidatura presidencial del Delfín de la presidencia, el secretario de gobernación, así como una mayor derechización de las estrategias panistas. Hasta aquí, algunos de nuestros más recientes Davos.

También tenemos nuestros Porto Alegres. En primer lugar, la victoria en el sureño Estado de Guerrero del abanderado del PRD, el empresario Zeferino Torreblanca, con un total del cincuenta y seis por ciento de los votos emitidos. El trabajo que desarrolló como edil de Acapulco le granjeó la estimación de muchos electores. A ello se añade, sin duda, el hartazgo del pueblo guerrerense, que ha tenido que padecer altos índices de rezago económico, caciquismo, represión -recuérdese Aguas Blancas- durante las sucesivas dinastías priístas.

Por otro lado, el segundo tribunal colegiado en materia penal ordenó a la Procuraduría General del Distrito Federal reabrir el caso de la defensora de los derechos humanos Digna Ochoa y Plácido. Con ello se revoca la negativa del juzgado primero B de distrito de amparar a los familiares de la abogada. En consecuencia se encuentran ya facultados para presentar una serie de dictámenes periciales que, eventualmente, podrían llevar a la conclusión de que la abogada fue asesinada. De este modo quedaría abierto el camino para esclarecer los motivos del crimen que, para muchos, tendría como uno de sus principales cometidos intimidar a los numerosos colectivos que luchan por los derechos humanos a lo largo y ancho del país. ☐



Esperanza: Alegría de vivir apesar de todo.

Esperara es seguir amando.

CUADERNO

Reflexiones sobre la esperanza.

Fernando Cardenal.

Proclamar la esperanza en medio del fracaso.

Teología Bíblica del Exilio.

Jaldemir Vitorio.

El sol, en invierno, pica.

Esperanza-escatológica- y esperanzas-cotidianas-

Raül Cervera.

¿Hay esperanza para los pobres?

Víctor Codina.

Testimonio de esperanza.

Mons. Samuel Ruíz García.

Las raíces históricas de la esperanza.

Pablo Richard.

Justicia social y esperanza cotidiana.

Sebastián Mier.

¿De dónde sacar esperanza?

Leonardo Boff.

Introducción al cuaderno

El tema es otra vez la esperanza. Fue en el número anterior la esperanza como la explican personas que buscan y comunican las noticias. Leemos sus reflexiones y experiencias. Y ahora leeremos lo que nos dicen personas que están interesadas en la teología. Los más porque a eso se han dedicado. Otros que se han dedicado centralmente a otras actividades, pero sin descuidar su reflexión desde su fe sobre su propia vida.

Abrimos con Fernando Cardenal. Fue Ministro de Educación en el gobierno Sandinista de Nicaragua. Se pregunta de dónde surge su esperanza habiéndose comprometido tan de lleno tantos años con una revolución que fracasó. Nos comunica sus motivos de esperanza. Afirma con Pedro Casaldáliga que «Somos soldados derrotados de una causa invencible» y que pocos podrán sentirse más derrotados que él después de 22 años de militancia en la revolución sandinista, hecha fracasar por la corrupción de una buena parte de sus altos dirigentes. Pero lo importante es que estamos inscritos en una causa invencible: es la causa del amor, es la causa de la justicia y es la causa de Jesús, es su proyecto.

Jaldemir Vitorio, teólogo brasileño plantea en directo: «Proclamar la esperanza en medio del fracaso». Y de inmediato nos problematiza: «Es cómodo hablar de esperanza cuando todo sale bien. La situación cambia, cuando el dolor y el sufrimiento tocan la puerta. Entonces es grande el riesgo de desesperarse y volverse contra Dios, acusándolo de omisión y de insensibilidad ante el sufrimiento de sus hijos». Nos hace reflexionar en la experiencia del pueblo de Israel cuando fue exilado a Babilonia. Enorme sufrimiento y recia actitud de fortaleza y esperanza. Y también iremos bebiendo la esperanza del Dios verdadero en historias, en los sacerdotes y en los profetas. Su conclusión: El pueblo de Israel, humillado por el exilio, recibió ayuda de todos los lados y fue incentivado a mantener viva su fe y su esperanza. En estas circunstancias, la esperanza tenía exigencias muy concretas. En primer lugar, suponía del pueblo recuperar la fe en Yahvé, el Dios libertador, siempre listo a ayudarlo. Exigía, también, un esfuerzo para regirse por las leyes de Yahvé y no abandonar las tradiciones religiosas, por las cuales conservaría su identidad israelita.

Raúl Cervera nos dice su propósito: «en este escrito trataremos de aclarar si existe una conexión entre el ánimo y el optimismo que experimentamos, a partir de determinados sucesos que juzgamos favorables, y la actitud cristiana de la esperanza». Y nos va a llevar a través de muchas consideraciones muy pertinentes a que donde hay sueños, hay fe esperanzada. Sigámoslo en todas esas consideraciones sobre los símbolos tanto en su función de anticipar el final esperanzado como en su realidad cruda y preñada de futuro. Veremos así que esperar sólo se puede en Dios. Ninguna realidad creada puede constituir motivo congruo de esperanza: ni siquiera la Iglesia. Por ello la tradición la denomina una virtud teologal.

La pregunta de Víctor Codina es: ¿Por qué ahora en el tercer milenio volvemos a preguntarnos si hay esperanza para los pobres?. ¿No estaba ya bien establecida? En los años del nacimiento de la teología de la liberación la esperanza de los pobres se fortificó: comunidades de base, irrupción de los pobres en la historia humana y de la Iglesia, opción por los pobres de la Iglesia latinoamericana en Puebla (1979), la lucha contra las estructuras injustas y de pecado, el paradigma del Éxodo, la espiritualidad del compromiso con los pobres a la luz de evangelio de Mateo 25, la participación de cristianos en los procesos socialistas del Chile de Allende y en la Nicaragua sandinista, la inserción de religiosos y sobre todo de religiosas en barrios pobres y marginados, el testimonio de Obispos como Helder Cámara, Proaño, Pironio, Enrique Alvear, Méndez Arceo, Silva Henríquez, Jorge Manrique y de tantos otros que todavía viven, en favor de los pobres..., la sangre de los mártires como los obispos Romero y Angelelli, de teólogos como Ellacuría y compañeros, de miles de catequistas, mujeres, niños, sacerdotes, religiosos y religiosas y ancianos derramada por defender al pueblo de la injusticia....enmarcan una situación privilegiada, un kairós que G. Gutiérrez define como una irrupción volcánica del Espíritu, verdadera primavera postconciliar de América Latina, donde se comienza a realizar el sueño de Juan XXIII de una Iglesia de los pobres que no se pudo implementar en el Vaticano II. Ante nuevas situaciones demos nuevas respuestas que se basen en lo que es inamovible y que atiendan de

verdad a lo que ha cambiado y seguirá cambiando. Se requiere un nuevo análisis de la realidad, utilizando no sólo la mediación socio-analítica, sino otras mediaciones antropológicas, culturales, de género, religiosas. Se requiere una nueva iluminación teológica. Se requiere una nueva praxis, pues no estamos en los 70-80, no podemos huir al pasado, ni soñar lo imposible. Hemos de transformar el único mundo que tenemos.

Samuel Ruiz García, antiguo Obispo de San Cristóbal de las Casas en Chiapas nos da un testimonio de esperanza. Lo hace en un momento en que pareciera que todas las cosas negativas que se dan en el mundo se conjugan para desarrollar más bien una tendencia pesimista y negativa, y en el que uno, con razón y validez, se pregunta: ¿de qué manera el Señor mantiene en los individuos, en el conjunto de la marcha de la Iglesia -tanto Iglesia jerárquica como Iglesia de los feligreses- la esperanza en el momento presente? En verdad, reflexionando sobre este tema, miro en primerísimo lugar cómo el optimismo con el que el pobre asume los acontecimientos y mira desde su fe hacia delante, con grande confianza en el Señor, es algo que a nosotros nos retroalimenta. El pobre pues, es la primera razón de nuestra esperanza, no por cuanto las situaciones de injusticia y opresión que le hacen pobre y le marginan, sino por la fortaleza y la determinación con que vive y enfrenta esas mismas situaciones, en la lucha diaria por derrotarla y revertirlas. Son más sus reflexiones, Ésta es fundamental. Pero veamos las otras en el artículo mismo.

Pablo Richard examina el sistema dominante actual. Es avasallador y parece sin fisura. Sin embargo la sola esperanza de que otro mundo sea posible es ya una derrota del sistema actual. Lo que esta esperanza necesita para ser real es diseñar un proyecto y construir un sujeto capaz que haga posible ese otro mundo posible. Debemos responder a las preguntas de cómo es ese mundo, cómo funciona, quién lo gobierna, etc. Por otro lado, si no hay esperanza de que otro mundo es posible nunca nos propondremos construir ese sujeto y ese proyecto alternativo. El sujeto no es el sujeto individuo de la revolución moderna, sino el sujeto comunidad. El sujeto individuo ve siempre en el otro un enemigo, es el que compete en

el mercado, la destrucción del otro como condición de mi éxito personal. El otro sólo es reconocido si me es útil. El sujeto comunidad, por lo contrario, afirma en el otro, en la comunidad, la posibilidad de ser sujeto: Yo soy si también eres tú. O, como dice el Evangelio: Ama a tu prójimo porque él es tú mismo. El sujeto comunidad entiende que todo homicidio es suicidio, puesto que la muerte del otro implica mi propia muerte.

Sebastián Mier se propone explicar lo que es la esperanza en este mundo que vemos, con sus enormes sombras, pero también con sus luces que parecen pequeñas y sólo chispazos, pero que tienen la capacidad de iluminar de verdad las grandes tinieblas. No podemos ni debemos cerrar los ojos a las tremendas carencias e injusticias que existen en los ámbitos de la sociedad y de la iglesia, ni tomar una actitud conformista frente a ellas, ni pedirles simplemente paciencia a quienes las padecen con mayor crudeza. Pero eso no es negar que también hay realidades de avance aunque no sean tan espectaculares. Y cuando la realidad es y parece muy adversa, la esperanza adquiere un matiz de resistencia activa y con frecuencia entusiasmante. Los párrafos finales del artículo nos acercan a expresiones populares de esperanza de hoy.

Leonardo Boff nos reitera que sacamos esperanza precisamente de los pobres, de los que a nuestro parecer pensaríamos que ya no tienen ninguna esperanza. Es lo que de diversas maneras habremos estado leyendo en todos los artículos del presente cuaderno: que la fuente de la esperanza se encuentra en las propias víctimas. La esperanza es la única cosa que les sobra, esperanza de que, por adversa que sea la realidad, alguna cosa buena va a salir de ella. ☐



Reflexiones sobre la esperanza

Fernando Cardenal
Managua, octubre 2004

"El cristiano debe dar razones para vivir y razones para esperar". Concilio Vaticano II.

Cuando me preguntan por qué sigo yo tan lleno de esperanza viviendo en un país en una profunda crisis económica, social política, ecológica y moral, aparentemente sin futuro, hasta poder afirmar algunos que es un país no viable. Me preguntan de dónde surge mi esperanza habiéndome comprometido tan de lleno tantos años con una Revolución que fracasó. Yo, en esas ocasiones, expongo un conjunto de ideas que son fuerza para mí y que han surgido de muchas reflexiones producidas al calor de tanta historia vivida en los últimos tiempos.

Una causa invencible y sus testigos

Les digo que yo me veo muy reflejado en una frase del Obispo Pedro Casaldáliga, quien desde la selva del río Araguaia, en el Mato Grosso brasileño, nos dice: "Somos soldados derrotados de una causa invencible". Pocos podrán sentirse más derrotados que yo, totalmente derrotado, porque después de 22 años de militancia en la revolución sandinista, ésta fue hecha fracasar por la corrupción de una buena parte de sus altos dirigentes. Pero lo importante es que estamos inscritos en una causa invencible: es la causa del amor, es la causa de la justicia y es la causa de Jesús, es su proyecto. En el Prefacio de la misa de Cristo Rey se describe su reinado con las palabras siguientes: es un reino eterno y universal, de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. Es el sueño de Dios cuando creó este mundo y a nosotros en él.

Nosotros creemos en la resurrección de los muertos, en la presencia real de Jesús en la Eucaristía y ¿no vamos a creer que Él es capaz de llevar con nosotros adelante su sueño, el que tuvo sobre la sociedad al crear este mundo?

Pero además yo tengo otras muchas razones para seguir lleno de sueños, esperanzas y utopías. Y fundamentalmente mi esperanza se funda en haber visto a miles y miles de jóvenes en la Nicaragua de las décadas 60, 70 y 80, entregados a transformar la sociedad en la que estábamos viviendo, llenos de solidaridad, llenos de heroísmo, llenos de amor hasta exponer sus vidas y hasta entregar sus vidas; en la lucha contra la dictadura, en la Cruzada Nacional

de Alfabetización, en las cosechas de café y algodón; en todo evento que en el país exigiera la participación de los jóvenes, ahí estaban ellos. No sólo los jóvenes, también los no tan jóvenes; vi a gente adulta entregarse con heroísmo cuando trabajaba en el Ministerio de Educación. A mí no me cuentan cuentos, son cosas que yo he visto. Por esa experiencia personal es que estoy absolutamente convencido de la inmensa fuerza interior que tiene el ser humano para entregarse al amor y a la solidaridad, para construir una nueva sociedad. No son deducciones teóricas abstractas, son vidas concretas que yo conocí personalmente en la revolución sandinista. Esa es mi experiencia, de allí surge fuerte mi esperanza.

Me identifico también con Paulo Freire cuando dice que la verdadera esperanza a veces se cansa, pero jamás fenece.

Fracasos y fracasos

En su libro "El final de la historia", Francis Fukuyama afirma que ya pasó la etapa de las utopías, que se llegó al final de la historia; ya sólo habrán pequeñas variantes de un mismo sistema capitalista hasta el final. El filósofo italiano Giulio Girardi comenta la obra de Fukuyama diciendo que lo que este autor afirma es una tesis histórica y por lo tanto no se puede probar a priori; hay que esperar que pase la historia para ver si se confirma o no; el creer que la sociedad puede cambiar hacia un sistema más justo y más humano, dice Giulio Girardi, es también una hipótesis histórica; no se puede probar con argumentos teóricos. Pero el seguir la hipótesis de Fukuyama da oportunidad para que salgan de nuestro interior las actitudes más egoístas y menos nobles de nuestra naturaleza, y por el contrario, si yo sigo la segunda hipótesis, brota de mi naturaleza el espíritu de servicio, de solidaridad, de fraternidad y toda una serie de valores éticos de los más nobles y bellos.

Vale apuntarse a la posibilidad del cambio; a los sueños, a la utopía. Además la esperanza es absolutamente necesaria en nuestras vidas. Sin ella no hay compromiso. Sería estúpido entregarme a trabajar por un cambio de la sociedad, si yo creo que ésta no puede cambiar.

Actualmente nos encontramos en América Latina en un ambiente de apatía y de falta de esperanza. La causa más común de muchas desesperanzas fue la caída de los regímenes socialistas de Europa del este. Pero es importante comprender que fracasó, no la nueva sociedad, sino un proyecto concreto de sociedad con muchos elementos positivos, pero también con muchos defectos y errores.

El tipo de sociedad socialista de Europa del Este tenía muchos errores. Aunque quedará para siempre en la historia el ejemplo de la maravillosa solidaridad que desarrollaron con los pueblos más pobres.

Decía mi hermano Ernesto en una conferencia en España: *"El socialismo fracasó porque no se realizó; el capitalismo ha fracasado porque se ha realizado"*. A veces no damos toda la fuerza y el peso que tiene esta afirmación: el capitalismo ha fracasado. En este momento en el mundo hay 3 mil millones de personas que viven con menos de dos dólares diarios, o mejor dicho, que sobreviven con esa cantidad de dinero. Todos conocemos muchas estadísticas de la situación en Nicaragua, en el continente y en mundo entero. Todas estas cifras son una prueba evidente de que el capitalismo ha fracasado completamente en todos los continentes. Cada año es más ancha la brecha que separa a los que tienen tantas riquezas de los que no tienen más que su pobreza.

Y yo añado esta reflexión: cuando cayó el muro de Berlín, el entonces Presidente Bush, padre del actual George Walker Bush, afirmó: *"Sólo nosotros hemos quedado"*. Fue una gran verdad. Se había destruido la Unión Soviética. Sólo quedaban Estados Unidos y el capitalismo. Catorce años después, lo que reina en el planeta es la guerra, el hambre, la desnutrición y la miseria. Tres mil millones de personas en el planeta viven (o mueren) en la pobreza extrema. Eso no es culpa de los soviéticos. Eso se acabó. Sólo ellos quedaron, los capitalistas.

Precisamente por eso a pesar de la confusión y desaliento reinante, afirmamos: *Es la hora de la utopía, es la hora de los sueños.*

Nuevas posibilidades

Cuando nos reunimos a finales de mayo de 1992, los del Comité Ejecutivo del Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL) en Sao Paulo, fuimos a visitar en su casa a Paulo Freire. Lo encontramos lleno de vitalidad, escribiendo un nuevo libro sobre la esperanza, y nos decía que en América Latina estábamos en la hora de la utopía, la hora de la esperanza, porque los latinoamericanos tenemos ahora la ventaja de poder crear el sistema eco-

nómico y político que queramos; el que sea necesario para nosotros. Mientras que en Europa se introdujo un socialismo ajeno a esos pueblos, no surgió como creación de su gente. En Europa después de la Segunda Guerra Mundial fue impuesto por el Ejército Rojo; no se hizo a la polaca, ni a la alemana, sino a la soviética, y no a la soviética según Lenin, sino según Stalin.

El Foro Social Mundial que se venía celebrando en Porto Alegre con más de 100 mil participantes, se trasladó hace pocos meses a Bombay y se reunieron 125 mil personas de todo el mundo, afirmando todos ellos con fuerza que: *"otro mundo mejor es posible"*.

Hay otra razón para aumentar la esperanza en un cambio y es la afirmación del Padre Xabier Gorostiaga, S.J. famoso economista fallecido hace un año, de que actualmente es posible acabar con la pobreza. En el pasado, aunque quisiéramos, era una meta desde el punto de vista económico, imposible. Pero la producción mundial, según él, es ya suficiente como para que, si quisiéramos, se pudiera acabar con la miseria. Hoy esto es posible, afirmaba Gorostiaga. Claro que no estaba pensando él en llevar a todos los pueblos del mundo al nivel de consumo de la países más desarrollados del planeta, pensaba en una "austeridad solidaria", donde ya no hubiera lugar para la miseria, el gran pecado de nuestra época.

Me decía Carmelo Angulo, el anterior Representante de las Naciones Unidas en Nicaragua, que por su cargo había visitado todo el país, y que en todas partes encontró grupos trabajando por mejorar la salud de la población, trabajando en Educación Popular, en proyectos ecológicos; grupos de mujeres, grupos de jóvenes, grupos de las iglesias, grupos de indígenas etc, todos trabajando con gran ilusión, aunque sin ninguna coordinación entre ellos. Me decía: **"Nicaragua no es un cementerio"**, me decía. Esta misma experiencia he encontrado en muchos países de América Latina. Yo personalmente tengo mucha esperanza de que en un momento en que tengamos una coyuntura propicia, todos estos grupos que son como células independientes, se unirán en un solo organismo, saldrán a la calle a hacer nuevamente historia, transformando nuestras sociedades.

Sigamos firmes, siempre adelante, siempre luchando. Nos toca sembrar, más adelante vendrá la cosecha.

Quiero terminar mis breves reflexiones como concluyo mi amigo mexicano Carlos Núñez Hurtado su libro: *"La Revolución Ética"* diciendo que *¡A nosotros no se nos ha muerto la Esperanza!* ☐

Proclamar la esperanza en medio del fracaso

Teología Bíblica del Exilio

Jaldemir Vitorio,
Belo Horizonte (Brasil)

Introducción

Proclamar la esperanza es un desafío del cristiano. Es cómodo hablar de esperanza cuando todo sale bien. La situación cambia, cuando el dolor y el sufrimiento tocan la puerta. Entonces es grande el riesgo de desesperarse y volverse contra Dios, acusándolo de omisión y de insensibilidad ante el sufrimiento de sus hijos. En estas circunstancias, el cristiano está urgido de anunciar una esperanza teológicamente fundada y realista, capaz de suscitar actitudes positivas y humanizadoras.

En este artículo, nos referiremos a una fase bien precisa de la historia de Israel -el exilio Babilónico-, en la cual el pueblo, en medio a una crisis cruel, recibió ayuda de varias partes, para motivarlo a resistir y a mantenerse con la cabeza en alto, seguro de un futuro esperanzado. Después de una breve descripción del significado del exilio para el pueblo de Israel, serán explicitados varios intentos, llevados a cabo en Babilonia, apuntando a ayudar el pueblo a resistir y no ser devorado por circunstancias adversas.

La actuación de los teólogos, de variados matices, junto al pueblo exilado podrá servir de inspiración a los teólogos actuales, confrontados con la tarea de no dejar morir la esperanza en el corazón de los cristianos de buena voluntad. Éstos, en cierta forma, experimentan una especie de exilio. Viven en una sociedad no siempre conformada con el proyecto de Dios. Son asediados por toda suerte de idolatría. Corren el riesgo de perder su identidad, asumiendo proyectos de vida contrarios a las exigencias del Reino anunciado por Jesús. Sus horizontes son estrechados por la falta de perspectiva, tanto económica, cuanto política, pero también social y religiosa. Viéndose impotentes ante la escalada de violencia, de guerra, de fanatismo y de los fundamentalismos, no

saben cómo reaccionar ante la religión transformada en objeto de consumo, puesta a la venta en los supermercados de la fe. En fin, se sienten solitarios y extraños en una realidad tan disconforme con los ideales cristianos. El esfuerzo de los teólogos del pasado puede constituirse en una luz para los teólogos del presente.

1. El exilio y la experiencia del fracaso

Cuando en 587 A.C., los Babilonios invadieron Jerusalén, destruyeron el templo y deportaron a la población. El pueblo de Israel cayó en una profunda crisis. Pesimismo y desolación estaban por todas partes. Sus instituciones más venerables habían desaparecido. Lejos de su patria, debían vivir en un país extraño, en tierra ajena. El salmo 136 recuerda la amargura del exilio. El Templo, lugar de la habitación de Yahvé en medio de su pueblo, no existía más. El pueblo estaba privado de su lugar de culto. Por eso preguntaban dónde podría ser encontrado de nuevo Yahvé. La dinastía davídica estaba arruinada, pues el rey estaba prisionero en Babilonia. El pueblo carecía de liderazgo. Ahora debía someterse a los caprichos de un rey pagano, para quien Yahvé nada significaba. La ley por la cual el pueblo de Is-



rael se regía, no era el imperativo de las relaciones interpersonales. Estaba obligado a someterse a la ley de los dominadores babilónicos. De ahí el riesgo de no sentirse estimulado a ser fiel a Yahvé y llevarse por los cultos idolátricos babilónicos.

Mientras tanto, el principal foco de la crisis generada por el exilio fue de carácter teológico. ¡Yahvé fue puesto en jaque! En la mentalidad de la época, cada pueblo era regido por una divinidad. En situación de guerra, los dioses de los respectivos combatientes estaban implicados. Se consideraba derrotado el Dios de los vencidos. Los israelitas, entonces, se preguntaban: ¿Yahvé, nuestro Dios, fue vencido por Marduk, Dios de los Babilonios? ¿Fuimos engañados, cuando nos hablaban de Yahvé como «Dios de los Dioses, Señor de los señores», y nos enseñaron a llamarlo «Todopoderoso», «Yahvé de los ejércitos»? En el pasado Yahvé nos prometió defendernos y luchar en nuestro favor. ¿Por qué cuando debería luchar por nosotros, no lo hizo? ¿Habíamos sido abandonados por nuestro Dios, dejados a nuestra propia suerte?

Esta difícil situación provocó respuestas encontradas. Hubo quien rompiera con la fe de sus padres y se adaptara a la sociedad babilónica, adhiriéndose a sus usos y costumbres, aun los mismos religiosos. Otros se desilusionaron, sintiéndose frustrados en sus aspiraciones más profundas en relación a la fe de sus padres, a la cual se adhirieron con sinceridad y fidelidad. Para éstos, ¡la vida perdería el sentido! No había más razón para vivir. Otros renegaron de la religión de sus padres, considerándola inútil y sin sentido. Y se volvieron críticos de quien defendiera el valor de la fe, ridiculizándola de una manera cínica.

Mientras, hubo quien valorizó la fe de sus padres y conservó la esperanza en el futuro. Éstos fueron obligados a asumir la fe con más conciencia y fundamentarla. El exilio se tornó entonces, un tiempo fecundo de meditación y recentramiento religioso. En Babilonia, surgieron personas y grupos interesados en conservar viva la fe y la esperanza del pueblo, ayudándolo en su proceso de búsqueda. Por caminos diversos, todos coincidían en un mismo punto: infundir la esperanza en el corazón del pueblo.

2.- Una apelación a la conversión: la historiografía deuteronomista.

Un grupo de teólogos se puso a reflexionar sobre la tragedia del exilio, buscando ofrecer al pueblo, con realismo, un camino de enfrentamiento de la situación. A su modo inculcaba esperanza en el corazón

de los exiliados. Lo hacía releendo la historia a partir de la clave de lectura ofrecida por la ley, expresada en el libro del Deuteronomio (Dt 12-26). De ahí que hayan sido llamados deuteronomistas.

El punto de partida era la alianza, firmada entre Yahvé e Israel. Las cláusulas de la alianza establecían un modo de vida compatible con la voluntad divina. La sumisión fiel sería fuente de bendiciones. La infidelidad sería causa de maldiciones (Dt 28). Con esta clave de lectura, los deuteronomistas retomaron la historia, desde la conquista de la tierra prometida, bajo el liderazgo de Josué, hasta la deportación del pueblo a Babilonia y procuraron captar cómo la relación de Israel con Yahvé estaba marcada por la infidelidad. El exilio, por consecuencia, era el resultado natural de este caminar equivocado.

Una cosa, sin embargo, era cierta: si Israel se convirtiera y volviera hacia Yahvé, podría estar seguro de la bendición divina. Sin conversión, no habría esperanza posible. Israel era libre para escoger. De su opción dependía su futuro. Yahvé colocaba todo a la disposición de su pueblo, sin forzarlo. El Deuteronomio presenta las posibilidades de escoger en dos caminos: «He aquí que hoy estoy colocando delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la infelicidad» (30,15). E insiste «Escoge, pues la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (30,19).

En la historiografía deuteronomista, que va del libro de Josué al 2º libro de los Reyes, fueron puestas llamadas a la conversión, para tocar la conciencia de sus lectores. Samuel convocó a la casa de Israel a la conversión, motivándola a abandonar la idolatría y a dirigir con firmeza su corazón hacia el Señor, adorándolo sólo a él. «Entonces, sí, Él los liberará de las manos de los Filisteos» (1 Sm, 7,3)

Salomón, al dedicar el templo de Jerusalén, recordó la disposición divina de perdonar después de castigar a causa del pecado, ante el reconocimiento de la culpa, la conversión y la súplica. Y pidió a Yahvé: «Escucha allá en el cielo, en la morada en que habitas, su oración y súplica, y haz triunfar el derecho» (1 Re 8, 46-53). La reflexión deuteronomista sobre la destrucción del reino de Israel insiste en la palabra del Señor, dirigida a Israel y a Judá, por medio de los profetas, llamando a la conversión. «Regresa de tus malos caminos y guarda mis mandamientos y preceptos, y toda la ley que prescribí a tus padres y les comuniqué por el ministerio de mis siervos, los profetas» (2 Re 17, 13). Los deuteronomistas presentan el rey Josías como un ejemplo de corazón vuelto hacia Yahvé y totalmente centrado en Él. «No hubo antes un rey como el que se volvió hacia

el Señor con todo su corazón, con toda su alma y fuerza y en pleno acuerdo con la ley de Moisés. Tampoco hubo después un rey igual a él» (2Re 23, 25).

El tema de la conversión fue inserto también en el libro de Deuteronomio. Dt 4,27-31 alude a una futura dispersión de Israel hacia una tierra distante. La dura experiencia habría de llevarlo a convertirse a Yahvé y a obtener de él la salvación. Esta certeza estaba fundada en la misericordia divina. «Cuando estés en la aflicción, cuando todo esto ocurra, en los días futuros, volverás al Señor, tu Dios y escucharás su voz. Pues el Señor, tu Dios, es un Dios misericordioso: él no te dejará, no te destruirá. No olvidará la alianza jurada a tus padres» (v. 30-31). El tema de la conversión después de la infidelidad es retomado en Dt 30,1-10. La experiencia del castigo habría de llevar Israel a concientizarse de la importancia de volverse a Yahvé, seguro de ser acogido. «Aun si hubieras sido llevado al extremo del mundo, de tan lejos el Señor, tu Dios, te congregará, de ahí te recuperará (v. 4). Todo dependería de la capacidad de Israel de «escuchar la voz del Señor» y dejarse guiar por ella.

La conversión, para los deuteronomistas, era el camino de la esperanza. Si Israel insistiera en la infidelidad a Yahvé, prefiriendo adorar a otros dioses y dejarse guiar por ellos, estaría condenado a desaparecer. Si por el contrario, se volviera al Señor y cumpliera sus leyes y mandamientos, podría nutrir la esperanza en su corazón.

3.- Buscando salidas para la vivencia de la fe: la tradición sacerdotal

Los sacerdotes exilados perdieron su función peculiar. No existía más el Templo, donde pudieran ofrecer sacrificios y presidir liturgias. La situación de «desempleados» los obligó a dedicarse a otras actividades. Muchos se tornaron teólogos y asumieron la tarea de mantener en el corazón de los deportados la llama de la esperanza. Y lo hicieron de varias maneras, dando origen a lo que, en el ámbito de los estudios bíblicos, se llama «Tradición sacerdotal».

(a) Releyendo toda la realidad anterior al exilio, desde la creación (Gén 1,1-2,4a) hasta la muerte de Moisés, a punto de entrar en la tierra prometida (D 34,7-9), inculcaron en el corazón de los exiliados la certeza de encontrarse en una situación semejante a la del antiguo Israel, en el final de su caminata por el desierto. Surge de ahí la esperanza de un nuevo éxodo, en los moldes del antiguo: bajo la guía de Yahvé, rumbo a la tierra de la fraternidad y de la

justicia, donde las exigencias de la ley serían obedecidas y la idolatría sería desterrada de medio del pueblo.

Motivados por la esperanza de un nuevo éxodo, los deportados habrían de mantenerse firmes delante de toda y cualquier tentación de estar de lado de los dioses de sus opresores; se esforzarían por conservar íntegro su padrón de conducta, fundado en la preocupación por los pobres, los huérfanos y las viudas; en el ideal de la participación y de la solidaridad y en el rechazo de la idolatría, conforme lo establecía la ley. El hecho de estar en tierra extranjera no sería motivo para renegar de la fe y seguir los caminos tortuosos de los ídolos babilónicos.

Los sacerdotes proponían a los exilados mirar atrás y contemplar la creación y la liberación de la opresión egipcia como camino de recuperación de la imagen de Dios. El Creador del universo estaba para recrear la humanidad de su pueblo, profanada por la humillación del exilio. El libertador de Israel habría de rehacer las maravillas de otrora, mostrándose solidario con los deportados y manifestándoles su misericordia.

(b) Otra forma de infundir esperanza en el corazón del pueblo consistió en proponer un estilo de vida incontaminado, apelando a la santidad de Yahvé. El punto de partida de la ley de santidad (Lv 17-26) era la orden de Yahvé: «Sean santos, pues yo soy santo, yo, el Señor, su Dios» (Lv 19,2).

La conducta del pueblo exiliado habría de inspirarse en la de Yahvé. Se exigía de él una continua atención, aun en las acciones más pequeñas, a todas las dimensiones de la vida humana: familiar, sexual, social, litúrgica, jurídica. En todo, el israelita debería esforzarse para mantenerse puro delante de Dios.

Este procedimiento tenía la finalidad de preparar el pueblo para el regreso a su tierra. En todo momento, estaría preparado para prestar culto a su Dios, libre de cualquier contaminación e impureza, conforme las exigencias del verdadero culto.

(c) Los sacerdotes cuidaron de pensar la religión, prescindiendo del templo y de la tierra de Israel, pues no existían más. O sea, una religión para ser practicada en cualquier tiempo y en cualquier lugar, aun en Babilonia, en un contexto de decepción y de fracaso. Cuidaron de recuperar algunas prácticas religiosas, capaces de garantizar la identidad del pueblo y evitar la dispersión.

- La *circuncisión* fue revalorizada. Los israelitas del sexo masculino traerían en su carne la señal de

su condición religiosa, tornando imposible negar su pertenencia al pueblo de Israel (Lv 12,3)

- El sábado tomó un nuevo aspecto. Antes era una fiesta mensual, con ocasión de la luna nueva. En adelante debía ser guardado en cada séptimo día (Lv 23, 3). Se trataba de suspender todo y cualquier tipo de actividad, de acuerdo con la etimología de la raíz hebrea shabat, cuyo significado es cesar. El relato de Gn 1,1-2 4a, ofrecía la fundamentación teológica de esta práctica. El israelita deja de trabajar a imitación de Yahvé, que al concluir la creación descansó. Descansar después de cada 6 días de trabajo, donde no había esta tradición constituía una actitud cargada de simbolismo y de protesta. Facilitaba a los israelitas distinguirse de sus vecinos.

- La celebración de la Pascua se convirtió en una fiesta familiar (Lv 23,5). Antes era celebrada en comunidad, en el ámbito del templo. Así como el precepto del sábado recordaba la creación, la Pascua recordaba la salvación operada por Dios, en favor del pueblo esclavizado en Egipto. Toda la liturgia pascual y el memorial en torno a ella llevaban a los exilados a renovar su esperanza en la salvación preparada por Yahvé. La Pascua egipcia era prenda de la Pascua babilónica. El Dios libertador de otrora sería el Dios libertador del presente. Celebrar la Pascua de los antiguos, de cierta forma, consistía en anticipar la Pascua del Israel exiliado.

- La tradición sacerdotal insistía en la práctica de la endogamia (casamiento con miembros de la propia clase o tribu), pues los israelitas eran un pueblo separado por Dios de los otros pueblos. «Yo los separé de todos los pueblos para que fueran míos» (Lv 20,26). Por lo tanto, un israelita debería casarse sólo y únicamente con una israelita. Buscar esposa fuera del propio pueblo era un riesgo a ser evitado. Con mucha facilidad, el israelita fiel abandonaría su fe para seguir la de su esposa.

- La conservación de las genealogías tenía su importancia (Lv 25, 19-26,65). En cualquier momento, el individuo debería estar en condiciones de describir el itinerario de su pertenencia a Israel, enumerando, con precisión, los nombres de sus antepasados, verdadero motivo de orgullo para el israelita fiel!

Se incentivaban los encuentros para reflexionar la Palabra de Dios, de donde se originó la sinagoga. La falta del Templo trastornaba la vida de los israelitas, impedidos de ofrecer sacrificios y cumplir sus obligaciones religiosas. Las reuniones en pequeños grupos, para reflexionar los oráculos de los antiguos profetas, y escuchar la lectura de la ley, tenían el efecto positivo de juntar al pueblo y evitar la dispersión, mantenerlo en contacto con el proyecto de Yahvé y apartarlo de las seducciones de los ídolos babilónicos, creando vínculos de amistad y de solidaridad, presente en las situaciones de desesperación y de angustia; en fin de no dejar apagar la llama de la esperanza de ver el final del exilio.



Como podemos constatar, los teólogos de la tradición sacerdotal realizaron una tarea gigantesca, con el afán de salvar al pueblo de la desintegración social y religiosa. Elaboraron una teología consistente, capaz de

orientar la fe de los exiliados. Les propusieron un proyecto de vida, teniendo a la vista el retorno a la tierra de Israel. Insistieron en prácticas religiosas, aptas para conservar en ellas la nítida conciencia de ser pueblo de Dios.

4.- La esperanza viene de lejos: reconsiderando el testimonio profético de Jeremías

Los oráculos de los antiguos profetas releídos a la luz del exilio, trajeron una luz para la comprensión del fracaso que fue el exilio. Por un lado ayudaban a comprender el desarrollo de la historia y su desembocar en la tragedia de la destrucción de Israel y sus instituciones; por otro lado, contenían claros indicios de esperanza en relación al futuro.

En este tópico, nos detendremos en la profecía de Jeremías. Muchas señales de esperanza están esparcidas en su ministerio profético:

- En la carta a los exilados, los exhortó a instalarse en Babilonia (Jr 29). Sin embargo, el retorno y el comienzo de la vida en la tierra eran ciertos; aun siendo necesario esperar «setenta años» la historia del pueblo elegido no llegaría a su fin.
- En tiempo de incertidumbre, antes de la destrucción total de Jerusalén, «en cuanto los miembros del ejército del rey de Babilonia cercaban Jerusalén y el profeta Jeremías se encontraba preso en el patio de la guardia» (Jr 32,2), no dudó en comprar un terreno en Anatot, pues era su derecho cuando uno de sus primos vino a ofrecerlos en compra. El motivo para la adquisición, insensata a primera vista, era: «Todavía se comprarán campos en esta tierra» (Jr 32, 43). La desgracia habría de tener un fin y la vida continuaría.
- Jeremías escribió también un recado a los exilados y lo envió por medio de la comitiva del rey Sedecías, camino a Babilonia. Era un anuncio de la desgracia para los opresores. Le fue dada la siguiente recomendación: el recado debería ser leído y enseguida atado a una piedra y lanzado en el fondo del río Éufrates. Era bien claro el sentido de este acto simbólico: «Así se hunda Babilonia y no se levante más por causa de la desgracia que yo hago caer sobre ella» (Jr 51, 64). La futura caída de Babilonia sería garantía de libertad para el pueblo.
- Jeremías fue detenido cuando se dirigía a la región de Benjamín para recibir una herencia y fue considerado traidor, pues pensaron que estaba de lado de los Babilonios (Jr 37, 11-16). Si iba a recibir una herencia, es porque tenía esperanza de, en el futuro, poder usufructuar de ella. En caso contrario, se arriesgaba de forma innecesaria, pues la situación era de tensión, con el ejército enemigo a puertas de la ciudad.
- Cuando Jerusalén fue arrasada, el profeta tuvo la oportunidad, ofrecida por los Babilonios, de decidir sobre su futuro. Prefirió permanecer en el país, en medio de los escombros de la destrucción, seguro de la reconstrucción. Los babilonios fueron magnánimos con él. El comandante de la guardia le propuso: «Te libro hoy de las esposas que prenden tu mano. Si te agrada venir conmigo para Babilonia, ven y te cuidaré; si no te agrada venir conmigo para Babilonia, quédate. Mira: tienes delante de ti todo el país; «ve donde te agrada y sea conveniente» (Jr 40,1). Su preferencia por quedarse en la tierra se justificaba por la esperanza de ver re-

nacer la vida y el futuro convertirse en realidad. Jr 31, 17 resume el pensamiento del profeta, cuando la situación del pueblo exiliado: «Hay esperanza para tu futuro, oráculo de Yahvé,- tus hijos volverán para su territorio». Las palabras y las actitudes esperanzadas de Jeremías, servían de incentivo para el pueblo necesitado de recuperar los horizontes de la fe, disminuidos en aquel momento por el sufrimiento causado por el exilio.

5.- Predisponiendo al pueblo para la esperanza: el programa del profeta Ezequiel

También Ezequiel fue deportado (Ez 1,1). Provenía de una familia sacerdotal (Ez 1,3) y con mucha probabilidad, era un sacerdote. Como otros sacerdotes, se sintió con el deber de infundir ánimo al pueblo, de manera particular en la segunda fase de su actividad profética, iniciada con la destrucción de Jerusalén en 587 A.C.

Su lectura de la realidad, en cuanto sacerdote, era hecha a partir de las categorías de puro e impuro. Para él las causas del exilio no fueron tanto de orden socio-político, sino de carácter cultural. La profanación del templo con la idolatría (Ez 5, 11), la adopción de cultos extraños (Ez 8, 7-18), la sustitución de Yahvé por otros dioses (Ez 14, 35) y la profanación del país (Ez 36,17) están en el origen del exilio babilónico.

Si en la primera fase de su ministerio, Ezequiel anunció el castigo merecido por el pueblo, por causa de sus pecados -coincidiendo con la predicación de Jeremías- en la segunda fase proclamó la esperanza futura de restauración. La visión de los huesos retomando la vida es una metáfora de la suerte



futura del pueblo (Ez 37, 1-14). El oráculo apuntaba a un futuro de esperanza. «Así habla el señor Dios: yo voy a abrir sus sepulcros, los haré salir de sus sepulcros, mi pueblo, los conduciré al suelo de Israel» (v 12). La larga descripción del nuevo templo, iniciada en Ez 40, está fundada en la esperanza de, un día, ser construido el templo de Jerusalén y el pueblo, de nuevo, poder reencontrarse con Dios, en el lugar escogido por él.

Ezequiel estableció un programa de preparación remota para la vuelta a la tierra, mirando al futuro. El primer paso consistía en la purificación ritual. Se trataba de volver a Yahvé, fuente de santidad, pureza y vida, abandonando la idolatría. Solo así el pueblo superaría las impurezas adquiridas a lo largo de los tiempos. Mientras tanto la purificación que sería llevada a cabo por Yahvé no consistiría sólo en un lavado exterior. Urgía una purificación en profundidad, en un proceso de sincera conversión. «Derramaré agua sobre ustedes y quedarán puros. Sí, los purificaré de todas las suciedades y de todos los ídolos impuros. Les daré un corazón nuevo en la intimidad, un espíritu nuevo, quitaré de su pecho el corazón de piedra y les daré un corazón de carne (Ez 36, 25-26).

El segundo paso se fundaba en la reunificación del pueblo. Israel se había vuelto un montón de huesos y la esperanza estaba desecha (Ez 37,11). La recuperación de la esperanza exigía promover la unidad, tanto del pueblo disperso por causa del exilio, cuando de los reinos de Israel y Judá, divididos por cuestiones políticas. El profeta expresa esta iniciativa urgente con un gesto simbólico (Ez 37, 15-28). Ezequiel se sintió impelido a tomar dos pedazos de madera y a escribir en el primero: «Judá y los israelitas que están con él» y en el segundo: «José y toda la casa de Israel que está con él». Ellos fueron juntos para formar uno solo. Entonces, el profeta proclamó en nombre de Dios: «He aquí que tomaré a los israelitas de entre las naciones a las que fueron llevados, y los reuniré de todos los pueblos y los reconduciré para su tierra (?) Ya no serán dos naciones, ni se volverán a dividir en dos reinos (vv 21-22). La perspectiva de unidad alimentaba la esperanza del pueblo exiliado.

El tercer paso apelaba a la reconstrucción de la alianza de Yahvé con su pueblo. La antigua alianza fue rota por Israel, al pecar y apartarse de su Dios. La nueva alianza exigía una transformación radical, por la conversión de corazón y de espíritu. He aquí la promesa de Yahvé a su pueblo: «Pondré en su intimidad mi espíritu y haré que caminen de acuerdo con mis mandatos y guardes mis normas y las prac-

tiques. Entonces habitarás en la tierra que daré a vuestros padres: serán mi pueblo y yo seré su Dios (Ez 36, 27-28). Yahvé e Israel harían una «alianza de paz», una «alianza eterna» (Ez 37, 26). En la perspectiva del profeta, el camino de la esperanza a ser recorrido, era exigente. Suponía una disposición sincera para ser fiel a Yahvé y no dejarse contaminar por la infidelidad de la idolatría y por modos de proceder contrarios a la voluntad de Yahvé.

6.- Un nuevo éxodo a la vista. la mirada del Déutero-Isaías

La esperanza del regreso se concretiza cuando Ciro, rey de Persia, inicia su campaña de conquistas en 539 A.C. Venció a los babilonios en 538 A.C., y en 538 A.C. permitió que los Judíos regresaran a su patria. Fueron 48 años de exilio.



En este contexto, surgió un profeta anónimo, llamado Déutero-Isaías. Poseedor de una envidiable capacidad literaria y con intuiciones teológicas originales, se lanzó a la tarea de alimentar la esperanza en el corazón de los exilados. Su texto fue acoplado al del profeta Isaías (siglo VIII A.C.) y corresponde a Is 40-55.

Su misión de consolador queda evidente en el inicio de su predicación: «Consuela a mi pueblo, dice nuestro Dios, habla al corazón de Jerusalén y dile con voz fuerte, que su servidumbre está cumplida,

que su iniquidad fue expiada, que recibió e manos de Yahvé paga de sobra por todos sus pecados» (Is 40,1-2). Él recordó la fidelidad misericordiosa de Yahvé. A pesar de que su pueblo estuviera en el exilio, Yahvé está junto a él. No lo abandonará jamás. «¿Acaso una madre se olvida de su niño de pecho? ¿No se compadecerá del hijo de su vientre? Aunque las madres se olvidaran yo no me olvidaría de ti. Al final, Yahvé conduce a su pueblo marcado en la palma de la mano, obligándose a mantener siempre vivo su recuerdo (Is 49, 14-6). La esperanza, por lo tanto, pasa por una sólida recuperación de la fe en el Dios de Israel.

El profeta restaura la confianza del pueblo en la convicción de la protección divina apelando a una imagen positiva de Dios. Presenta a Yahvé como «Goel» de Israel. Esta metáfora sacada del mundo jurídico se refiere al pariente próximo encargado de tomar los dolores de un familiar, víctima de la injusticia ajena, de un modo especial en caso de asesinato. En estas circunstancias, debería quitar la vida al asesino, actuando como un goel de sangre (Nm 35,19).

El término goel está traducido en nuestras biblias de varias maneras: redentor, fiador, salvador, etc. Yahvé es todo esto para el Israel exiliado. «Yo mismo te ayudaré, tu redentor y el santo de Israel» (Is 41,14). «Así dice Yahvé, tu redentor, aquél que te moldeó desde el vientre materno (?)» (Is 44, 24). «Nuestro redentor- Yahvé de los ejércitos es su nombre - el santo de Israel dice (?)» (Is 47,4). «Toda carne sabrá que yo, Yahvé, soy tu salvador, que tu redentor es el «poderoso de Jacob» (Is 49, 26). «El santo de Israel es tu redentor» (Is 54, 5). Si Yahvé era el goel de los exiliados, éstos tenían fundados motivos para mirar, confiados, hacia el futuro.

Esta idea abre campo a la superación de la crisis teológica, en la cual el pueblo estaba sumergido. Al final, Yahvé no sería vencido por Marduk, dios de los babilonios. La razón era muy sencilla: no existe otro dios, fuera de Yahvé. El monoteísmo fue afirmado con insistencia, por Deutero-Isaías. «Yo y sólo yo soy el Señor, y fuera de mí no hay salvador!» (Is 43,11). Yo soy el primero y yo soy el último. Fuera de mí no existe Dios.» (Is 44, 6). «¿Hay otro Dios, otra roca fuera de mí, que yo no conozca?» (Is 44, 8). «Yo soy el señor y no hay otro. Fuera de mí no existe Dios. Fuera de mí no hay otro. Yo soy el señor y no hay otro» (Is 45, 5-6).

Esta convicción monoteísta hizo del Deutero-Isaías un crítico de los ídolos y de sus adoradores. Is 44, 9-20 es una larga crítica sin piedad contra los ídolos, cuya inutilidad es desenmascarada. En otras dos ocasiones (Is

40,18-20; 41,7), el profeta ya había tratado el tema. Su preocupación consiste en evitar la desbandada hacia las divinidades babilónicas, debido a las sospechas levantadas contra Yahvé, el Dios de Israel. De ahí su esfuerzo para concientizar el pueblo de la insensatez de la idolatría, cuando los israelitas tienen a Yahvé a su lado.

Cuando Ciro, el rey persa, aparece en el horizonte, viniendo los babilonios, el profeta percibe la proximidad del final del exilio y, con él, la posibilidad de ver concretizarse su esperanza. El conocía muy bien la política persa de permitir a los pueblos vasallos volver a sus países de origen y ofrecer recursos financieros para la reconstrucción nacional. Con esto, se captaba la benevolencia y tenían la certeza de tener súbditos sumisos y aun agradecidos por la «bondad» de sus señores.

El Deutero-Isaías llega al extremo de hacer que Dios llame a Ciro «mi pastor», título reservado a los miembros de la casa de David, seguro de tenerlo sometido a sus órdenes. «Él ejecutará todo lo que quiero; él debe decir a Jerusalén: «Sé construida!» Y al templo: «Sé restablecido!» (Is 44, 28). Llámalo también «ungido del Señor», por estar sometido a la voluntad divina. «Le tomé la mano derecha, para aplastar a las naciones en su presencia y desarmar completamente a los reyes, para abrir delante de él las puertas, y los portones no estén cerrados» (Is 45, 1). Su misión consistirá en reconstruir Jerusalén y repatriar a los deportados del pueblo (Is 45,13).

Los deportados tenían fundadas razones para confiar y esperar. Por eso, el profeta invitaba: «Oh cielo, da gritos de alegría, oh tierra, regójate, los montes rompan en alegres cantos, pues Yahvé consoló a su pueblo, él se compadece de sus aflicciones» (Is 49,13).

Conclusión:

El pueblo de Israel, humillado por el exilio, recibió ayuda de todos los lados y fue incentivado a mantener viva su fe y su esperanza. En estas circunstancias, la esperanza tenía exigencias muy concretas. En primer lugar, suponía del pueblo recuperar la fe en Yahvé, el Dios libertador, siempre listo a ayudarlo. Exigía, también, un esfuerzo para regirse por las leyes de Yahvé y no abandonar las tradiciones religiosas, por las cuales conservaría su identidad israelita.

La actuación de tantos teólogos de la fe inquebrantable, en el duro período del exilio babilónico, puede inspirar a quien se dispone a colaborar con los cristianos, reducidos a la condición de exiliados, en la situación caótica de la sociedad actual. Urge ayudarlos a «esperar contra toda esperanza» (Rm 4,18) por el redescubrimiento de una fe adulta, capaz de «dar razón de su esperanza» (1Pe 3,15). ☐

El sol, en invierno, pica

Esperanza -escatológica- y esperanzas -cotidianas-

Raúl Cervera
Teólogo del CRT

Donde está presente el futuro último de Dios en la palabra, allí está la crisis, tanto para las seguridades como para los optativos humanos (J. Moltmann)

Planteamiento inicial

La vida cotidiana nos depara constantemente una serie de alegrías y satisfacciones, así como algunos o muchos sinsabores. Muchos tienen que ver con pequeños detalles que sólo adquieren significado desde la trayectoria y las circunstancias, sencillas y delimitadas, de cada persona. Otros guardan relación con nuestras convicciones sociales y políticas. Se sitúan, por ello, en un plano más abarcador.

Pues bien, en este escrito trataremos de aclarar si existe una conexión entre el ánimo y el optimismo que experimentamos, a partir de determinados sucesos que juzgamos favorables, y la actitud cristiana de la esperanza.

1. Símbolos de salvación y conflicto de ideologías

1.1. Jesús, el artesano de sueños

El conjunto de la actividad de Jesús giró en torno a un eje muy definido: la proximidad e, incluso, la irrupción, como un hecho consumado, del reinado de Dios. Esta pretensión fue expresada, fundamentalmente, a través de un rico acervo simbólico. Símbolos fueron sus parábolas, y símbolos, su acción terapéutica, exorcista, y la intensa comensalidad que desarrolló¹.

Pues bien, en algunos escritos del Primer Testamento el anuncio de la intervención salvífica del poder y el amor divinos remite, muchas veces, a un evento por suceder, por lo que se encuentra ligado esencialmente al tema de la promesa y la esperanza. De hecho, esta actitud configura el horizonte de la religión primotestamentaria². Sin embargo los

términos que la expresan son de escasa aparición. Esto se explica por el carácter unitario de la mentalidad semita, que tiende a ver las cosas como una totalidad indivisa y no, al estilo de la cosmovisión griega, como un agregado de diferentes elementos, eventualmente separables. Además la forma como se entendían las intervenciones de Dios en favor de su pueblo no las ubicaba únicamente en una etapa por venir, sino como eventos acontecidos en los momentos fundacionales de la nación y, por tanto, como algo, de alguna manera, permanentemente presente. De este modo, lo que ahora, analíticamente, definimos como la esperanza, se encuentra incluido, en el Primer Testamento, en la actitud de fe.

En algunas partes del Segundo Testamento sucede algo semejante. Ni los sinópticos ni el cuarto evangelio mencionan la esperanza de manera significativa. Ello se debe a que, en estos escritos, las acciones de Jesús lo revelan como aquel que da cumplimiento cabal a las ardientes expectativas de los justos de Israel. En esta perspectiva, la salvación no es más un evento por suceder y, por lo tanto, que haya que aguardar, sino algo que se está realizando ya en el presente: «Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar» (Lc 4, 21). En este contexto, determinados milagros constituyen una mediación del encuentro personal, eminentemente salvífico, entre Jesús y los dolientes. Por ello la exigencia de una actitud de fe, previa al acontecimiento terapéutico.

Con todo, sabemos que esta experiencia sólo fue asequible a quien se encontraba plantado en la nueva situación escatológica, posibilitada e inaugurada por la resurrección, y realizada por el don del Espíritu. Puesto que estas condiciones no se dieron durante el ministerio carismático del artesano nazareno, no resulta descabellado pensar que una de las finalidades que éste pretendía al realizar los símbolos con que iba jalonando su actividad era, entre otras cosas, reforzar la esperanza de sus oyentes en la intervención salvífica definitiva de Dios, en la más pura línea de los profetas.³ En ese caso, los mi-

1 E. Schweitzer, *Jesus Christ as Son of God* (1987) 720.

2 Visto desde el otro aspecto, en el Primer Testamento la noción de esperanza no tiene un sentido «neutro» de mera expectativa, como en la lengua de los griegos; siempre remite a algo bueno, notablemente, la salvación: P. Hoffmann, *Esperanza*: CFT II (1966) 13.

3 Esta es una de las tesis centrales del estudio *Los tres proyectos de Jesús y en cristianismo naciente*, Salamanca 2003, 10-11, de S. Vidal.

lagros constituirían más bien una mediación entre los beneficiarios de los mismos y Yahvé, garante de las promesas mesiánicas.

Más concretamente, su compasión hacia los injustificados se expresó, de modo admirable, en la narración de historias y la realización de acciones capaces de consolidar la actitud de espera confiada en el amor de Dios. Lo cual revela una gran sensibilidad, dada la situación catastrófica por la que pasaba el pueblo en esas circunstancias.⁴

En las parábolas son los desposeídos los que aparecen como los primeros destinatarios de la salvación prometida, en contraste con la vertiente teológica primotestamentaria que explicaba la prosperidad material como un fruto de la bendición divina y, por ende, de la virtud y el mérito personales (Mt 20, 1-16; Lc 16, 19-31). Por su parte, los pecadores -categoría que comprendía en buena medida a los desposeídos-; en otras palabras, los «perdidos» y excluidos de la salvación -a los ojos de la teología oficial-, son quienes hacen a Dios brincar de contento y celebrar la gran fiesta escatológica (Lc 15; 18, 9-14). Finalmente, son los que se encuentran fuera de las instituciones que representan el gobierno de Dios y le rinden el culto oficial, quienes ocuparán los asientos preferenciales del banquete del Reino (Mt 21, 28-32; 22, 2-13).

Por otra parte, la forma como se narran las acciones simbólicas expresa, generalmente, la reinterpretación postpascual que hemos mencionado anteriormente. Sin embargo existe una perícopa marcana, de única aparición en el conjunto de los evangelios -una especie de *hapax legomenon*-, que describe una intervención terapéutica la cual, en vez de exigir una actitud previa de fe, se dirige más bien a consolidarla. Se trata de la curación del endemoniado epiléptico de Mc 9, 14-29, en la que el atribulado padre suplica, «con lágrimas»: «creo, ayúdame mi incredulidad». El milagro se realiza, más como respuesta a la petición de una ayuda que fortalezca la fe, que como el resultado de una actitud creyente incontestable.⁵

Más adelante volveremos sobre el significado de la palabra esperanza.

1. 2. Símbolos, ideologías y esperanza

Si muchas acciones de Jesús funcionaron, entre otras cosas, como símbolos de esperanza, conviene

preguntarnos ahora a qué debemos atribuir este hecho.

Para responder, hay que tener presente que las intervenciones salvíficas de Dios no se realizan en un plano diferente al de la historia de los pueblos y los individuos, sino al interior de éste. Lo cual no significa que allí terminen y se agoten, puesto que se encuentran transidas por una tensión que las proyecta, más allá de toda posibilidad humana y de la naturaleza, hacia la plenitud escatológica. De ello se ha venido haciendo eco la propuesta de «una sola historia», central en la teología de la liberación⁶.

De este modo, los acontecimientos de gracia incluyen siempre una expresión concreta en los ámbitos material y social. En el evangelio de Marcos, por ejemplo, el verbo griego que expresa la acción de salvar es el mismo que expresa la de curar.⁷ Estos hechos benéficos concretos, puesto que son brotes de la salvación definitiva en la historia, son, precisamente, los que ponen en marcha el dinamismo simbólico que alimenta y fortalece la esperanza.

Sin embargo, los símbolos esperanzadores de Jesús no resultaron ser tales para todos. Para algunos funcionaron como mecanismos diabólicos⁸. Precisamente en presencia de estas acciones maravillosas surgieron los proyectos para eliminarlo (Mc 3, 6; Jn 5, 16-18). La pregunta por estos efectos tan contradictorios (*quam sit dispar exitus!*⁹) suele remitir a la presencia o ausencia de fe. Siendo esta apreciación justa, pensamos, sin embargo, que no hay por qué precipitarse. Antes que la fe, interviene un factor decisivo: la ideología. Nos parece que a ello hace referencia el evangelio de Juan:

¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchos signos. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación. Pero uno de ellos; Caifás, que era el sumo sacerdote de aquel año, les dijo: Ustedes no saben nada, ni caen en la cuenta de que les conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación (11, 47-50).

Y es que estamos utilizando el término ideología en el sentido que le imprimió J. L. Segundo, a saber, un sistema de medios que son configurados como tales por su capacidad de producir un efecto deter-

4 Cf. J. Sobrino, *Cristología desde América Latina*.

5 Cf. T. Nicklas: *Formkritik und Leser Rezeption. Ein Beitrag zur Methodendiskussion am Beispiel Mk 9, 14-29*; *Biblica* 82 (2001) 496-514.

6 Cf. I. Ellacuría, *Mysterium Liberationis* I (1990) 352-355.

7 E. Schweitzer, *op. cit.*

8 En griego, el verbo *diaballo* significa, entre otras cosas, acusar.

9 ¡Qué efectos tan contrarios! (frase tomada de la secuencia de la fiesta del Corpus Christi).

minado ¹⁰. Más específicamente, lo aplicamos aquí a los proyectos que tienen que ver con la convivencia de los seres humanos en sus planos más abarcadores; los que tienen que ver con la vida social.

De este modo, las expresiones históricas de las acciones salvíficas aparecen como pasos intermedios capaces de producir avances ulteriores en la larga marcha de la humanidad. De la misma manera, hay acontecimientos que se muestran capaces de obstaculizarla e, incluso, hacerla retroceder. Este es el criterio fundamental con el que, en el plano «ideológico», se juzga si un acontecimiento es benéfico o no.

Además de esto, los acontecimientos deben pasar todavía por el tamiz del juicio ético -cuando la persona mantiene en funcionamiento esta vía de acercamiento a la realidad. En este campo nos topamos con una variedad amplia en cuanto al modo de formular estos juicios de valor y los criterios que se aplican. También hay diferentes puntos de vista con respecto a la manera como se articulan las convicciones éticas y las valoraciones ideológicas. ¹¹

En la vida diaria nos topamos con teorías que pretenden predecir los resultados de la aplicación de un determinado sistema de medios y fines, sobre todo en la esfera social. Es lo que se denomina un marco teórico. El neoliberalismo representa la visión dominante en el presente, impulsada por los amos del poder económico y político. Por otro lado, después de importantes descalabros, comienza a configurarse de nueva cuenta un modo alternativo de organizar la convivencia, visibilizado, por ejemplo, en los Foros Sociales Mundiales.

De este modo, la bondad o perversidad de determinados acontecimientos se juzga, en un primer momento, desde el marco teórico en el que se les ubica. En nuestro País, los acontecimientos en torno a la reforma al régimen de pensiones y jubilaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) lo demuestran con suficiente nitidez. Para el jefe de economistas del Fondo Monetario Internacional (FMI), reformas como ésta «deben ser aceleradas», si el país quiere evitar problemas económicos en el futuro ¹². En cambio, para los activistas sociales, las organizaciones no gubernamentales y los políticos, ubicados en el ámbito denominado de izquierda, lo

que pretendía realmente el poder ejecutivo federal era:

- a) Eliminar la jubilación por años de servicio; b) Lograr que el costo del Régimen de Jubilaciones y Pensiones fuera absorbido exclusivamente por los trabajadores ¹³

Desde una ideología, sobre todo, de corte radical -tema que veremos más adelante- enumeramos algunas de las situaciones contemporáneas que pueden tasarse como algo benéfico:

- Los movimientos altermundistas, materializados, por ejemplo, en los Foros Sociales Mundiales, en cuanto visibilizan procesos reales de construcción de un poder popular alternativo, capaz, a su vez, de crear y presionar en favor de mecanismos económicos y políticos que contrarresten y, eventualmente, reemplacen a los actuales monopolios mundiales del poder;
- La lucha de hombres y mujeres al interior de los procesos sociales radicales -aquellos que han atinado a sobrevivir a las agresiones de los centros del poder económico y político mundial, como en Cuba y Venezuela-, para ayudarlos a superar las deficiencias y desviaciones en que han incurrido, y a seguir potenciando al máximo posible los logros históricos que han sabido desarrollar;
- La lucha por la construcción y defensa de espacios alternativos a las estructuras institucionales esclerotizadas -máxime las de autoridad-, llámense aquellos sociedad civil, línea de izquierda, Pueblo de Dios, en los que muchos hombres y mujeres pretenden vivir y expresar sus convicciones y compromisos cívicos, políticos y religiosos con moldes propios, y con una sana autonomía con respecto al reconocimiento y apoyo de las autoridades respectivas;
- El testimonio de muchos militantes y apóstoles laicos y laicas que se mantienen en diferentes frentes de servicio, desde una perspectiva radical, sin someterse a los halagos del poder, con las consecuencias que ello conlleva de estrechez en el plano económico y entredicho;
- Las nuevas búsquedas prácticas y teóricas en pos de un análisis de la realidad y unas estrategias para la acción realmente alternativas a los dogmas del neoliberalismo y en continuidad crítica con la tradición marxista y otras corrientes críticas contemporáneas. Aquí habrá que contar, por ejemplo, con el movimiento zapatista y sus últimas realizaciones de autogobierno en los deno-

10 J.L. Segundo, *La historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret*, Santander 1991.

11 Un modelo interesante se encuentra en la obra de L. Villoro, *El poder y el valor*, México 1997, 111-143.

12 Periódico *La Jornada*, 30 de septiembre de 2004, pág. 17. Véase la opinión de algunos legisladores en el ejemplar del mismo diario del 6 de agosto de 2004, pág. 12.

13 Rev. La Talacha, año 8, No. 37, ag/sept 2004.

minados «caracoles»; de la misma manera, los sujetos emergentes: mujeres, indios, migrantes;

- Los miembros de las nuevas generaciones que mantienen una actitud crítica ante la situación actual e, ilusionados con la posibilidad de alistar nuevos proyectos de transformación radical, están dispuestos a dar lo mejor de sí mismos en aras de un futuro mejor para la humanidad.

La valoración de un acontecimiento como algo benéfico tiene repercusiones más amplias, tanto en el plano personal, cuanto en el colectivo. Pues, como hemos visto, esta clase de juicios se encuentra articulada orgánicamente con un tejido ideológico que incluye, no sólo razonamientos de orden cognoscitivo, sino juicios de valor; más aún, allí convergen también consideraciones de orden ético. Por todo ello se encuentran implicadas reacciones emotivas y proyectos más abarcadores. Este conjunto de operaciones internas producen, a su vez, una sensación de alegría, bienestar y optimismo, que refuerza la sensación de seguridad y la convicción de que el ser humano podrá avanzar hacia metas más altas en todos los aspectos de su existencia. Esta actitud es la que se encuentra en el fondo de lo que hemos denominado, en el título de este trabajo, «esperanzas cotidianas».

Pues bien, para que un acontecimiento pueda funcionar como símbolo capaz de alimentar y reforzar la esperanza cristiana, tiene que haber sido valorado previamente como buena noticia en el plano ideológico. Pues, como hemos dicho, ese carácter nutricional proviene de que el citado suceso se perciba como anverso histórico de una acción salvífica. La experiencia contemplativa creyente acontece, generalmente, a partir de ese estado optimista y confiado que acabamos de describir. Más aún, es, en realidad, ese estado mismo, vivido con convicción creyente.¹⁴

2. Fe + caridad = esperanza

Hasta ahora, hemos hablado de la capacidad que tienen los símbolos para fortalecer la actitud esperanzada. Es momento de que nos preguntemos de dónde procede, finalmente, esta capacidad. De lo que acabamos de decir se sigue que los símbolos que alimentan la esperanza lo hacen, en definitiva, en virtud de la luz que proyecta la fe sobre los acontecimientos de la historia.

14 Este planteamiento tiene una cierta cercanía con lo que en la espiritualidad ignaciana se denomina la «consolación con causa precedente». Cf. Ejercicios Espirituales, N^o 330-331.

En efecto, cualquier dinamismo simbólico actúa, según hemos dicho, articulando dos elementos. Por su parte, los símbolos de la esperanza tienen la virtud de acoplar realidades situadas en planos diferentes. Una se encuentra en el nivel de lo empírico, si bien puede ser asumida, para su valoración, en una matriz de carácter ideológico. La otra se proyecta hacia un plano que está más allá de toda percepción empírica, el de la acción divina. Eso nos lleva al ámbito de la mirada contemplativa, propia de la actitud creyente. Sólo ésta es capaz de descubrir en los eventos de la historia la caricia amorosa de Dios, el Padre.

Por su parte, la fe se caracteriza por su firmeza y seguridad, según lo atestigua la raíz hebrea del término ('mn). Sin embargo, esta actitud, en el sustrato humano que la sostiene, no es ajena a un componente subjetivo de incertidumbre. Éste se deriva, por un lado del carácter meta-empírico y meta-racional de su referente (Heb 11, 1)¹⁵; por otro, de los anti-símbolos que jalonan el decurso de la historia. Por ello, tradicionalmente, se ha hablado del carácter «arduo» de la experiencia cristiana. La esperanza aparece, precisamente, en correspondencia a este carácter.

Si nos preguntamos qué circunstancias actuales han podido ser capaces -como anti-símbolos- de poner a prueba la actitud de fe, podríamos enumerar, a modo de muestrario, las siguientes -se entiende que esta selección parte de un modelo ideológico y ético específicos:

La actual configuración de los Estados Unidos de América y de sus transnacionales como un imperio político-cultural y un imperio económico que ostentan, por primera vez, un carácter realmente universal, y sin posibilidades de contrapeso alguno -por el momento;

El colapso de varios proyectos nacionales que se orientaban en la dirección de un cambio mayor socioeconómico y político en favor de las mayorías; en algunos casos, provocado, fundamentalmente, por factores externos (Chile, Granada, El Salvador?); en otros, también por los errores y desviaciones intestinas, algunas muy graves (Nicaragua). Junto con esto, cada golpe contra Cuba, Palestina, Irak, etc., es un golpe a la esperanza.

La entrega de instituciones seculares y religiosas, que otrora se mostraron abiertas y progresistas, a ideologías de carácter neoconservador; con el consiguiente retraimiento de los espacios accesibles a las opciones radicales; en este contexto hay que po-

15 Summa Theologica, II^a II^o 4, 8.

ner de relieve la elección de Vicente Fox como primer presidente de México;

El constante flujo de militantes que una vez compartieron y lucharon desde una ideología radical, y que ahora se refugian y -más allá de una utilización funcional- se identifican con los intereses del poder económico, político, y de otros tipos;

La relativa crisis y confusión de los militantes radicales, tanto en sus realizaciones prácticas, cuanto en los planteamientos teóricos que las dirigen; el descontrol que se percibe en los colectivos tradicionalmente considerados punta de lanza de los cambios sociales (el citado caso del Seguro Social lo pone de manifiesto);

El fenómeno de la postmodernidad, entendido aquí como un conjunto de actitudes cultivadas, sobre todo, por determinados sectores de la juventud, y que representa, en estos casos, un medio fácil de identificación colectiva, que corresponde a la utilización interesada y la consiguiente banalización de una serie de planteamientos teóricos que, en su momento, representaron -y quizá lo hacen todavía- un aporte digno de tenerse en cuenta.

Entre estos factores capaces de poner en entredicho la capacidad de creer, no hay que olvidar las limitaciones -y consiguientes errores- que acompañan a cada persona a lo largo de su existencia.

Por todo ello el dinamismo de entrega incondicional al amor, sabiduría y poder de Dios -en que consiste la fe- incluye, inseparablemente, el anhelo de que ese amor, sabiduría y poder divinos sean una realidad, y lo sea, igualmente, su actuación en la historia presente. A esto es a lo que llamamos esperanza.

Este anhelo es, en verdad, una manifestación particular de la actitud amorosa, acicateada por esa vacilación inherente a la fe. Hay que amar para esperar¹⁶. La fe esperanzada se erige sobre el amor a Dios, identificado, evangélicamente, como un padre lleno de misericordia y benevolencia. Sólo la experiencia profunda de ser querido de esta manera es capaz de desencadenar una actitud de confianza sin límites. Y sólo la experiencia, acrisolada en la acción, de ser amado y de amar a aquellos, de cuyo lado se ha puesto Dios a lo largo de la historia cuando ha sido necesario optar entre proyectos contrapuestos,

permite vivir con un talante esperanzado. La participación cercana en la esperanza de los desposeídos de bienes materiales, de reconocimiento y respeto por parte de la «sociedad», es una de las fuentes más caudalosas de confianza.

Cuando, en reacción o en la participación en determinados eventos históricos -considerados como algo benéfico-, se activa el dinamismo simbólico que cala, hasta atisbar en los mismos las manos laboriosas de Dios, ello ocurre inevitablemente como un fruto de la capacidad creyente -gratuita- de ver más allá del horizonte histórico, y, con esto, naturalmente, se enciende más el afecto hacia Aquel de quien procede tal sabiduría y liberalidad. Inseparablemente, se moviliza, imparable, el dinamismo de la esperanza, reclamado, de antemano, por el impacto de las adversidades a las que hemos hecho ya referencia. Este es el sentido subyacente a la afirmación de que determinados eventos históricos esponjan el corazón y, con ello, alientan y alimentan la esperanza cristiana.

De este modo, aunque la espera confiada dirige la mirada, de manera particular, a la consumación escatológica, no lo hace con exclusividad, sino saborea más espaciosamente el misterio de Dios que actúa, tanto en el presente, cuanto en el pasado y el futuro de la humanidad.¹⁷

3. Donde hay sueños, hay fe esperanzada

3.1. Las diez cuerdas de la utopía

Decíamos en el primer apartado que un factor inevitable que permite o dificulta que un acontecimiento funcione como símbolo motivador de fe esperanzada es la cubierta ideológica con la que se reviste a poco de su primera percepción, como un

16 Para Santo Tomás y la tradición teológica que le sucedió es el amor el que se encuentra detrás de la actitud esperanzada. Es más, es el amor mismo, en una de sus manifestaciones, según consta por la *Summa Theologica* II^a-II^{ae} 17, 8: *La esperanza y todo movimiento apetitivo se deriva del amor?*

17 De hecho, en el Segundo Testamento encontramos algunos textos en los que la esperanza no se refiere solamente a la consumación escatológica, sino a la acción salvífica del presente. Así por ejemplo, en Gál 5, 5, el objeto de la esperanza es la justicia, que en Pablo, por lo demás, es un don que se otorga en el presente (Rom 5, 19; 8, 30; Gál 2, 16-21). Pablo espera que Dios, que le salvó de la muerte, le siga salvando en adelante (2 Cor 1, 10); que su ministerio ha de ser glorioso, como reflejo de la *doxa* de Dios (2 Cor 3, 11a); que pueda realizar sus planes de viaje, entendidos éstos desde la profunda conciencia de su unión con el Señor (1 Cor 16, 7; Flp 2, 19.23; Fim 22); *Diccionario exegético del Nuevo Testamento* I (1996) 1341.1343. Cf. también H. Weder, *Hoffnung*, II: TRE 15 (1993) 486. Tradicionalmente se han considerado como objeto de esperanza bienes «sobrenaturales» identificables en el decurso de la historia, tales como el perdón de los pecados y el don de la gracia.

desarrollo del sentido que necesariamente le atribuímos.

Allí mismo observamos que este planteamiento, aunque razonable, nos aboca a un problema: el de la variedad e, incluso, contradicción ideológica en la que estamos sumergidos. De ahí la pregunta de si, detrás de la actitud esperanzada, puede encontrarse cualquier clase de construcción ideológica.

Para atinar con la respuesta es necesario preguntarnos antes si existe alguna relación entre el talante utópico y la actitud esperanzada. Y para resolver esta pregunta debemos explicitar qué entendemos por utopía.

Con esta expresión nos referimos a una proyección ideal de la vida y la convivencia entre los seres humanos, que se elabora a partir de las condiciones en las que se encuentra una sociedad en un momento determinado. La utopía se construye a través de una serie de razonamientos dirigidos a suprimir los inconvenientes que la situación actual presenta, y a optimizar al máximo las bondades y valores que posee.

Los contenidos que configuran un horizonte utópico provienen de diferentes campos. Algunos pertenecen al campo filosófico. Es el caso de la República platónica y las obras *Utopia*, de Th. More; *Civitas Solis*, de T. Campanella; *New Atlantis* de R. Bacon. Otros se originan en imaginarios religiosos, como en Joacchino da Fiore (*Liber Concordiae Novi ac Veteris Testamenti*; *Expositio in Apocalipsis*; *Psalterium Decem Chordarum*). Más cercanas a nosotros, las obras de R. Owen (*Book of the New Moral World*) y Ch. Fourier (*Théorie des quatre mouvements et des destinées générale*) se ubican en el contexto de los conocimientos sociológicos de los siglos XVIII y XIX.

Los relatos utópicos pueden adoptar diferentes modelos de lenguaje. Algunos se construyen a través de ficciones simbólicas -a la manera de las parábolas evangélicas-:

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, se puedan sentar juntos en la mesa de la hermandad? (Martin Luther King, *I have a Dream?*)

Pero encontramos también proyecciones que conjuntan hechos de la vida cotidiana, o concepciones sociológicas, con planteamientos éticos. La visión gandhiana tiene algunos puntos de contacto con este género utópico:

Trabajaré por una India en la que los pobres y pequeños se sientan en su patria, con voz eficaz para hacerla; una India en la que no haya gente de clase

alta ni gente de clase baja; una India en la que las comunidades todas vivan en perfecta armonía? (Fragmento de la lápida de Mohandas Karamchad Ghandi).

Las proyecciones utópicas tienen un carácter de plenitud y consumación, en clara distancia y contraste con respecto a la situación concreta, con la que pretenden lidiar, en un plano de mayor inmediatez, las ideologías.

Ninguna de ellas (las ciudades) siente el deseo de ensanchar sus confines pues los habitantes se sienten más bien cultivadores que dueños de las tierras. Tienen distribuidas convenientemente por todo el campo casas dotadas de instrumentos rústicos, que los ciudadanos habitan por turnos. (?) Las familias llevan a ciertos edificios situados en el mercado mismo los productos de su trabajo, los cuales, según su clase, se distribuyen en distintos almacenes. Los cabeza de familia piden en ellos lo que necesitan y se lo llevan sin entregar dinero ni otra compensación. (Th. More, *Utopia*).

Por ello la utopía funciona como instancia crítica, la más callada e incisiva quizá, frente a las barreras que lastran y eventualmente castran a los procesos históricos.

La perfección que se atribuye al estado utópico se asume como algo imposible de alcanzar en el plexo de las condiciones personales, técnicas, sociales en las que se formula; lo cual marca la diferencia entre ese estado ficticio y los grandes objetivos con los que se pretende transformar la situación social: éstos se suponen proporcionados a los recursos con los que se cuenta. La ficción utópica se encuentra más allá de toda previsión y de todo tipo de plazo.

No por ser imposible de realizar exactamente la idea de tal República, resulta inútil cuanto hemos dicho, pues en definitiva hemos puesto un modelo que ha de imitarse en lo posible. (T. Campanella, *La Ciudad del Sol*, Cuestiones sobre la República ideal, artículo primero).

Sin embargo, también es inherente a los planteamientos utópicos la presunción de que se trata de un estado de cosas ubicado, sin más, al interior de las coordenadas de la historia. El pensamiento utópico no se ocupa de realidades sobrenaturales o escatológicas, sino de cuestiones que se encuentran al alcance del ser humano, a condición de que sus capacidades naturales se desarrollaran en un grado jamás visto.

Otro rasgo característico del pensamiento utópico es que sus planteamientos cobran el carácter de horizonte, en referencia, fundamentalmente, a las ide-

ologías. En cuanto tienen este carácter, no son algo que se perciba directamente en el día a día, pues la atención está puesta predominantemente en las complejidades de la relación medios-fines. Representan, más bien, el papel de código que permite comprender el sentido completivo de aquellas y valorarlo.

Al mismo tiempo, ese carácter está vinculado a la posibilidad, no tematizada necesariamente de manera directa, de que las concepciones utópicas trasciendan los mismos marcos culturales en los que se formulan, al interior de los cuales sus contenidos han sido valorados como consumación y plenitud. Ello conecta inmediatamente con la posibilidad y la necesidad de reconfigurar los elementos de todo horizonte utópico en respuesta a los cambios sociales y culturales de mayor trascendencia. Como un ejemplo, Campanella, respecto a la «comunidad de mujeres», opina:

Creo que pueden equivocarse en esto. Es posible que con el tiempo abandonen esta costumbre, pues en las ciudades sometidas son comunes los bienes, pero no las mujeres (?) Envían ciudadanos a explorar las costumbres de otras naciones y aceptan siempre las que les parecen mejores. (T. Campanella, op. cit., Disputa sobre la comunidad de mujeres).

Por esto pensamos que los sueños utópicos son, fundamentalmente, un dinamismo enraizado en los anhelos más profundos del corazón humano.

No por otra cosa, la utopía conlleva una fuerza de atracción específica que vincula de un modo diferente de como lo hacen las convicciones éticas. Diríamos que subyuga. Por lo cual la actitud utópica se encuentra, en ciertas ocasiones, ligada a la entrega martirial. Las convicciones éticas pueden estarlo también, pero es posible que lo hagan sólo cuando se encuentran articuladas con un horizonte utópico.

3.2. La fe esperanzada y los sueños

Pues bien, todo esto ha venido a cuento por la suposición de que la actitud de fe esperanzada se desarrolla, lozana, sobre la base de una visión utópica sostenida con convicción. Veamos esto.

Cuando nos referimos a la esperanza creyente, digamos que se trata de la fe misma, en cuanto logra sobreponerse, gracias al impulso amoroso, a las oscuridades y anti-símbolos que continuamente la ponen en entredicho. En su aspecto funcional, la fe esperanzada implica la capacidad de percibir los acontecimientos desde la perspectiva de la acción salvífica de Dios. Convertidos, de este modo, en símbolos, alimentan esa misma fe esperanzada, sobre todo en su aspecto de percepción del presente de la

acción divina. Ello no elimina la condición intrínsecamente escatológica del mensaje cristiano. Se trata de un acento.

Cuando los creyentes se dejan conducir por el talante utópico, entonces aparece un matiz en su captación de la realidad que conviene explicitar. Y es que los contenidos y el carácter mismo de horizonte de la utopía son percibidos como el anverso simbólico de la intervención salvífica divina -tal como lo hacen, según hemos visto, los eventos de la historia. Sólo que en el primer caso, la experiencia simbólica apunta a la posibilidad de que esa acción despierte en algún momento de la historia *por venir*, como una intervención definitiva y, por ello, exclusiva del amor y el poder de Dios. Ello la ubica en una dimensión que se encuentra absolutamente más allá de toda capacidad humana.

Esto es lo que marca, realmente, el fin del devenir de la humanidad y la naturaleza, y es lo que entendemos por evento escatológico. Precisamente la victoria sobre la muerte sigue siendo la expresión simbólica más precisa de este acontecimiento escatológico, por lo que supone -en las presentes condiciones de la ciencia y la técnica- de depotenciación absoluta del ser humano. Por ello notamos que, a falta de un talante utópico, la experiencia de fe esperanzada puede acontecer en los individuos, pero de una manera *sui generis*, que reclama enérgicamente su punto de completitud.

Ello implica que existen múltiples posibilidades de formular la articulación simbólica del horizonte utópico con los atisbos creyentes de la plenitud escatológica. Ello ocurre en dependencia directa de la matriz cultural correspondiente. Lo específico del formato utópico que estamos manejando en esta reflexión es que la vinculación de los diversos lenguajes que lo expresan se encuentra, en el marco de la cultura occidental actual, bajo el régimen de la interacción de una visión ideal de la sociedad que, se supone, cae dentro de las posibilidades del ser humano, y la certeza de una transformación de la realidad que sólo puede ser atribuida al poder amoroso de Dios. Ambas dimensiones se entrecruzan de manera total, pero, simultáneamente, no abdican de su identidad propia.

De este modo, nos es permitido pensar, de manera meramente hipotética, en un cumplimiento de nuestras proyecciones utópicas -en cuanto caen dentro del espectro de las facultades humanas, pero siempre fuera de toda posibilidad de realización en un plazo previsible-; cumplimiento que, sin embargo, puede corresponder o no a la irrupción de lo defini-

tivo que Dios ha preparado para el ser humano y la naturaleza.

3.3. Los sueños y la radicalidad ideológica

Ahora bien, nos preguntábamos al principio de este apartado si detrás de la esperanza creyente podría encontrarse cualquier clase de proyecto ideológico. Después de haber visto que la actitud esperanzada tiene como punto de apoyo una convicción utópica firme, parece razonable responder que no. Y es que esa clase de proyectos no siempre respetan, por el modo mismo como están formulados, el carácter de horizonte de los relatos idealizados, ni la índole propia de sus contenidos.

Pensemos en la ideología neoconservadora. Pretende, a toda costa, preservar la situación social tal como se encuentra en el momento presente. Un mecanismo que puede estar detrás de esta actitud es, precisamente, la utopización del sistema neoliberal, a saber, la convicción de que éste representa la encarnación consumada del ideal utópico. Ello implica, de entrada, que la utopía ha sido despojada de su carácter de horizonte.¹⁸

También se puede utopizar el cambio mismo. En tal caso, pasa a funcionar como contenido del horizonte utópico. Lo cual significa que es lo más deseable que existe pero, simultáneamente lo más irrealizable, en términos absolutos. En este caso, el sentido del término utopía ha sido trastocado.

Esta actitud neoconservadora puede apoyarse también o conjuntar otros mecanismos: intereses de grupo, la pertenencia y las lealtades familiares, etc.

Por su lado, la ideología parcialista admite, en tesis, la trascendencia de los planteamientos utópicos y acepta los rasgos que los definen. Esto puede expresarse en la aceptación, más o menos reluciente, de que los efectos desastrosos que viene produciendo

do el sistema neoliberal podría llegar a exigir un cambio sistémico, en toda la extensión de esta palabra, o que, de hecho, hemos llegado ya a ese límite. Sin embargo, a quienes piensan así, les sobrevienen razones de orden muy variado para postular la imposibilidad, por el momento, de tal cambio y, por ello, para la necesidad de postergarlo.¹⁹

En algunos casos puede encontrarse detrás una desactivación del carácter de horizonte de la utopía, reduciéndola a la categoría de una idea más, atractiva e ingeniosa, que se encuentra en el mismo plano que las ideologías. También se procura volver más realistas los contenidos utópicos, al mismo tiempo que se maquilla la realidad, de manera que ambas, utopía y realidad, sufran un acercamiento fantasioso que lleva a relativizar mucho la necesidad de un cambio radical. En estos casos nos hallamos frente a vulgarizaciones del concepto de utopía.²⁰

De lo que hemos dicho, es posible sacar una primera conclusión. Puesto que en las ideologías parcialistas hay una aceptación, en principio, de la necesidad de un cambio sistémico, no siempre se encuentra tan dañada la percepción, ya de la utopía, ya de la realidad circundante, como ocurre en el caso de los neoconservadurismos. Por ello, para quienes sostienen una ideología radical no es difícil encontrar, en esos ámbitos, elementos teóricos valiosos y aprovechables. Por lo cual es más fácil tender puentes de diálogo y colaboración. Pero hay que tener presente que, inopinadamente, los límites se vuelven rígidos e infranqueables.

Para terminar, aventuramos la afirmación de que sólo los planteamientos que se inscriben en una ideología radical -en el sentido expuesto anteriormen-

18 Cuando se da esta clase de manejo ideológico se puede ver afectado el contacto con la realidad, o se sitúa la realización del horizonte utópico en una sociedad concreta -configurada a la manera neoliberal-, en un momento -más o menos indeterminado- del porvenir, o ambos. En el primer caso, se manipulan las percepciones acerca de la situación presente, de manera que resulte posible afirmar que la utopía se ha realizado ya dentro de los marcos del sistema social vigente. En el segundo, se aplaza este cumplimiento, pero siempre dentro del marco del sistema presente. Se puede aducir también que la plenitud no ha sentido los reales porque aún no se ha aplicado el modelo neoliberal con absoluta libertad de trabas y obstáculos -alusión, críptica, a las condiciones jurídicas que protegen los derechos laborales, etc. Cf., por ejemplo, F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Penguin 1992.

19 Puede ser la correlación de fuerzas -se le denomina realismo-; la dañada condición humana; la inexistencia de alternativas -la tan traída y llevada caída de los paradigmas-, etc. Por supuesto que, para quienes piensan así, no importa mucho una fundamentación objetiva de estas afirmaciones. Otra variante es la tesis de que únicamente los cambios graduales son capaces de llevar a realizar la hipótesis del cambio sistémico. Esa pretensión suele pender, igualmente, de un mecanismo aporístico. De todo ello se suele concluir que lo que sí urge es limar, en la medida de lo posible, las aristas más fieras del sistema, en consideración de quienes sufren sus consecuencias.

20 De este modo se afirma que hay que cambiar, sí, pero no hay que exagerar la urgencia de tal eventualidad; al fin y al cabo, el sistema actual todavía da de sí; por el momento, un cambio significaría demasiado esfuerzo para lo que se tendría que esperar del mismo; por último, se aduce la tesis del gradualismo como el único camino posible.

te ²¹ - son capaces de sostener, de manera consistente, el talante utópico.

Nuestra aserción se fundamenta en tres motivos. En primer lugar, las ideologías de impostación radical, cuando son tales y no un mero remedo, respetan el carácter de horizonte de la utopía. Esto quiere decir que no sólo no la identifican con el neoliberalismo, pero ni siquiera con un nuevo sistema que, hipotéticamente, implantaría un orden igualitario y democrático. El horizonte utópico se mantiene con este carácter. Por lo mismo, se va reformulando en cada momento de la historia, en claro y profético contraste con la situación vigente, y nunca llega a identificarse con alguna. En este sentido, no existe la utopía, sino las utopías.

En segundo lugar, las ideologías en cuestión analizan, con objetividad, la realidad, con el ánimo de encontrar el momento propicio para un cambio radical. Mientras éste llega, se esfuerzan por dar los pasos que son factibles, siempre y cuando se dirijan, efectivamente, en esa dirección.

De hecho, una auténtica ideología radical, y una fecunda articulación de las motivaciones utópicas y las razones éticas van de la mano. De las implicaciones de dicha articulación se seguiría, por ejemplo, que los relatos ideales no pueden arrastrar a acciones o proyectos que contrastan con el buen sentido y una recta jerarquía de valores ²². Pero tampoco al deber ser, auténticamente concebido, le es permitida la tergiversación o subordinación de las propuestas utópicas. ²³

En tercer lugar, las ideologías radicales respetan el carácter maximalista de los contenidos utópicos; no tratan de emparejarlos con la manera como funciona la sociedad presente; lo cual provee, fundamentalmente, al horizonte utópico de esa fuerza de atracción que lo caracteriza -cuando se le reconoce como tal-, y que, como hemos dicho, es capaz de motivar decisivamente a los seres humanos.

Todo ello se entiende si no perdemos de vista que el talante utópico se alimenta, finalmente, de la savia que sube desde el dinamismo identificador con

la vida y la suerte de los injusticiados. Por obra de éste, la lucha por la igualdad y la libertad no se reduce a una empresa; ni siquiera a una causa; sino consiste en una relación interpersonal, que sella la decisión de compartir efectivamente, no sólo las luchas, sino la vida y el destino de los empobrecidos y estigmatizados.

Sólo cuando se da una articulación del talante utópico -arraigado en el dinamismo identificador- con las convicciones éticas, podemos decir que el análisis de la realidad se maneja objetivamente -siempre y cuando se utilicen técnicas de investigación científicamente solventes-; los principios éticos, a su vez, se jerarquizan correctamente; finalmente, la utopía funciona según su propia naturaleza. A fin de cuentas, este plexo vital no puede dejar de correlacionarse con la utilización, en sí pragmática, de ideologías de corte radical.

4. Las esperanzas y la esperanza

De lo que hemos estado comentando, no debería derivarse la impresión de que la actitud esperanzada se encuentra a la par del optimismo que nos produce un evento histórico de signo positivo. Por cierto, a estos diversos momentos, tan decisivos para la vida y el desempeño cotidianos, podríamos denominarlos esperanzas. Son, indiscutiblemente, bálsamo que sana y fortalece. Nada menos, pero tampoco nada más.

La esperanza es otra cosa. De hecho, la actitud esperanzada sólo puede tener como puntal a Dios mismo: sólo en Él se puede esperar ²⁴. Ninguna realidad creada puede constituir motivo congruo de esperanza. Por ello la tradición la denomina una virtud teologal.

Y no es necesario dar muchas vueltas al asunto: el talante esperanzado es una gracia que depende absolutamente de la acción divina, de su gratuidad. No hay mérito que la granjee ni obra que la produzca. Por el lado humano sólo hay una postura que le corresponde: rostro en tierra, en actitud suplicante.

Por ello es factible vivir la experiencia de la esperanza bajo un cielo cerrado y borrascoso. Puede brillar, como una flama incandescente o como un rescaldo confortante en medio de los sucesos más infaustos...

También por ello, porque para Dios no hay imposibles, es factible, en principio, vivir una esperanza auténticamente cristiana desde cualquier matriz ideológica. Lo que no queda muy claro es que el dinamismo de fe esperanzada, a la larga, no llegue a influir, de manera definitiva, sobre las opciones ideológicas? Por lo que hemos estado comentando en este escrito, queda suficientemente claro lo contrario. ☐

21 Las consideraciones hechas en el apartado 2 acerca de los acontecimientos considerados benéficos dejan ver por dónde van los rasgos de la ideología radical.

22 En uno de los primeros lugares estaría, por ejemplo, la consideración del costo social de determinadas acciones radicales y, por ende, si sería éticamente aceptable emprenderlas bajo esos supuestos.

23 Compartimos algunas de las críticas y prevenciones que el profesor Luis Villoro formula acerca de los planteamientos utópicos, pero no su punto de vista en el conjunto: Cf. L. Villoro, op. cit.

24 Entre la bibliografía del P. Pedro Arrupe hay una publicación que se llama, precisamente, *En el sólo la esperanza*, Mensajero, Bilbao 1973.

¿Hay esperanza para los pobres?

Víctor Codina

Teólogo de Bolivia

I. Del Reino presente a la Parusía

Jesús no predicó sobre sí mismo, ni sobre Dios, ni sobre la Iglesia, sino que predicó el Reino de Dios: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (Mc 1, 14-15).

Este Reino de Dios, Jesús lo concebía como para un futuro inminente, no pasará esta generación sin que todo esto suceda (Mc 13,30)¹.

Lo típico de Jesús es que este Reino comienza a hacerse presente a través de su predicación y de su praxis. Sus milagros son signo de este Reino de Dios. «Si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios es que Reino de Dios ha llegado a ustedes» (Mt 12,28; Lc 11,20). Este Reino de Dios es conflictivo y se muestra como lucha entre Dios y el Maligno.

Ahora comienza el tiempo de la salvación, se sirve el vino nuevo y el novio está presente (Mc 2,18-22), es lo que profetas y reyes del Antiguo Testamento desearon ver y no pudieron (Lc 10, 23-24): «El Reino de Dios está en medio de ustedes» (Lc 17, 20-21).

Pero este Reino de Dios todavía no está consumado, tiene una dimensión de futuro. Está ya presente en los signos de Jesús, pero no es su revelación plena. Los signos que Jesús hace en medio de su pueblo (Lc 7,22) prueban que pronto llegará el Reino de Dios. La misma muerte de Jesús es, seguramente, para él, un medio para la llegada del Reino.

Este Reino de Dios tiene una serie de características. Es el Reino del Abba, del Padre, que irrumpe misericordiosamente en la historia para salvarla, para transformarla y llevarla a plenitud. Ni Dios sin

Reino (tentación de todos los espiritualismos conservadores), ni Reino sin Dios (tentación de los horizontalismos temporalistas).



Este Reino ya había sido anunciado por los profetas, sobre todo por el Deuteroisaias en tiempo del exilio, como salvación para los desterrados (Is 52, 7).

Y es que el Reino de Dios es buena noticia sobre todo para los pobres. No es que se excluyan a los demás del Reino, pero para los pobres es la buena noticia de que Dios quiere

canjear la situación y comenzando por los ellos (Lc 4,18; 6, 20; 7, 22), mientras que los ricos la sienten como mala noticia (Lc 6,24-26; Mc 10, 17-27)

Esta bienaventuranza de los pobres (Lc 6, 20) no es porque los pobres sean siempre mejores, ni porque la pobreza sea un bien, sino porque la llegada del Reino es inminente y las cosas van a cambiar. Es lo que María cantará en el Magnificat (Lc 1, 52-53). Es lo que los profetas habían anunciado, que el Mesías implantaría la justicia en la tierra (Is 65,21; 61, 1-3; 11,1-11).

Otra característica del Reino es que está ligado a la persona de Jesús. Su venida, su vida, son decisivas para la llegada del Reino (Lc 12,8-9; Mt 10, 32-33). La predicación del Reino y el seguimiento de Jesús están íntimamente ligados. Pero el Reino es mayor que Jesús, es el horizonte de Jesús.

Pero esta afirmación de la relación estrecha entre Jesús y Reino será utilizada por la Iglesia postpascual para llegar a afirmar que la manifestación definitiva del Reino de Dios será la Parusía gloriosa de Jesús como Señor e Hijo del Hombre.

La comunidad postpascual, tal como aparece en el Nuevo Testamento, espera una manifestación futura, gloriosa y definitiva de Jesucristo que significará

¹ Sigo a R. Aguirre, *Reino, Parusía y Decepción*, Cátedra de teología contemporánea, Fundación Santa María, Madrid 1984, con bibliografía.

el final de la historia, la llamada Parusía del Señor (Mt 24,3.27.37.39; 1 Tes 2, 19; 3, 13; 4,15; 2 Tes 2, 1.8; 1 Cor 15,23). Esta Parusía se describe con un lenguaje evidentemente apocalíptico (nubes, trompeta, cataclismos, voz del arcángel, resurrección de los muertos...), también como venida del Hijo del Hombre (Mc 8,38; 13, 26; 14, 62...) o incluso como epifanía (2 Tm 1, 10; Tit 2, 11; 3, 4). Esta manifestación escatológica del Señor se espera como inminente y la exclamación «¡Ven, Señor!». Maranatha, se dirige al Jesús que pronto va a llegar (1 Cor, 16,22; Apoc 22,20). La comunidad primitiva vive una ardiente espera escatológica, que tiene en la resurrección de Jesús su punto de arranque. La culminación del Reino de Dios será la Parusía, cuya primicia es la Pascua..

Con el tiempo, la fe cristiana irá explicitando cada vez más la presencia del Señor resucitado, mientras pasa a un plano secundario la espera de su venida futura. El culto eucarístico sustituye al Maranatha. Cuando se oculta la Parusía se oculta el Reino.

Esto alcanzará su grado máximo ante la decepción por el retraso de la Parusía y del Reino. Se tiene la impresión de que el Reino ha llegado ya en la resurrección de Jesús, pero que su culminación definitiva se retrasa. Se reinterpreta la Buena nueva en función del retraso de la Parusía. (1 Tes 4, 17; 5, 10; 5, 1-1). Se indica que la Parusía vendrá de improviso como un ladrón y hay que velar y estar despiertos (Mt 24, 42-44; Lc 12, 39-41; Mc 13,33-37). Hay que trabajar con los talentos, hasta que llegue el Señor (Lc 19, 11-27). Desaparece el horizonte de la espera cercana. Hay que obrar bien en el presente (Mt 13,36-43; 13,47-50; 24, 45-51; 25, 1-46). Es tiempo de conversión (2 Pd 3, 8-10).

Hay un desplazamiento del concepto de salvación y de Reino. La salvación no aparece como inminente sino como futura. O como ya realizada, como en las cartas deuteropaulinas («Han resucitado con Cristo», Col 3, 1) o en Juan (Jn 3, 18). Poco a poco la esperanza de la Parusía y del Reino decae. La esperanza escatológica se debilita.

Como dice Jon Sobrino², el concepto de Reino va poco a poco desapareciendo. O transformándose. Y señala tres formas de transformación del Reino

Una es la personalización del Reino en Cristo. Jesús es el Reino (autobasileia Theou), como dirá Orígenes en el siglo III. El Reino deja de ser el tipo de realidad histórico-social-colectiva que predicó Jesús para convertirse en otro tipo de realidad propia. Pero la predicación del Reino que hizo Jesús, aun-

que estaba ligada a su persona y era un signo de su presencia, no se agotaba en él, sino que era una realidad social transformada.

Una segunda forma de devaluación del Reino es la eclesialización del Reino de Dios. El Reino de Dios se identifica con la Iglesia. Una cosa es que la Iglesia sea signo y sacramento del Reino, como dice el Vaticano II (LG 1; 5; 9; 48) y otra que la Iglesia se identifique con el Reino, como sucedió en la época de Cristiandad, con graves consecuencias negativas.

Finalmente otra devaluación del Reino es el desplazarlo al más allá, tendencia que se impuso con claridad ya en el siglo VI, desplazándolo a lo interior, ahistórico, esotérico.

La consecuencia de todas estas transformaciones es que el Reino se deshistoriza, se vuelve futuro, o interior, o eclesial, se aparta de la predicación de Jesús y de la Buena noticia para los pobres. ¿Qué esperanza queda para los pobres? ¿Esperar a la Parusía? ¿Resignarse a la situación presente? ¿Vivir la pobreza de espíritu?

II. Recuperación de la esperanza histórica

Durante siglos el concepto del Reino de Dios en su formulación jesusánica ha estado ausente de la Iglesia oficial. Sin embargo a lo largo de la historia ha habido movimientos sociales y populares que han reivindicado la dimensión histórica del Reino y de la salvación.

Recordemos las tendencias milenaristas que defindieron algunos Padres de la Iglesia como Ireneo, que interpretando Apoc 20 de forma literal abogan por un reinado de Cristo en la historia por mil años, donde desaparecería la injusticia y la escasez. También en pos del milenio se lanzan movimientos populares, sociales y apocalípticos medievales: las cruzadas, movimientos pauperistas o de flagelantes, la búsqueda de figuras mesiánicas como el emperador Federico, movilizaran al pueblo en busca de este Reino de Dios presente en la historia.

También en torno al siglo XII- XIII surgirán una serie de movimientos laicales, preocupados por los pobres y la pobreza de la Iglesia, de los cuales los mendicantes son su expresión más auténtica. De alguna manera se redescubre al Jesús histórico y su mensaje a los pobres.

También en tiempo de la Reforma, frente a la doctrina luterana de los dos Reinos, surge la izquierda luterana capitaneada por Thomas Müntzer, preocupado por la pobreza de los campesinos a los que lleva a una lucha desafortunada.

² J.Sobrino, *La fe en Jesucristo*, Madrid 1999, 469-470

La historia de la vida religiosa en la Iglesia es la historia de un redescubrimiento del Reino como exigencia histórica, aunque se formule de formas diversas. Cuando los trinitarios o mercedarios se obligan a redimir cautivos, cuando dominicos y franciscanos defienden a los indios en América Latina, cuando los jesuitas establecen las reducciones o los paulinos se entregan a los más pobres, o los hospitalarios acogen a enfermos y cuando las numerosas congregaciones femeninas que surgen después de la revolución francesa atienden a niños, ancianos e ignorantes en sus casas y colegios... todos ellos y ellas redescubren que el Reino de Dios no es pura espera de la escatología y de la Parusía, sino instancia histórica para el presente.

La exégesis bíblica hace un siglo redescubrió la importancia del Reino en la vida de Jesús y la teología en los años anteriores al Vaticano II polemizó entre la tendencia escatologista que acentuaba la trascendencia del Reino de Dios (Daniélou, Urs von Balthasar y la revista *Dieu vivant*) y la tendencia encarnacionista que defendía la necesidad del compromiso por el Reino (Chenu, Teilhard, todo el movimiento de los sacerdotes obreros...)³

El Vaticano II, en su constitución *Gaudium et Spes* también discutió sobre estas cuestiones y frente a la tendencia cracoviense más espiritualista prevaleció la corriente lovaniense más encarnatoria. Ejemplo de ello es este párrafo de *Gaudium et Spes*:

«No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios» (GS 39)

En esta tarea de la recuperación de la historia y del Reino juegan un papel importante los cristianos de los países pobres, singularmente de América Latina. Un ejemplo claro de ellos son los documentos de Medellín, que son mucho más que una aplicación del Vaticano II a América Latina, son una relectura del Concilio desde un continente marcado por la pobreza y la injusticia. Por esto alude al Éxodo y habla de estructuras injustas y de pecado.

3 V. Codina, *La cuestión de fondo en el debate de la teología de la liberación, en Parábolas de la mina y el lago*, Salamanca 1990, 79-91

Al filo de Medellín surgió en América Latina la Teología de la liberación

Intenta historizar la salvación y tiene como horizonte el Reino de Dios que Jesús de Nazaret anunció. Con su método de partir de la realidad de pobreza (el clásico Ver, a través de las mediaciones socioanalíticas), iluminarlo todo con la Palabra de Dios (el Juzgar, o mediación hermenéutica), se orienta al compromiso para cambiar la realidad (el Actuar, o mediación práxica).

Para la Teología de la liberación la liberación escatológica se realiza a través de liberaciones parciales e históricas, el Reino va aconteciendo a través de utopías intrahistóricas. No puede haber entre historia y escatología ni identificación ni separación. La historia es como la crisálida del Reino (Dubarle), está «grávida» de Cristo (Agustín), es como María la Theotokos, que por virtud del Espíritu engendra algo que desborda: Jesús⁴

Pero la esperanza bíblica y cristiana de que la justicia triunfará un día definitivamente no le garantiza al creyente modelos concretos de sociedad, ni estrategias socio-políticas. Ha de ser la búsqueda y el diálogo con las ciencias humanas y sociales y las utopías políticas, lo que puede proporcionar al creyente caminos concretos para analizar la sociedad y poder transformarla.

En el fondo es la tensión historia-escatología la que se juega en la actual teología de la Iglesia, versión moderna de la tensión naturaleza-gracia de Agustín contra los pelagianos y la controversia "de auxiliis" entre la soberanía de Dios y la libertad humana. Es lo que en el fondo se discute en las dos Instrucciones de 1984 y 1986 de la Congregación de la doctrina de la fe sobre la Teología de la liberación.⁵

En estos años del nacimiento de la Teología de la liberación la esperanza de los pobres se fortificó: comunidades de base, irrupción de los pobres en la historia humana y de la Iglesia, opción por los pobres de la Iglesia latinoamericana en Puebla (1979), la lucha contra las estructuras injustas y de pecado, el paradigma del Éxodo, la espiritualidad del compromiso con los pobres a la luz de evangelio de Mateo 25, la participación de cristianos en los procesos socialistas del Chile de Allende y en la Nicaragua sandinista, la inserción de religiosos y sobre todo de religiosas en barrios pobres y marginados, el testi-

4 L. Boff y C. Boff, *Libertad y liberación*, Salamanca 1982

5 Por esto J.L. Segundo acusa a Ratzinger no simplemente de atacar a la Teología de la liberación en estas Instrucciones, sino de no respetar las opciones del Vaticano II sobre la relación entre escatología e historia

monio de Obispos como Helder Cámara, Proaño, Pironio, Enrique Alvear, Méndez Arceo, Silva Henríquez, Jorge Manrique y de tantos otros que todavía viven, en favor de los pobres..., la sangre de los mártires como los obispos Romero y Angelelli, de teólogos como Ellacuría y compañeros, de miles de catequistas, mujeres, niños, sacerdotes, religiosos y religiosas y ancianos derramada por defender al pueblo de la injusticia....enmarcan una situación privilegiada, un kairós que G. Gutiérrez define como una irrupción volcánica del Espíritu, verdadera primavera postconciliar de América Latina, donde se comienza a realizar el sueño de Juan XXIII de una Iglesia de los pobres que no se pudo implementar en el Vaticano II.⁶

¿Por qué ahora en el tercer milenio volvemos a preguntarnos si hay esperanza para los pobres?

III. La liberación no llega

Al comenzar el tercer milenio el escenario mundial, latinoamericano y eclesial ha sufrido una profunda mutación.

La caída del socialismo en los países del Este ha sido un duro golpe para quienes pensaban en el socialismo como alternativa al sistema capitalista. Después de la caída del muro de Berlín la tensión Oeste-Este se ha convertido ahora en tensión Norte-Sur. El capitalismo se convierte en el único sistema vigente. El mismo Juan Pablo II en su encíclica *Centesimus Annus* canta el requiem por el socialismo, si bien afirma que esto no implica canonización del capitalismo.

Por otra parte vivimos en un mundo globalizado, aldea global, donde por las comunicaciones, sobre todo, se vive al día de lo que pasa en todo el mundo. Esto tiene aspectos positivos, pero también dimensiones ambiguas y negativas como son las que afectan a la economía neoliberal, que hace que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. Se afirma que fuera del neoliberalismo no hay salvación. Esto ha implicado para América Latina unos ajustes estructurales y unas privatizaciones que han debilitado a los Estados y han hecho de los pobres unos excluidos del sistema. Los pobres no cuentan, son masas sobrantes, son desechables.

En América Latina, aunque hay democracia en todos los países menos Cuba, los gobiernos se sienten impotentes ante el reclamo de la población que pide mejores condiciones de vida. La deuda externa grava fuertemente las economías de nuestros paí-

ses. La corrupción y la debilidad de los partidos contribuye a un descrédito de la política.

Culturalmente vivimos en plena época no sólo postmarxista sino postmoderna. La postmodernidad critica tanto a la primera Ilustración (Kant) como a la segunda Ilustración (Marx), que han producido aberraciones como Auschwitz y el Gulag. La modernidad ha engendrado una especie de Jurasic Park lleno de monstruos que nos devoran y provocan el caos.

Si el héroe de la modernidad ilustrada fue Prometeo, el nuevo héroe postmoderno es Narciso. Estamos en una época de pensamiento débil y de contratos temporales. Hay una crítica a los grandes relatos tanto de la primera Ilustración (Razón, Progreso, Libertad...) como de la segunda Ilustración (Revolución, Liberación, Solidaridad...). Sólo quedan los pequeños relatos de la cotidianidad.

Eclesialmente vivimos en un invierno eclesial (Rahner), que contrasta con la primavera conciliar. La minoría que fue derrotada en el Vaticano II, tiene ahora el poder. Hay una mayor centralización eclesial, la curia se interpone entre los obispos y el Papa, disminuye la influencia de las conferencias episcopales y crece el influjo de los nuncios, se nombran obispos de doctrina segura (tuta), se frenan las voces del profetismo en la Iglesia, los medios amplifican los escándalos sexuales de miembros de la Iglesia, disminuyen las vocaciones sacerdotales y religiosas, baja la asistencia a la misa, grandes sectores de laicos del primer mundo abandonan la Iglesia, las mujeres se sienten discriminadas, se vive al margen del magisterio eclesial (sobre todo en material sexual), la juventud vive a su aire. Iniciativas papales positivas, como los encuentros de Asís, el pedir perdón, el insistir en la opción por los pobres, el clamor por la paz mundial, caen en el vacío.

En este escenario se comprende que muchos crean que Medellín ya ha pasado de moda, que la Teología de la liberación ha muerto⁷, que América Latina ha dejado de ser el continente de la esperanza, que simplemente hay que resignarse y que no hay esperanza para los pobres, pues no se puede cambiar el sistema, ni se puede volver a los gloriosos años 70-80.

Como los discípulos de Emaús, nosotros esperábamos que viniera la salvación pero la liberación aún

⁶ V. Codina, *Para comprender la eclesiología desde América Latina*, Estella, 1990, 105-119.

⁷ Gustavo Gutiérrez dijo a este propósito en una reunión de teólogos en Brasil que a él nadie le había invitado al entierro de la Teología de la liberación...

no ha llegado....Como la Iglesia primitiva sentimos la decepción ante el retraso de la Parusía..

IV. En búsqueda de nuevas pistas

Ante esta situación caben tres posturas acerca de la Teología de la liberación y todo lo que ella implica de historización de la salvación.

Una primera postura, como ya insinuábamos hace poco, cree que la Teología de la liberación ha muerto, ya ha pasado de moda, ha fracasado.

Michel Novak, teólogo católico de USA cree que la Teología de la liberación no libera, que América Latina fracasa por ser poco capitalista y que el capitalismo es como el Siervo de Yahvé, ante el cual la gente vuelve su rostro, pero que es el único que salva⁸.

Otros autores creen que la opción por los pobres y todo lo que ésta supone, estaba condicionada a un contexto concreto de los años 70 y que ahora, con la caída del socialismo, todo es ya diferente.

La crisis personal de L. Boff, la muertes de JL Segundo y de C. Bravo, el asesinato de I. Ellacuría, el ingreso de G. Gutiérrez a la orden dominicana... no hace más que confirmar que algo ha pasado ya. ¿Hay que volver a antes de Medellín, incluso a antes del Vaticano II...?

¿Pero es esto razonable y posible? ¿No es la opción por los pobres algo irrenunciable, pues su fundamento es evangélico? La Teología de la liberación no nació para dar respuesta a los pobres del Este, sino para responder a los pobres de América Latina.

Una segunda postura afirma por el contrario que nada ha cambiado y que como los pobres son más pobres, la Teología de la liberación es más actual que nunca.

¿Pero puede afirmarse honestamente que nada ha cambiado en estas últimas décadas, en que vivimos en un mundo postmarxista y postmoderno y han caído los grandes relatos de la primera y segunda Ilustración? ¿No afirma la Teología de la liberación que hay que partir de la realidad? Ante un cambio de realidad ¿no debe cambiar algo?

La tercera postura, que asumimos personalmente, es la del discernimiento crítico. Hay cosas irrenunciables, como la opción por los pobres, pero hay cosas que han cambiado y deben cambiar.

Esto implica un nuevo análisis de la realidad, una nueva iluminación teológica y una nueva praxis.⁹

Se requiere un nuevo análisis de la realidad, utilizando no sólo la mediación socio-analítica, sino otras mediaciones antropológicas, culturales, de género, religiosas. El pobre tiene rostro, género, cultura y religión. Hay que completar la razón instrumental con la razón simbólica. Hay que pasar del clamor anónimo al rostro indígena, afro, joven, niño, anciano, mujer...

Se requiere una nueva iluminación teológica. Tal vez fuimos demasiado mesiánicos con el mesianismo de los zelotas, demasiado voluntaristas, demasiado materialistas, demasiado paternalistas. No sólo se vive de pan.. Hay que volver al Siervo de Yahvé, al signo de Jonás, al misterio pascual. Hay que completar la Cristología y la Eclesiología con la Pneumatología y la espiritualidad. Hemos de pasar del Éxodo al exilio¹⁰.

Se requiere una nueva praxis, pues no estamos en los 70-80, no podemos huir al pasado, ni soñar lo imposible. Hemos de transformar el único mundo que tenemos. Hay que partir de lo micro para llegar a cambiar lo macro, pasar de elefantes a hormigas. Hay que contar con los nuevos sujetos: los jóvenes, las mujeres, los indígenas y afro, la sociedad civil, con los nuevos movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, creyendo, como se proclama en el foro mundial de Porto Alegre que «otro mundo es posible», buscando como proclamaba Ellacuría la civilización de la pobreza, en la cual cada uno viva dignamente con lo necesario. Como dice B González Buelta, el Reino ya está en lo germinal. Hemos de profundizar en la parábola de la mujer que con un poco de levadura fermenta toda la masa (Mt 13, 33), sin esperar de momento cambios espectaculares, pero dando los pequeños pasos que se pueden dar.

Estos pequeños signos liberadores, son como los milagros de Jesús, signos del Reino ya presente entre nosotros y esperanza para los pobres.

La esperanza cristiana, la más pequeña de las virtudes teologales, como decía Péguy, es la que más agrada a Dios y puede transformar el mundo. Sabemos que Jesús ha vencido al mundo y al mal, y que con su resurrección ha comenzado a instaurar un nuevo cielo y una nueva tierra. La esperanza cristiana se basa en el triunfo de Jerusalén sobre Babilonia. No podemos desanimarnos con la aparente victoria del neoliberalismo y sus secuaces. Hemos de resistir al Imperio del mal, generando vida, como la mujer frente al Dragón (Apoc 12), estando en el mundo sin ser del mundo, sabiendo que los pobres son bienaventurados porque el Reino de Dios es de ellos. Esta es nuestra esperanza. ☩

8 V.Codina, *Teología de la Neoliberalización*, Cuarto Intermedio, n° 19, mayo 1991, 46-61

9 V.Codina, *A Teologia latino-americana na encruzilhada*, Perspectiva Teológica, (Belo Horizonte), n° 84, maio 1999, 181-200

10 V.Codina, *De éxodo al exilio*, Cuarto Intermedio, n 41, novbre 1996, 59-71

Testimonio de esperanza

Mons. Samuel Ruiz García
Obispo Emérito de San Cristóbal de
Las Casas, Chiapas.
Presidente del SICSAL

Me piden para este número de la *Revista Christus* un testimonio de Esperanza, y comparto con ustedes algunas reflexiones que ya he externado en otras ocasiones, agregando algunas notas en torno a mi experiencia episcopal y sobre algunas situaciones de nuestra realidad nacional.

Quiero confirmar, de inicio, lo que ya expresaba en la Carta Pastoral que hice pública a principios de año:

En esta nueva *Hora de Gracia*, al mirar los «*signos de los tiempos*» de una nueva etapa por la que hemos de peregrinar, en fidelidad a nuestra esperanza de una Tierra Nueva para todas y para todos, descubro que: mi condición de Obispo Emérito **me apremia** a sentirme como tal, dentro de la Iglesia y para la Iglesia; **me impulsa** a seguir atento a la voz de los pobres, llevando al mismo tiempo en mi corazón la solicitud por todos los cristianos y por todas las iglesias del mundo; **me exige compartir** mi pensamiento de fe, alimentado a su vez por la palabra de comunidades, organizaciones y personas, cuya acción ha sido central en el proceso histórico del que todos somos parte...

No es que haya recibido yo un mensaje, o un encargo especial, sino que en el 44° aniversario de mi consagración episcopal, habiendo sido bendecido como peregrino con los pueblos indígenas y como miembro de una Iglesia que se esfuerza por hacer suyas «*las tristezas, las angustias, los dolores, las alegrías y las esperanzas del pueblo*» (G.S.No.1) percibo, con otros muchos, las señales de una etapa nueva de la humanidad, y me quema la urgencia de sumar mi clamor al de ellos, para hacer patentes, a quienes quieran verlos, estos inconfundibles «*signos de los tiempos*» de este singular «paso del Señor» sobre el «Nuevo Pueblo de Dios» que va en pos de Cristo Resucitado.

Lo hago, en un momento en que pareciera que todas las cosas negativas que se dan en el mundo se conjugan para desarrollar más bien una tendencia pesimista y negativa, y en el que uno, con razón y validez, se pregunta: ¿de qué manera el Señor mantiene en los individuos, en el

conjunto de la marcha de la Iglesia -tanto Iglesia jerárquica como Iglesia de los feligreses- la Esperanza en el momento presente?

En verdad, reflexionando sobre este tema, miro en primerísimo lugar cómo el optimismo con el que el pobre asume los acontecimientos y mira desde su fe hacia delante, con grande confianza en el Señor, es algo que a nosotros nos retroalimenta. El pobre pues, es la primera razón de nuestra esperanza, no por cuanto las situaciones de injusticia y opresión que le hacen pobre y le marginan, sino por la fortaleza y la determinación con que vive y enfrenta esas mismas situaciones, en la lucha diaria por derrotarla y revertirlas.

Iglesia Autóctona y Pobre

Recuerdo cómo, habiendo sido nombrado Obispo para la Diócesis de Chiapas y, después de la erección de la Diócesis de Tuxtla Gutiérrez, como Obispo de San Cristóbal de Las Casas, junto con los sacerdotes, religiosas, religiosos y agentes de pastoral, nos tocó asistir a un proceso evolutivo, a partir de una situación de aislamiento, con una población mayoritariamente indígena (78%), que hablaban alguna de las 5 lenguas mayenses, en grande pobreza económica y aún moral, con situaciones de injusticia y aplastamiento social.

Francamente estábamos en un gran desconcierto para responder a una situación tan compleja, pues considerábamos que, como jerarquía y como agentes de pastoral, éramos los únicos que podíamos dar una palabra de valor y de peso ante esa situación; que nos correspondía a nosotros decidir sobre el futuro de la Iglesia en ese lugar y momento específicos.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, sobre todo en el Documento «*Ad Gentes*» nos dio la iluminación necesaria, para recordar con los PP. Griegos y Latinos, que Dios se halla presente en los distintos pueblos y culturas, (a quienes ha llamado por un camino de salvación), en las «*semillas del*

Verbo» y a quienes convoca para formar un «pueblo de pueblos».

Nos dimos cuenta entonces que esas comunidades tienen sus propios procesos y que no éramos nosotros quienes teníamos la única y última palabra. Es así que, por su propia acción evangelizadora, surgen las Iglesias Autóctonas, con su capacidad de subsistencia, con su propia Jerarquía y con sus propios Ministros. Han sido estas Iglesias las que han dado respuesta a las situaciones de injusticia y marginación social; de ellas hemos aprendido que, a pesar de tanto sufrimiento, se puede pensar y se puede construir un mundo distinto. Esta ha sido, sin duda, una de las fuentes más grandes de esperanza que recibimos en Chiapas. Por eso, constatando las señales del Reino de Dios aquí y ahora, podemos sentir una fuerza que nos permite seguir caminando, a pesar de esa tendencia pesimista que anotábamos y que parece mayor que nuestras propias posibilidades.

Finalmente hemos visto que son estas comunidades las que mantienen la genuina opción por la Iglesia de los pobres que es, al final, la única Iglesia que Jesús pudo haber inspirado.

Los pobres -los pueblos indígenas entre ellos- son exponente claro de la toma de conciencia de la identidad étnica y cultural opuesta a la homogenización, a la que nos conduce la globalización actual; ellos son los actores eficazmente presentes en la transformación de varios Países del Continente... ellos enarbolan la bandera de la dignidad humana y del derecho individual y colectivo, denegado por este sistema neoliberal; ellos son el tronco que conserva la esperanza de la construcción de una sociedad alternativa, fundada en el reconocimiento y respeto a la diferencia, y son «el resto» que contiene una visión que mira la diversidad, como un conjunto de nuevas riquezas y potencialidades para el desarrollo humano. Esto no es un sueño irreal e irresponsable; sino que es un grito de esperanza que encierra la propuesta mencionada y que aglutina ya el sentir de millones de seres humanos, y es la respuesta de los movimientos sociales a la globalización.

Solidaridad ecuménica

Siguiendo con esta misma experiencia podemos decir, en segundo lugar, que el acompañamiento, el trabajo en «común unión», el compartir los logros y las preocupaciones con los demás, es otra fuente de esperanza. Nadie ha podido, ni podrá enfrentarse sola o solo a las feroces armas de la muerte.

Pienso concretamente en la situación de guerra que nos ha tocado vivir en México y que se prolonga hasta nuestros días, y en cómo hemos sido testigos presenciales de una creciente solidaridad nacional e internacional que se da y se recibe en muchos aspectos; de una actividad que los seglares incansablemente desarrollan en estos tiempos para parar ésta y otras guerras, y que verdaderamente logran incidir en la historia.

Esta acción solidaria se suma a la resistencia y sobrevivencia de las pequeñas comunidades, de las Iglesias locales y los grupos de cristianos organizados que se convierten así en verdadero «fermento del Reino».

A estos «hacedores de paz» se refiere la Escritura cuando Jesús proclama la experiencia de vida que Él mismo escogió vivir: «*Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios*» (Lc. 5, 9). A ellas y ellos habrá que agradecer también que alimenten nuestra esperanza en un mundo de verdadera fraternidad.

La solidaridad, la comunión, la resistencia civil organizada y pacífica, el acompañamiento a los más pequeños y desvalidos, son otros tantos cauces por los cuales nuestra esperanza se alimenta.

Testigos eclesiales

Por otro lado, nos ha tocado mirar en nuestra historia, en medio de nuestra propia condición humana, limitada y pecadora, a una Iglesia que tiene no solamente la presencia de Cristo, sino que genera también antivalores en ella... y oposiciones inclusive al Reino de Dios. Paradójicamente, esas mismas situaciones nos han llevado a un proceso de maduración.

Recuerdo cómo en un momento dado, una situación negativa percibida en el CELAM, en los tiempos que yo presidía la Comisión Episcopal de Misiones, me ayudó a descubrir lo que era verdaderamente la fe en esta Iglesia santa, católica y apostólica, a pesar de los antitestimonios, de los cuales no podemos decir que no somos también nosotros, a nuestra vez, parte.

Personalmente, y hablando de la experiencia episcopal, he podido ver a nivel del país y a nivel del continente, una persistencia de muchos hermanos que nos ayudan en su acción pastoral y episcopal, con su fidelidad y su confianza en el Señor, a mantenernos con una mirada en el horizonte del advenimiento del Reino.

Dentro de mi interior percibo la intercesión de aquellos testigos en la fe de nuestro continente: Mons. Angelleli, obispo de La Rioja, en Argentina, compañero mío en el Colegio Pío Latino de Roma y muerto hace veinticinco

años en un sospechoso accidente; Mons. Oscar A. Romero, en cuyo nombre lanzamos, junto con Mons. Méndez Arceo y junto con Don Pedro Casaldáliga, en estas situaciones históricas, el Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con América Latina, SIC-SAL; Mons. Juan Gerardi, asesinado en Guatemala por su defensa de los Derechos Humanos; Mons. Leónidas Proaño, patriarca y protector de los indios de Ecuador y así tantos otros testigos, que en la historia han dado su propia vida junto a los cientos de catequistas y de laicos y laicos comprometidos.

Son ellas y ellos, sus vidas y testimonio, los que nos ayudan a mirar esa fidelidad y esperanza en el Señor, como una retroalimentación de nuestra propia esperanza y confianza. Estos testigos experimentados nos hacen sentir que nuestra oración y la oración de muchos cristianos, acompaña este caminar. Y así sentimos a Cristo resucitado en esas realizaciones históricas que contemplamos.

Recuerdo ahora el compromiso que hicimos en el décimo aniversario de la pascua de Mons. Proaño, junto a otros obispos de América Latina y junto a otros pastores y hermanos de las Iglesias Protestantes, en un verdadero sentir ecuménico:

«Queremos salvaguardar la memoria histórica de nuestras Iglesias y nuestros Pueblos y nos sentimos responsables por una herencia de siglos de luchas y de martirios que no podemos malversar. Caminamos con muchos hermanos y hermanas que, en Nuestra América, en todo el tercer mundo y en el primer mundo solidario, contestan esperanzadamente el fatalismo del sistema único que nos quieren imponer. Y confiamos en la amorosa presencia del Dios de Jesús, libertador de los pobres, Padre-Madre de la familia humana»

En síntesis, son muchos los signos de esperanza que emergen ante la brutal agresión de un sistema social, económico y político que excluye a las grandes mayorías en el mundo:

Sociedad pluricultural

Se anuncia ya una sociedad cuya unidad no tenga un carácter monolítico, como lo impone la globalización; sino donde se comprenda y ejerza el derecho a ser sujeto de su propia historia, y se acepten las identidades específicas; donde se reconozca la autonomía de las naciones y de los pueblos originarios con su unidad y su diversidad... Se visualiza con esperanza la fuerza globalizadora de los excluidos, que no aceptan que este sistema sea el definitivo, sino que vehementemente expresan que otro sistema, donde la justicia y la verdad resplandezcan,

es urgente, y posible; sistema en el que lo constitutivo no sea la concentración del lucro, sino la distribución de los recursos; en el que no sea el individualismo egoísta, sino la dimensión comunitaria y el respeto a la dignidad humana

lo que esté por encima del valor de lo económico.

Todas estas señales nos están pidiendo nuevas tareas que, en la medida en que se realicen, serán también alimento que nutrirá esa esperanza:

+ Sumarnos, ante todo, a lo que nos demandan estas señales, porque son señales del «paso de Dios» por la historia, manifiestan su presencia y nos guían hacia el advenimiento de su Reino.

+ Trabajar incansablemente por establecer la justicia y el derecho en un nuevo orden mundial, para consolidar una Paz inalterable y duradera, y así conjurar definitivamente el flagelo de la guerra.

+ Continuar construyendo el nuevo modelo de la unidad, con el respeto a las diferencias y a los derechos de los más pequeños, así en la sociedad, como en el seno de las diferentes confesiones religiosas.

+ Apoyar las tareas de protección y conservación de la tierra, hogar común y herencia para las generaciones del siglo que recién comienza.

+ Participar, según el lugar que tenemos social y religiosamente, en la construcción de ese «otro mundo posible».

+ Sumarnos a los esfuerzos locales, nacionales e internacionales que caminan ya por senderos de luz y esperanza renovada.

+ Trabajar infatigablemente por el reconocimiento de los derechos humanos.

+ **Colaborar con el Padre** en esta **NUEVA HORA DE GRACIA**: en su obra siempre creadora y siempre redentora, manifestada en esos brotes tiernos que prometen buenos y abundantes frutos...

Le doy gracias al Señor de vivir en este momento histórico, donde se pueden percibir, día a día, avances de una Iglesia presente en la historia y también un encaminamiento de maduración para un diálogo, no sólo con otras iglesias, sino con otras religiones; diálogo que va a traer una renovación muy fuerte dentro de la propia Iglesia Católica.

A María Santísima de Guadalupe, Madre nuestra y Reina de este Continente, le pedimos siga escuchando nuestras súplicas, enjugando nuestro llanto y acompañándonos en la construcción del templo de la Nueva Sociedad, en la que los Marginados tienen reservado un lugar especial.

México, D.F. 20 de Octubre de 2004. ☐

Las raíces históricas de la esperanza

Pablo Richard

«Todo cuanto fue escrito en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, para que con la resistencia y fuerza que dan las Escrituras mantengamos la Esperanza» (Rom 15,4)

«El Dios de la Esperanza los colme de todo gozo y paz en la fe, hasta abundar en la Esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rom 15,3)

«Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la resistencia, la resistencia engendra la virtud probada, la virtud probada engendra la Esperanza, y la Esperanza no falla». (Rom 5,3-5)

La Esperanza desde una perspectiva humana y sociopolítica

La Esperanza es un instrumento de análisis de la realidad. Cuando tenemos Esperanza descubrimos realidades ocultas, fuerzas y dimensiones que en un análisis puramente empírico y «realista» no aparecen jamás. Una persona con Esperanza ve la realidad distinta que una persona pesimista.

Así se cumple lo de Jesús: «Yo te bendigo, Padre, porque, has ocultados a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños» (Mt. 11,25). Jesús aquí nos dice que los pobres y los excluidos tienen una capacidad de descubrir esas realidades que los sabios e inteligentes nunca llegan a descubrir. Sólo desde los pobres podemos reconstruir la Esperanza.

El sistema capitalista de economía de libre mercado, modelado por la ideología neoliberal, se propuso dos objetivos:

1. Eliminar todo sistema alternativo al capitalismo, y
2. Destruir la Esperanza misma de que pueda darse alguna vez un sistema alternativo.

En síntesis, destruyó ya toda alternativa y busca destruir la Esperanza de una alternativa posible. El primer objetivo lo logró, cuando destruyó los socialismos históricos, aunque estos ya se habían debilitado por sí mismos. Pero, el segundo objetivo de destruir toda esperanza no

lo ha logrado y no llegará a lograrlo, dado que la Esperanza de los pobres nunca muere.

El capitalismo neoliberal reconoce la existencia de muchos problemas, pero promete solucionarlos con el desarrollo mismo de la economía de mercado. Los problemas del mercado se solucionarían con más mercado. Según ellos, no es racional buscar una alternativa al margen del mercado, que sería el único mundo posible.

«Otro mundo es posible»

La sola Esperanza de que otro mundo sea posible, es ya una derrota del sistema actual. Lo que esta Esperanza -sin embargo- necesita para ser real es diseñar un proyecto y construir un sujeto capaz que haga posible ese otro mundo posible. Debemos responder a las preguntas de cómo es ese mundo, cómo funciona, quién lo gobierna, etc. Por otro lado, si no hay Esperanza de que otro mundo es posible nunca nos pondremos a construir ese sujeto y ese proyecto alternativo.

El sujeto no es el sujeto individuo de la revolución moderna, sino el sujeto comunidad. El sujeto individuo ve siempre en el otro un enemigo, es el que compete en el mercado, la destrucción del otro como condición de mi éxito personal. El otro sólo es reconocido si me es útil. El sujeto comunidad, por lo contrario, afirma en el otro, en la comunidad, la posibilidad de ser sujeto: Yo soy si también eres tú. O, como dice el Evangelio: Ama a tu prójimo porque él es tú mismo. El sujeto comunidad entiende que todo homicidio es suicidio, puesto que la muerte del otro implica mi propia muerte.

A un nivel social el sujeto individuo dice: «si no hay para todos, que por lo menos haya para mí». El sujeto comunidad, por el contrario, dice: «Si hay para todos entonces habrá para mí».

La otra condición de la Esperanza, como ya dijimos, es diseñar un proyecto que haga posible ese otro mundo. Este proyecto lo formulamos en general así: una sociedad donde quepan to-

dos y todas en armonía con la naturaleza, es decir, que ese otro mundo sólo es alternativo al capitalismo si asegura la vida de todos y todas y la vida del cosmos. Tenemos aquí una racionalidad totalmente diferente a la racionalidad de economía de mercado. La economía de mercado tiene dos fallas fundamentales: la exclusión y la destrucción de la naturaleza, por eso el mundo alternativo debe ser para todos y en armonía con la naturaleza.



El punto de partida para construir ese otro mundo es fundamentalmente ético. En el sistema actual el valor absoluto es el mercado, la eficiencia y la ganancia. Un avance tecnológico o científico es valorado únicamente por su capacidad de producir ganancia en el mercado. En el mundo alternativo que buscamos construir el valor absoluto es la vida humana. La economía, la tecnología, la ciencia, es buena y justa si está al servicio de la vida humana.

¿Cómo podemos construir ese mundo alternativo? No lo sabemos, pero sí sabemos que nacerá desde abajo, desde los pobres, desde los excluidos, desde el Tercer Mundo. Sabemos, también, que ese otro mundo alternativo ya lo podemos ir construyendo ya ahora en pequeñas experiencias en el ámbito de la economía y de la política. El motor que nos empuja en esta búsqueda es la Esperanza de que otro mundo sí es posible. Si uno no tiene Esperanza sólo buscará acomodarse dentro del sistema actual. Lo más cómodo es no tener esperanza.

En esta búsqueda debemos rescatar toda la fuerza de la utopía que es la plenitud histórica de la Esperanza. La utopía, como su nombre lo indica, no tiene lugar en la historia actual. No está, sin embargo, en un mundo fuera de nuestra historia, sino más allá de la exclusión y de la

destrucción al interior de nuestra historia. La utopía está más allá, pero tiene desde ya dos efectos muy importantes. Uno, que nos indica el sentido y la orientación hacia donde vamos en la construcción del mundo alternativo. La utopía nos orienta en un sentido determinado, aunque no sabemos cuando llegaremos a esa plenitud. La utopía nos dice igualmente en qué dirección no podemos ir. En segundo lugar, la utopía da sentido a todas nuestras pequeñas construcciones, a todos nuestros pequeños éxitos y experiencias microeconómicas. En otras palabras, la Esperanza, y su plenitud la utopía, da orientación a nuestro caminar y da sentido a todo lo que ya vamos construyendo.

¿Por qué es posible otro mundo? Porque este mundo ya ha llegado a ser imposible. Este sistema ya acumula muerte y destrucción en una proporción tal que ya la vida de la humanidad y del cosmos está en serio e inminente peligro. Ya el 60% de la humanidad vive en la exclusión. Las diferencias entre ricos y pobres se hacen intolerables. Además, «la victoria» del capitalismo sobre el socialismo fue una victoria pírrica. Cuando el general griego Pirro obtuvo su victoria sobre sus enemigos, hubo tantos muertos de lado y lado, que dijo: «con otra victoria como ésta estoy perdido». La victoria del sistema de economía de mercado es el comienzo de su propia derrota. Ya cayó la idea de que el sistema actual era el único sistema posible. Los que se oponen al sistema actual, el sistema los considera muy peligrosos, porque sencillamente tienen razón y ellos lo saben.

La esperanza desde una perspectiva teológica, espiritual y ética

La construcción de la Esperanza debemos realizarla al interior de las realidades y de los procesos económicos, políticos y sociales que hemos descrito en el capítulo anterior. La Esperanza no es un sentimiento o una idea vaga. No podemos caer en el sentimentalismo o el fundamentalismo en la construcción de la Esperanza. La Esperanza que no falla tiene fundamentos sólidos en la historia, pero dentro de ella una tremenda fuerza ética y espiritual que ahora buscaremos definir.

La raíz de la Esperanza cristiana está en la fe en el Dios de la vida y en la destrucción de todos

Justicia social y esperanza cotidiana

Sebastián Mier
Teólogo del CRT

Algunas maneras de presentar los análisis de la sociedad y una buena cantidad de las noticias de la televisión y la prensa subrayan los aspectos negativos de la realidad. Con datos que son objetivos, pero parciales, y muchas veces con valoraciones pesimistas. Es cierta la tremenda capacidad depredadora del sistema capitalista. La venimos repitiendo en nuestros análisis desde que éstos comenzaron a ser parte más sistemática de nuestra reflexión y planeación teológico-pastoral. Con sus variantes a lo largo de las décadas y últimamente en su versión neoliberal. Algo semejante sucede con los abusos del gobierno y las tremendas carencias de nuestras democracias. A veces suena a que nos desean convencer de que cada vez estamos peor.

Si así fuera resultaría que todos nuestros esfuerzos (personales y de muchísimas organizaciones de índole muy variada) han sido por lo menos inútiles y quizá hasta contraproducentes. Sin embargo yo no considero que la situación sea tan catastrófica. Es cierto que las transformaciones sociales que soñamos en los 80s (y que muchos consideraron realizables en un plazo no demasiado largo) todavía no llegan. No obstante, no todo es retroceso; también ha habido avances. Es sumamente difícil lograr unas cuentas completas y objetivas, en cada campo y más todavía en el conjunto de ellos. Por ejemplo en el de los derechos humanos. Es cierto que persisten innumerables violaciones, pero ¿quién puede presentar un balance comparativo bien fundamentado respecto a lo que sucedía en tiempos de las dictaduras militares para medir si vamos hacia adelante o hacia atrás?

Es evidente que al evitar una visión catastrófica de nuestra realidad y de su evolución con el paso de las décadas no pretendo negar las tremendas carencias e injusticias que existen en los ámbitos de la sociedad y de la iglesia, ni tomar una actitud conformista frente a ellas, ni pedirles simplemente paciencia a quienes las padecen con mayor crudeza; sino mantener una esperanza activa. Considerando que esperanza no significa la certeza de obtener la meta tal como se la anhela, sino la disposición animosa y constante de luchar por acercarse a ella lo más posi-

ble y disfrutar y agradecer los logros que se vayan obteniendo en el camino.

Dentro de este marco ofrezco una serie de reflexiones sobre la esperanza. Aunque no de todo perfiladas e hilvanadas, confío que prestarán algún servicio en esta época tan desanimante.

¿Cómo entender la esperanza?

Todos anhelamos la vida, la vida más plena posible y hacia ella encaminamos nuestros esfuerzos. Sea de manera más espontánea o deliberada. El modo de entender la plenitud de la vida varía mucho según las personas y los grupos. Los campesinos suelen preferir una existencia tranquila con la satisfacción suficiente de sus necesidades básicas. Otros prefieren un mayor progreso en conocimientos, técnicas, comodidades, capacidad de viajar, etc. Y consiguientemente el tipo de esfuerzos que se llevan a cabo también es muy variado. Así podemos entender inicialmente la esperanza.



Desde la enseñanza de la Biblia encontramos esos mismos elementos básicos, pero matizados y enriquecidos. En primer lugar la esperanza bíblica siempre tiene su fundamento en Dios mismo, en la alianza que establece con su pueblo, en su promesa y en su

fidelidad. Todas ellas son gratuitas, pura benevolencia divina, obsequio generoso; pero requieren una correspondencia de parte de las personas y del pueblo todo.

La formulación del objeto de la promesa y de la esperanza, de su símbolo y su realidad, va cambiando con los siglos: Con Abraham era tierra y fecundidad (Gn 12,15); en la salida de Egipto, la tierra que mana leche y miel (Ex 3,8.17); en los tiempos profé-

ticos es concebida como paz, salvación, luz, curación y redención, como una renovación del paraíso, la alianza y el reino de David; en los libros sapienciales, la paz, el descanso y la salvación se proyectan hacia el más allá vinculados a la inmortalidad.

Los evangelios sinópticos la expresan como reinado de Dios, que podemos precisar retomando la expresión de Isaías: «buena noticia a los pobres, liberación de los cautivos, curación de los enfermos, emancipación de los esclavos, 'año de gracia del Señor'» (Lc 4, 16ss). Y los escritos joáneos como luz, vida eterna, verdad... Y todo ello tiene su realización concreta en la vida entera de Jesús y de un modo especial en el misterio pascual de su muerte y resurrección.

«Es la fe la que garantiza la realidad del futuro prometido por Dios. Por la confianza el hombre se apoya en Dios de quien depende ese futuro. Enraizada en la fe y la confianza, la esperanza puede entonces desplegarse hacia el futuro y sostener con su dinamismo toda la vida del creyente. Ella mantiene la paciencia y la fidelidad cuya expresión mayor es el amor» (VTB de Léon-Dufour)

Tanto en el anhelo espontáneo de vida como en la realización de las promesas divinas podemos distinguir diversos ámbitos: aquél que abarca a todo el pueblo (macrosocial), el que se refiere a una comunidad más o menos amplia (microsocial), el familiar y el personal. Entre esos ámbitos hay conexiones más o menos estrechas según los casos en sí mismos y también en la intencionalidad de quien pretende realizarlos; pero no coinciden completamente entre ellos y los distintos sujetos ponen mayor énfasis en uno o en el otro. Así, por ejemplo, en el éxodo de Egipto se acentuaba más la liberación del pueblo y en la época de los sapienciales, se fue destacando la salvación personal.

Como en muchos otros temas, en éste, no encontramos en las palabras de Jesús una enseñanza explícita; pero su vida misma sí es muy iluminadora. La prolongada etapa sumergida en Nazaret (que engloba también casi la totalidad de la vida de María) nos remite al sentido de la cotidianidad; su actividad pública (predicación y acciones) frente a las multitudes, la convocación de discípulos y seguidores, su enfrentamiento con líderes opuestos (y la persecución consecuente) ... tienen una dimensión más «cívico-política». También hemos de considerar la luz de su resurrección: Jesús resucitado trasciende ya la historia pero por medio de su Espíritu mantiene una relación estrecha con los anhelos de su pueblo: conserva sus mismos propósitos y métodos, su comunicación más expresa es con los que creen en

El quienes a su vez se proyectan tanto en las esferas privada como en las públicas.

Con lo expuesto hasta aquí, podemos matizar un poco más la descripción inicial que planteé de esperanza:

no significa la certeza de obtener la meta pronto y tal como se la anhela en su totalidad; sino la actitud llena de confianza, inspirada por la fe (religiosa, cristiana), que conlleva una disposición animosa y constante de luchar por acercarse al ideal (utopía) lo mas posible en la multiplicidad de sus facetas; y disfrutar y agradecer los logros que se vayan obteniendo en el camino, conscientes de las limitaciones de esta historia y con apertura -más o menos explícita- hacia su realización escatológica en la «otra vida»; en una vivencia personal enlazada con una dimensión comunitaria ampliada concéntricamente.

Sentido más concreto de la esperanza.

Para perfilar un poco más esta descripción, veamos por una parte las actitudes que se oponen a la esperanza y por otra diversas maneras o grados en que puede realizarse.

La mayor carencia de esperanza se expresa en la desesperación cuando se pierde toda confianza y con ello también el sentido de la vida y el anhelo por salir adelante; en los casos más lleva de plano al suicidio, en otros a una existencia atormentada. Un grado menor de pérdida la constituye la apatía, por lo que tan sólo se va sobreviviendo, sin ilusiones relevantes ni propósitos significativos ni para sí mismo ni para los demás; en consecuencia se omite todo tipo de esfuerzos. También se oponen a la esperanza, las depresiones anímicas que pueden ser más o menos intensas, pero intermitentes (si se hacen más permanentes se cae en la desesperación).

Por otra parte la vivencia de la esperanza admite grados y variedades. Describo con brevedad tres básicos. En el menor de ellos -un tanto cercano a lo que llamé apatía y en ocasiones confundible con ella- se realizan los esfuerzos mínimos por salir adelante sin anhelo alguno de mejoría, no más con la constancia indispensable. Un grado mayor tiene aspiraciones vitales que lo motivan, se fija metas valiosas a corto y largo plazo para sí mismo y para otros, se interesa en la situación de los demás, se organiza en lo personal o grupal y busca las colaboraciones requeridas. Quien vive una esperanza «heroica» pretende ideales más elevados y se consagra plenamente a ellos con gran entusiasmo en el trabajo, enorme paciencia frente a la adversidad y valentía ante las luchas que ello implica. En todo caso, un síntoma y alimento de la esperanza son el saber

agradecer y celebrar; dar gracias a aquéllos con quienes convivimos, a los que nos impulsan y ayudan... y a Dios, fuente de la vida y el amor; festejar los logros más particulares de mayor o menor magnitud, las fechas conmemorativas personales, comunitarias, eclesiales... con alegría y, de nuevo, gratitud.

Cuando las condiciones en las que se vive, sea individualmente o como pueblo, son demasiado adversas, entonces la esperanza toma un matiz de resistencia más o menos pasiva; pero también con algunos de los ingredientes recién enumerados.

Un oponente de la esperanza (de índole muy diversa, pero cuya consideración es indispensable para comprender el auténtico significado de la esperanza y distinguirla de otras actitudes que en algunos rasgos coinciden con ella) es la ambición prepotente y abusadora. La verdadera esperanza humana tiene un sentido de humanismo, de preocupación solidaria por los demás y de colaboración fraterna, y la bíblica se mueve expresamente en la dinámica del amor que nos enlaza con nuestro Padre-Madre, con Jesús nuestro hermano mayor y con nuestros prójimos, con una «preferencia por los pobres y excluidos». Entonces, cuando se busca metas exigentes con entusiasmo y constancia e incluso capacidad de realizar grandes sacrificios; pero no en la línea de la justicia compartida, sino en pos de intereses egoístas (individuales, sectarios o «nacionales»...) y se utiliza para ello medios explotadores que suelen incluir algún tipo de violencia injusta, también se claudica de la verdadera esperanza y se enrumba por la ambición fratricida.

Algunas expresiones populares de esperanza

En la línea esbozada más arriba, quiero aludir a algunas actitudes vitales del pueblo pobre que -dentro de las ambigüedades humanas- significan esperanza.

En primer término encontramos el profundo sentido que la gente del pueblo tiene para la fiesta, tanto las fiestas comunitarias como las familiares. Dentro de ellas ocupa un lugar especial la fiesta patronal (con todos sus elementos sagrados, artísticos, de-

portivos, etc.) y junto tenemos otras muchas celebraciones religiosas y civiles. No faltará quien las considere opio del pueblo. Pero constituyen una auténtica manifestación de vida e incluso de derroche. Implican todo un esfuerzo de organización común con amplia previsión y realización cuidadosa. Su realización celebra (y agradece) los beneficios obtenidos-logrados, y refuerza los lazos comunitarios. Claro

que suelen incluir mezcla de trigo y cizaña (hay pleitos entre los organizadores, manipulación comercializadora, excesos alcohólicos que conducen a riñas y hasta homicidios...); pero son innegables los elementos positivos que menciono.

Otro signo lo constituye la fecundidad de las familias populares. Ciertamente también se trata de un fenómeno de múltiples facetas (médicas, económicas, culturales...) y que las familias más recientes han restringido en alguna medida el número de retoños. (No incluyo aquí los numerosos hijos no deseados, producto

más bien de la pasión, la ignorancia y el descuido.) También aquí, es innegable el deseo de transmitir a nuevos hijos e hijas una vida considerada valiosa, en medio de todas sus limitaciones y frustraciones. Y junto con el deseo la determinación operativa de hacer todos los esfuerzos necesarios para sacarlos adelante e incluso ofrecerles mejores oportunidades.

En esta línea el creciente fenómeno de la migración actual es otra manifestación de la esperanza activa del pueblo. Es cierto que una de las causas fundamentales del abandono del lugar nativo es el modelo económico neoliberal que produce desastres en el agro y tremendo desempleo. Ciertamente igualmente que la migración acarrea grandes perjuicios a las familias y a las comunidades desintegradas por su culpa. Frente a ello la gente del pueblo no se ha limitado a lamentarse o a 'esperar' (tremendo equívoco de la misma palabra que significa actitudes totalmente opuestas) pasivamente favores de los poderosos; sino que ha emprendido acciones arduas y riesgosas. Sin duda una esperanza más consciente y organizada podría dar mejores resultados, pero el pueblo no se ha quedado quieto. ☐



¿De dónde sacar esperanza?

Leonardo Boff

ALAI-AMLATINA 19/11/2004, Río de Janeiro

Seguramente la victoria del presidente Bush y la nominación de Condoleezza Rice como Secretaria de Estado produce gran abatimiento en millones de personas por todo el mundo. ¿Cómo es posible que la mayoría de los electores ratificase la línea política de Bush/Cheney que prevé enfrentar la violencia con más violencia y promete intervenir en cualquier parte del mundo donde los intereses estadounidenses estén en juego? Es la suprema arrogancia del imperio, que por primera vez posee dimensiones realmente planetarias. Pero aprendamos de la historia, que no hay imperio de mil años, eso es cosa de nazis, ni imperio de un siglo, eso es cosa de ultraconservadores, tanto más ávidos de poder cuanto más cortos de visión. Todo imperio es derrumbado, no por otro imperio más fuerte, sino por la ansia de libertad de los ciudadanos y por el sentido de dignidad de los pueblos que es más fuerte que la dominación.

Pero no olvidemos nuestro país. Algunas derrotas electorales trajeron decepciones para muchos, derrotas que representaron una respuesta del pueblo al índice de inequidad social que produce la macroeconomía del equipo económico. Es verdad que las exportaciones crecieron, pero crecieron también, en parte por causa del superávit primario, el desempleo y el empobrecimiento del pueblo a niveles peores que los de Etiopía, según los que conocen allá y aquí.

Honestamente y angustiados, nos preguntamos: ¿qué hacer con este mundo aquí y allá fuera? ¿De dónde sacar esperanza?

Esta esperanza no puede venir de aquellas instancias que están provocando la destrucción de la esperanza. Se depositó demasiada esperanza en ciertos partidos de extracción popular y en sus líderes carismáticos que llegaron al poder. En vez de dar aliento al pueblo, como prometieron, se volvieron rehenes de la lógica del sistema con el argumento de que, de todas formas, hay que evitar el caos sistémico. Ocurre que el caos social ya se instaló y se agrava día a día. O la economía es para superar el caos social o ella es una forma perversa de continua muerte de los pobres en el altar del dios Mamón. Ninguna sociedad, mínimamente ética, puede aceptar esa perversidad. Que no

se espere nada de esta política macroeconómica ramera de los mercados.

Vamos a beber esperanza en las religiones y en las Iglesias, ya que Ernst Bloch con razón decía: «donde hay religión, hay esperanza». De hecho, para los realmente pobres, las iglesias se transformaron en su refugio, el lugar donde beben alguna esperanza, aunque, milagrera, apartada de los procesos históricos y de los compromisos de cambio social. Pero encuentran igualmente así alguna razón para vivir. Lamentablemente para muchas de estas iglesias vale el dicho español: «entre Dios y el dinero, lo segundo es primero».

La fuente de la esperanza se encuentra en las propias víctimas. La esperanza es la única cosa que les sobra, esperanza de que, por adversa que sea la realidad, alguna cosa buena va a salir de ella. Ellas son portadoras de la utopía mínima de que, un día, todos van a poder comer, vivir, ir al médico cuando estén enfermos, enviar a los hijos a las escuelas y tomar su cerveza con los amigos el sábado a la tarde y, quien sabe, tener una jubilación que los deje tranquilos. Y por fin, eso piensan los pobres sin Bush, ni Blair ni nuestras élites, que es posible para la humanidad sentirse una familia, habitando todos juntos el planeta Tierra, como hermanos y hermanas. ¿No son ellos quienes nos recuerdan que «la esperanza es lo último que se pierde»? (Traducción ALAI). ☐



Pero el «viento continúa»

Circular fraterna 2005

Don Pedro Casaldáliga. Al dejar de ser Obispo residencial de São Félix do Araguaia en Brasil

Ha sido una auténtica avalancha de mensajes de solidaridad, preocupados y hasta indignados algunos, y ya finalmente, muchos, exultantes. Hoy, como nunca, debería yo responder personalmente, mensaje por mensaje, corazón a corazón. Han llegado también, en este tiempo de vigilia expectante, muchas preguntas, muchos desahogos; sobre este nuestro Mundo neoliberal, sobre nuestra santa y problemática Iglesia. Envío las preguntas y las ansiedades al Espíritu de Aquel que es «nuestra Paz». Y creyentes y agnósticos, serenos y rebeldes, ellas y ellos, dense todos por respondidos con un cariño inmenso. ¡Así de fácilmente despachamos la carga los obispos retirados!

Hemos recibido mucha solidaridad con respecto a la reivindicación del pueblo Xavante, que continúa estancada en manos de una justicia lentísima. El otro motivo de solidaridad con nuestra pequeña Iglesia de São Félix do Araguaia ha sido, lógicamente, la sucesión episcopal. No voy a entrar en detalles porque ya se ha escrito bastante sobre ese incidente eclesial. Nosotros queremos insistir en que el problema no era simplemente un obispo, una Iglesia. El problema es de toda la Iglesia y para el nombramiento de todos los obispos y es una reivindicación mayor de corresponsabilidad y de colegialidad. Para ser fieles al Evangelio y para dar testimonio al Mundo. Felizmente el nuevo obispo de São Félix do Araguaia, fray Leonardo Ulrich Steiner, es un franciscano verdadero, fraterno, dialogante, popular. Y la «caminhada» continúa. Y yo continuaré también aquí, a orillas del Araguaia, acompañando a distancia las luchas de nuestros pueblos y saboreando, en esperanza pascual, la tarde de la vida.

El imperio quiere «un mundo sin tiranía». Nosotros también; sobre todo sin la tiranía del imperio. Y quiere el imperio «la propagación de la libertad». Nosotros contestamos indignados que esa libertad sea sólo para el mercado y para algunos señores países.

Tiranías hay, demasiadas, en todos los niveles de la vida social, económica, política, cultural. Según el informe anual de la ONU, hay todavía 1,100 millones de personas que sobreviven con menos de 1\$ al día. Siguen muriendo cada día, de hambre, 30,000

niños pobres. En los últimos 40 años el PIB mundial se duplicó mientras se triplicaba la desigualdad económica. 900 millones de personas -la séptima parte de la población mundial- sufren discriminación étnica, social o religiosa. 170 millones de personas viven fluctuando en la migración. El 44% de la población latinoamericana mora en barrios miserables. África sigue desangrándose, entre ignorada y expoliada. Y hay países en nuestro mundo como «marcados para morir», quizás por una posible guerra preventiva.



Pero hay «mucho bien venciendo al mal», en nuestro Mundo herido. Realizamos nuevamente el Foro Social Mundial; Vía Campesina crece y actúa; hemos desenmascarado, y frenado en parte, el ALCA; Israel y el Pueblo Palestino dialogan sobre pasos concretos; la izquierda levanta cabeza en varios países de América Latina y de Europa y crece «el malestar (y la protesta) frente a la democracia neoliberal». Si van siendo desmoralizados los partidos y los sindicatos, se fortalece en cambio el movimiento popular con sus manifestaciones a escala nacional, continental y mundial. Ha comenzado su andadura el Protocolo de Kyoto. Y somos cada vez más los que gritamos, con Ignacio Ramonet: «sí a la solidaridad entre los 6.000 millones de habitantes de nuestro planeta; no al G-8 y al Consenso de Washington; no al dominio del 'póquer del mal' (BM, FMI, OCDE, OMC); no a la hegemonía militar de una única superpotencia; no a las guerras de invasión y no al terrorismo» Y resume Ramonet, y nosotros / nosotras con él, que «resistir es decir que no y es también



decir que sí y soñar que otro mundo es posible, y contribuir a construirlo».

Otra Iglesia es posible también y desde todas partes y de muchos modos la vamos haciendo. Siendo comunidad de oración, de fraternidad, de compromiso. Brasil realizando el XI Encuentro Intereclesial de las CEB y reanimándose las CEB de Brasil, del Continente, del Mundo. Celebrando, junto con el Foro Social Mundial, el Foro Mundial de Teología y Liberación. Celebrando el jubileo martirial de nuestro San Romero y la memoria comprometida de todos nuestros mártires. Retomando la opción por los pobres y sus causas. Denunciando proféticamente los «genocidios sociales» y la iniquidad del imperio y de sus oligarquías. Siendo ecumenismo real y diario. Siendo diálogo interreligioso. Alentando el proceso conciliar, como una reivindicación evangélica creciente y como la mejor conmemoración de los 40 años del Vaticano II. Viviendo, en fin, nuestra fe de un modo adulto y corresponsable, «para la vida del Mundo».

Y vaya una confidencia eclesial, de obispo viejo que continúa soñando. Otra vez, con ocasión del nuevo problema de salud de Juan Pablo II, se ha hablado y escrito mucho sobre el perfil del próximo Papa. Yo pienso que se debería hablar mu-

cho más -hablar y hacer- del perfil de un nuevo papado, de una reestructuración radical de lo que llamamos la Sede Apostólica, de un nuevo modo del ministerio de Pedro: sensible, como el corazón de Jesús, al clamor de la pobreza, del sufrimiento y de la deriva; sin estado pontificio y con una curia leve y servicial; proféticamente despojado de poder y de fausto; apasionado por el ecumenismo y por el diálogo interreligioso; desabsolutizado y colegial; descentralizador y verdaderamente «católico» en el pluralismo cultural y ministerial; como una mediación religiosa -en colaboración con otras mediaciones, religiosas o no- al servicio de la paz, de la justicia, de la vida.

Van Gogh, a pesar de haber visto caer en su vida tantos molinos, reales o simbólicos, escribía a su hermano Theo: «Pero el viento continúa». Después de ver, también nosotros, cómo van cayendo tantos molinos, en la Sociedad y en la Iglesia, seguimos proclamando -en la Esperanza y en el Compromiso- que «el Viento continúa».

Pedro Casaldáliga.
São Félix do Araguaia, MT, Brasil. ☐

Construir y soñar la esperanza

Hacia un nuevo concilio. Síntesis de una evaluación participativa, siempre en proceso

Emilia Robles y Javier Malagón.
 Coordinadores de Proconcil.
proconcil@proconcil.org
 Madrid, 30 de agosto de 2004

La *Iniciativa a favor de un Nuevo Concilio*, desde su puesta en marcha, viene siendo objeto de una evaluación continua, pero nos pareció conveniente, después de varios años de trabajo (2002-2004), abrir un periodo especial de reflexión, que marque la transición a una nueva etapa y de un nuevo impulso a la *Iniciativa*.

En cuatro meses, hemos recibido cerca de 300 mensajes, con comentarios de diverso tipo, en su mayoría positivos, si bien con matices y propuestas de mejora. Hemos optado por resumir esos comentarios y opiniones en seis apartados, los tres primeros intentarán reflejar las -limitaciones- de la *Iniciativa* y los tres segundos sus -potencialidades-.

Hablar de -limitaciones- y -potencialidades- no equivale, necesariamente, a asignar aspectos negativos a lo primero y positivos a lo segundo; evitamos esta última dicotomía porque pensamos que no refleja bien el hecho de que cualquier proceso de cambio tiene que tener en cuenta resistencias, límites y tiempos de reacción y que los hechos de la realidad puede ser objeto de distintas interpretaciones, según el punto de vista que se adopte.

Limitaciones: 1. Alcance limitado.

2. Reacción integrista.

3. Polarización e intolerancia.

Potencialidades: 4. Comunicación y reflexión.

5. Corresponsabilidad y esperanza.

6. Oportunidad histórica y eclesial.

Limitaciones

1. Alcance limitado.

Muchas personas señalan que la motivación a favor de un nuevo Concilio o un proceso conciliar no es masiva, ni en términos eclesiales, ni sociales. Las razones que se aducen son diversas, entre otras:

- porque la *agenda eclesial* no entusiasma a mucha gente;

- porque muchos desconfían de que la Iglesia pueda cambiar a mejor;
- porque buena parte de la Jerarquía y de los sectores integristas mantienen un control férreo sobre el conjunto de la Iglesia y atemorizan a los disidentes;
- porque buena parte de la población más vulnerable no puede participar fácilmente de Iniciativas de este tipo, ya sea por falta de formación, de inserción organizacional o porque no tiene acceso a las Tecnologías de la Información.



La impresión generalizada es que un Nuevo Concilio no concita grandes entusiasmos, aunque, comparativamente, sí resulta más sugerente referirse, de manera más abierta, a un proceso conciliar.

Referirse a un Nuevo Concilio, tiene la importante ventaja, según reconocen algunos, de fijar un horizonte compartido a medio y largo plazo y conectar con un instrumento -gestor de cambios-, profundamente arraigado en la Tradición eclesial.

Sea como fuere, está ampliamente extendida la idea de que el proceso conciliar tiene -hoy mucho de utopía y algo de realidad.-

De esto no se deriva, necesariamente, que la *Iniciativa* sea marginal, ni tampoco que sea inútil, o que la negatividad de ciertos sectores esté totalmente justificada, pero sí hay que tener en cuenta que no tiene aspecto de ser, por el momento, un movimiento a gran escala.

A esto podemos añadir, que sus aportaciones al cambio eclesial son y serán, probablemente, más cualitativas que cuantitativas y que no cabe esperar resultados espectaculares a corto plazo, aunque, como ya ha sucedido en otras épocas, podrían suceder acontecimientos imprevisibles que desencadenaran cambios inesperados.

Tenemos que llamar la atención sobre las grandes dificultades que muchas personas tienen para acceder a una visión global y matizada de la Iglesia Católica, por lo complejo de ella. Para que más personas pudieran interesarse y comprometerse con un proceso conciliar, la información y el análisis sobre las dinámicas eclesiales, globalmente consideradas, tendrían que llegar a más gente. Son importantes los observatorios eclesiales a escala global, función que algunos esperan, sin exclusividad, de Proconcil.

2. Reacción integrista.

Un obstáculo que encuentra la Iniciativa son las fuerzas que tratan de hacer callar a las voces proféticas, que intervienen en diócesis y prelacias, cierran seminarios, intervienen en las conferencias episcopales, nombran sólo obispos sumisos al Vaticano (...). Se percibe con claridad el temor a las represalias.

Sigue presente el miedo a que un nuevo Concilio suponga el afianzamiento de las posturas más retrógradas. Diferentes opiniones que hemos recogido manifiestan su escepticismo sobre el al-

cance que puedan tener las reformas. Hay quien sostiene: aunque el trabajo sea bueno, pueden resultar algunas acciones poco útiles, porque la Jerarquía, por las buenas, difícilmente dejará su poder.

Es evidente, para la mayoría de quienes nos han escrito, que proponer un Nuevo Concilio es una decisión arriesgada, cuyo resultado no está garantizado para nadie. No obstante, quizás en esta indeterminación resida su interés y por la misma razón los sectores integristas no se hayan mostrado, hasta ahora, partidarios de un nuevo Concilio.

No hay que olvidar que un nuevo Concilio no es sólo un acontecimiento eclesial, en el que interviene sólo la parte oficial de la Iglesia; directa o indirectamente, pueden influir en él, el conjunto de los fieles y otros sectores sociales, a través, entre otros cauces, de la Opinión Pública y de los grupos de presión.

Incluso, admitiendo que las posiciones reformadoras son débiles en los centros de poder de la Iglesia, no se puede decir lo mismo en relación a la amplia masa de personas que se consideran católicas, ni en relación a muchas de las organizaciones que articulan a la feligresía practicante; ni tampoco que las posiciones reformadoras no encuentren eco en la Opinión Pública internacional (sobre todo en los países democráticos).

Juan Pablo II en la exhortación postsinodal *Pastores gregis* (2003) ha abierto las puertas a un determinado tipo de proceso conciliar, cuyos pilares parecen ser básicamente tres: a) su carácter consultivo, b) el refuerzo del papel de la Jerarquía en la conducción y orientación de los debates en particular de los arzobispos y c) la descentralización de los Concilios particulares, en el marco de las regiones eclesiásticas.

Este hecho, según como se interprete, vendría a dar la razón a quienes piensan que el proceso conciliar real va a estar fuertemente controlado por los sectores más conservadores.

Pero, señalan otras opiniones, dependerá también de la capacidad de los sectores aperturistas para coordinarse globalmente y elevar el perfil público del proceso conciliar; y el hecho mismo de que Juan Pablo II hable de Concilios particulares en el marco de regiones eclesiásticas y apelando al Vaticano II, abre posibilidades de participación, incluso dentro de la propia estructura

eclesiástica, que no ofrecería un Concilio al modo tradicional.

3. Polarización e intolerancia.

Hay quienes opinan que, entre los que hablan de la necesidad de reformas en la Iglesia, no faltan actitudes de intolerancia hacia quienes no piensan igual. Se pide una actitud más acogedora y dialogante, caritativa y abierta hacia quienes opinan de otra manera, sin tener, por ello, que renunciar a las propias ideas.

También existen quienes señalan que un tono excesivamente moderado o ambiguo le quitaría fuerza a la *Iniciativa*, desdibujando su vocación aperturista y frustrando las expectativas de los sectores eclesiales que la apoyan.

No se puede negar que una parte importante de quienes apoyan la *Iniciativa* a favor de un Nuevo Concilio son personas y colectivos disconformes con la marcha de la Iglesia durante este Pontificado; por otra parte, la dureza de algunas críticas hay que contextualizarla en una época en la que destacados dirigentes de la Iglesia extreman las posiciones integristas, alejándose cada vez más de la cultura de los Derechos Humanos y de los valores democráticos.

Pero, ciertamente, la polarización extrema y las descalificaciones gruesas a menudo oscurecen la realidad, impidiendo ver matices y posibilidades para hacer avanzar los procesos de cambio. Esta no es una apreciación meramente reformadora, sino estratégica, que debería interesar a todos los sectores de la Iglesia.

Hay que recordar que esta *Iniciativa* a favor de un Nuevo Concilio no sustituye a las organizaciones, corrientes o plataformas que trabajan con agendas reformadoras bien definidas; sino que les ofrece desde el respeto a su propia autonomía y desde la independencia de la *Iniciativa* un horizonte en el que converger para impulsar la comunicación y el diálogo con otros sectores de Iglesia, teniendo en cuenta que una obsesión de los sectores ultraconservadores

es intentar desconectar del resto de la Iglesia a las personas y organizaciones más comprometidas con el cambio.

Un deseo que muchos comparten es que crezca el número de miembros de la Jerarquía que dejen de lado el *victimismo* y el sentimiento de persecución que les caracteriza, abriéndose al diálogo y a un conocimiento más cercano de las diversas realidades humanas. Curiosamente, coinciden, en este último aspecto, con algunos contenidos de la exhortación postsinodal de Juan Pablo II a los obispos (Pastores gregis).

Alguna opinión de las que hemos recibido plantea que cabe decirle lo mismo a una parte de la comunidad eclesial, que se ha podido sentir marginada en este pontificado, la cual se puede haber acomodado en un discurso *burntout* (de quienes se han quemado), hipercrítico y derrotista, con el que autolimita su capacidad transformadora.

Potencialidades

4. Comunicación y reflexión.

La posibilidad de acceder a información y a documentos diversos es un aspecto del servicio que ofrece Proconcil positivamente valorado. Hay quien señala que, *frente al férreo estancamiento institucional*, estos documentos van abriendo luces.

Se nos dice con insistencia que es preciso que, en este proceso, se puedan tratar temas que en el anterior Concilio se vieron como cuestiones

espinosas y/o fueron bloqueadas. Algunas opiniones nos recuerdan que la situación social y eclesial ha cambiado lo suficiente como para poder avanzar en ciertos temas, refiriéndose al celibato, al status de la mujer, a la moral sexual, a la ministerialidad, etc.

Bastantes personas expresan agradecimiento porque la información que se les envía no es excesiva y está bien seleccionada, lo cual les permite leer y reflexionar con cierta calma.



Se comenta que a través de Internet hay oportunidad de que la reflexión y el debate se extiendan ampliamente (aunque, lamentablemente, se dice también, *no llega a todos*). Algunas personas piden traducciones de los documentos a más idiomas.

Gracias en parte a Internet, se reconoce que la *Iniciativa* ha llegado con facilidad a muchas partes del mundo; y se aprecia cómo *un mismo instrumento que puede servir para oprimir, puede ayudar también a liberar*.

Muchas personas piensan que Proconcil, a través de los limitados recursos de los que se viene sirviendo, sostiene un cualificado observatorio eclesial y un espacio de expresión que intercomunica, que ayuda a saber que somos cada vez más personas las que incluimos en el compromiso cristiano la transformación evangélica de la Iglesia.

Además, nos llegan noticias de que, en todos los continentes, hay quienes hacen llegar la información y los documentos a muchas otras personas, algunas con niveles de educación básicos y / o con escasos recursos económicos y tecnológicos. Se nos dice que están haciendo adaptaciones de los documentos e, incluso, diccionarios con los términos más utilizados, para que resulte accesible su comprensión.

También se nos habla de la pluralidad de prácticas que existen en las Iglesias locales, de los lenguajes, de las liturgias, de diferentes maneras de ejercer ministerios al servicio de la comunidad... Todo esto se desea compartir y se espera que Proconcil contribuya a ello, así como a alimentar una actitud de escucha y de interés por sus dificultades y sus logros en la evangelización y en los procesos de inculturación de la fe.

Se nos pide que Proconcil y esta *Iniciativa* se hagan presentes en algunos grandes encuentros eclesiales (congresos, conferencias, sínodos).

5. Corresponsabilidad y esperanza.

Para muchos el espacio que ha abierto esta *Iniciativa* es sentido como aire fresco, rejuvenecimiento y puesta al día. Desde esta perspectiva, se valora la importancia de hacer un seguimiento de las agendas eclesiales, sabiendo que somos parte de la Iglesia y que no nos puede resultar ajeno lo que en ella acontezca. Pero también se apunta la dificultad de conciliar estos esfuerzos con las exigencias del trabajo cotidiano.

Los comentarios recibidos nos señalan también la relación entre a) la evolución de la Iglesia y b) las aportaciones que ésta pueda hacer a la sociedad. Hacen notar que un obstáculo a la Evangelización es *la brecha creciente entre Jerarquía y Pueblo de Dios* y el alejamiento de muchas personas, a las que ciertos lenguajes, prácticas y prescripciones morales, les resultan extraños y desfasados; se piensa que el proceso conciliar debería servir para invertir, o al menos, frenar esta tendencia.

Se nos indica la importancia de diferenciar entre Tradición y tradicionalismo, planteando la necesidad de un estudio profundo de la riqueza que la Tradición eclesial aporta para obtener inspiración y conocimiento sobre las dinámicas de cambio en la Iglesia: *Podemos rescatar la Historia de la Iglesia como una fuente inspiradora para los cambios que proponemos; también se dice que: Nos protege del riesgo de desvirtuar lo esencial de nuestra fe, con anexos de tipo tradicionalista y hasta fundamentalista.*

Se percibe como interés común el deseo de mejorar a la propia Iglesia y a las iglesias particulares, desde el espíritu evangélico: *Nos da la oportunidad (el proceso conciliar) de hacernos ciertas críticas como comunidad.*

Una opinión muy compartida es la de valorar positivamente el talante dialogante y respetuoso de la *Iniciativa*, al tiempo que se percibe el crecimiento, con autonomía, desde las bases.

Con frecuencia se dice que existe diálogo y participación en el estilo y en el contenido del trabajo que se está impulsando: *se trata de superar la tentación de etiquetar al que piensa diferente y de mantener una neutralidad con respecto a diversas posiciones.*

Muchas personas piensan que por el hecho de haber empezado en este camino estamos haciendo posible ya un nuevo Concilio. De este proceso se dice que da oportunidad de mayor participación a las bases de la Iglesia y, en particular, al laicado.

Hay que extender, se dice, la conciencia de que hacer más realidad y menos utopía el proceso conciliar depende no sólo de condiciones aparentemente lejos de nuestro alcance, sino también de los esfuerzos, inteligencia, recursos y actitudes que pongamos en juego, (...) *con constancia, alejándonos del desánimo y el derrotismo.*

A menudo, comenta alguien, se tiende a justificar la pasividad o el derrotismo en relación a los movimientos que trabajan por cambiar la Iglesia por causas externas (la rigidez de la Jerarquía, el desinterés de la gente...), pero *-hay que revisar hasta qué punto muchas limitaciones de los sectores críticos y lo aperturistas provienen de modelos ideológicos y organizativos que también deberían ponerse al día (...); mucha gente se aleja de la Iglesia oficial, pero tampoco se compromete masivamente con los sectores más progresistas para construir otro tipo de Iglesia.-*

6. Oportunidad histórica y eclesial.

Los que apuestan por esta *Iniciativa* dicen, en general, que un nuevo Concilio es vital para la Iglesia, ya que se constata que cada día más católicos se alejan de la Iglesia oficial, opinando algunos que una de las causas importantes de este fenómeno es la falta de apertura, el integrista, cuando no el acomodamiento sumiso (...) de gran parte de sus representantes.



Otras personas aluden a la rapidez vertiginosa de los cambios que, a su entender, exigen una respuesta *-adaptativa-* de las Iglesias: *-El mundo cambia de manera acelerada y exige cambios en las instituciones y también en la Iglesia.-*

Como hemos indicado, se coincide en que un nuevo Concilio es necesario para la Iglesia, siempre mirando hacia delante, en continuidad con el espíritu aperturista y reformador del Vaticano II, pero existen opiniones diversas sobre su urgencia: hay quien piensa que debe ser cuanto antes, mientras otras personas creen que es necesario un proceso más o menos largo para ir creando mejores condiciones.

Se dice que hay también grandes retos que afectan al futuro de la Humanidad y que deben ser abordados en profundidad dentro de las Iglesias y, en particular, de la Católica, en diálogo con el Mundo.

En otros documentos hemos informado de cómo distintas personas y sectores imaginan un futuro Concilio; resumiendo, diremos que, además de un sentido de urgencia diferente, hay quien se plantea un Concilio de *máximos* (para que decida sobre muchos cambios a distintos niveles), mientras que otros se contentarían con uno de *mínimos* (que inaugurara un estilo de ser Iglesia más dialogante y participativo).

También decíamos que se detectan distintos tipos de conciliarismo según la relación entre debate y toma de decisiones: el *consultivo* (diálogo sin participación en la toma de decisiones y con estricto control de la Jerarquía); el *consensual* (diálogo y decisiones de la Jerarquía previo consenso mayoritario en las bases de la Iglesia); y el *democrático* (amplia participación de toda la comunidad católica, sin exclusiones; y toma de decisiones con la participación igualitaria de todos los miembros de la Iglesia).

Con la información que tenemos podemos añadir un nuevo matiz:

Algunas personas ven el nuevo Concilio *al final*, como culminación, de un proceso conciliar más o menos largo, según las distintas opiniones. Desde esta perspectiva, el Concilio vendría a concretar una serie de reformas necesarias para la Iglesia, si bien, antes, habría que crear y consolidar las condiciones que las hagan posibles.

En cambio, otras personas ven el nuevo Concilio inscrito *dentro* de un proceso conciliar, en el que existe un *antes* (el pre-Concilio, para crear condiciones tales como: capacidad de diálogo, conocimiento mutuo, confianza...), un *durante* (el Concilio propiamente, para dotar a la Iglesia de un marco general que permita inaugurar una etapa de cambios); y un *después* (el post-Concilio, esto es, un proceso de reformas, a distintos niveles, que puedan irse concretando a lo largo del tiempo). ☐

Christus y los libros

Dos textos sobre la esperanza de Jürgen Moltmann

En nuestra teología se volvió clásico en el tema de la Esperanza Jürgen Moltmann. Se acercó a la Biblia y al cristianismo en un campo de prisioneros de guerra. Allí vivió que quien no tenía esperanza desfallecía. Él no sólo sobrevivió; Mejoró profundamente su vida con su esperanza. Después estudió teología y se hizo Pastor y Profesor. En 1964 publicó: "Teología de la Esperanza". Y la esperanza ha estado presente en toda su obra, que se ha referido a: escatología, teología dialéctica, teologías de la cruz, teología de la Trinidad, teología política, teología de la liberación.

Dado que el presente cuaderno de CHRISTUS trata de la Esperanza pareció oportuno aducir aquí dos textos de Jürgen Moltmann: uno tomado de *La Teología de la Esperanza* y el otro de *El Experimento Esperanza*. Ambos libros fueron publicados en español en las Ediciones Sígueme de Salamanca en 1977.

Tener muy presente el significado de *escatológico*: lo que se refiere al final, pero ya anticipado hoy. Eschaton es la palabra griega para decir "último". Nos referimos por ejemplo al Reino de Dios que es lo último, pero que viene ya y desde ahora se expresa y manifiesta en anticipaciones reales, que son signos del Reino de Dios. A veces usa el autor el adjetivo "proléptico": que anticipa lo que viene.

La Cristiandad en el horizonte de expectación del Reino de Dios

(De la Teología de la Esperanza, Salamanca, 1977, págs. 419-425)

La «cristiandad» no tiene su esencia y su fin en sí misma, ni en su propia existencia, sino que vive de algo y existe para algo que va más allá de ella. Si se quiere captar el misterio de su existencia y de sus modos de actuación, hay que preguntar por su *misión*. Si se quiere averiguar su esencia, hay que preguntar por aquel *futuro* en el que ella coloca sus *esperanzas* y *expectaciones*. Si la cristiandad misma se ha vuelto insegura y desorientada en las nuevas circunstancias, sociales, entonces tiene que reflexionar de nuevo sobre aquello para lo que existe y hacia lo que aspira.

Hoy es cosa reconocida por todos que el Nuevo Testamento concibe la Iglesia como «comunidad es-

catológica de salvación» y por tanto habla de la recogida y de la misión de la comunidad dentro de un horizonte escatológico de expectación¹. Para que Cristo resucitado pueda llamar, enviar, justificar y santificar, reúne, llama y envía a unos hombres a su futuro escatológico para el mundo. El Señor resucitado es siempre el aguardado por la comunidad; y, desde luego, el Señor aguardado por ella para el mundo, y no sólo para sí misma. Por ello la cristiandad no vive de sí misma ni para sí misma, sino que vive del dominio del resucitado y para el dominio venidero de aquel que venció a la muerte y trae la vida, la justicia y el reino de Dios.

Esta orientación escatológica se muestra en todo aquello de lo que vive y para lo que vive la comunidad. La comunidad vive de la palabra de Dios, de la palabra que predica, anuncia y envía. Esta palabra no posee en sí misma una cualidad mágica.

La palabra predicada está dirigida a aquello que la precede en todos los aspectos. Está abierta para el «futuro» que acontece en ella, pero que a la vez es conocido, mediante su suceder, sólo como pendiente.²

La palabra que vivifica y que llama a la fe es anuncio y predicación. No da una revelación definitiva y concluyente, sino que llama a recorrer un camino cuya meta muestra en promesas, y que sólo puede ser alcanzada siguiendo obedientemente a la promesa. En cuanto promesa de futuro escatológico y universal, la palabra apunta por encima de sí misma; hacia adelante apunta a lo venidero, y hacia fuera, a la amplitud del mundo, al cual adviene lo venidero prometido. Por esto, toda predicación se encuentra dentro de aquella tensión escatológica. Vale en la medida en que es hecha válida. Es verdadera en la medida en que anuncia el futuro de la verdad. Comunica esta verdad de tal manera que sólo se la puede tener *aguardándola* con confianza y *buscándola* con toda pasión.

La palabra de Dios posee así una trascendencia interna hacia su propio futuro. Ella misma es un don escatológico. En ella está ya presente el futuro ocul-

1 Para lo siguiente véase O. Weber. *Grundlagen der Dogmatik* 2. 1962. 564 s.

2 O. Weber. l. c. 570

to de Dios para el mundo. Pero está presente en el *modus* de la promesa y de la esperanza despertada. La palabra misma no es la salvación escatológica, sino que recibe su relevancia escatológica de la salvación venidera. De la palabra de Dios puede decirse lo mismo que del espíritu divino: es prenda de lo venidero y liga al hombre a sí, para apuntar y dirigir hacia algo mayor.

Lo mismo puede afirmarse del bautismo y de la cena. También el bautismo «se antecede a sí mismo». En la medida en que bautiza a los hombres en la muerte de Cristo ya ocurrida, los sella para el futuro reino que es traído por el Cristo resucitado. La comunidad bautizante está autorizada a realizar el bautismo tan sólo como comunidad escatológica; es decir la legitimación para realizar ese acto jurídico y creador la recibe de su apertura hacia lo que viene hacia ella. De igual manera, tampoco podemos entender la cena de manera mística y cultural, sino escatológica. La comunidad de la cena no es detentadora de la presencia sacral de lo absoluto, sino comunidad que espera, que aguarda y que busca la unión con el Señor que viene. De esta manera hay que entender la cristiandad como comunidad de aquellos que, en virtud de la resurrección de Cristo, aguardan el reino de Dios y se hallan definidos en su vida por esta espera.

Mas si la comunidad cristiana se encuentra orientada así hacia el futuro del Señor, y se recibe a sí misma y recibe su propia esencia -aguardando y esperando- tan sólo de la venida del Señor, que es antecedente a ella, esto significa que también su vida y su sufrimiento, su actuar y su obrar en el mundo y sobre el mundo tienen que estar determinados por el vestíbulo abierto de su esperanza para el mundo.³ Un obrar lleno de sentido sólo es posible en un horizonte de expectación. De lo contrario, todas las decisiones y acciones chocarían desesperadas contra la: nada, y estarían suspendidas en el aire, incomprensibles y absurdas. Sólo cuando es posible articular un horizonte de expectación lleno de sentido, surge para el hombre la posibilidad y la libertad de enajenarse a sí mismo, de objetivarse y entregarse al dolor de lo negativo, sin deplorar que su libre subjetividad quede comprometida y entregada de esta manera. Sólo cuando la realización de la vida está sostenida y, por así decirlo, envuelta por un horizonte de expectación, no es ya la realización -como lo era para la subjetividad romántica- una

pérdida de posibilidades y un abandono de la libertad, sino una ganancia de vida.

La cristiandad que sigue la misión de Cristo, sigue e imita también el servicio de Cristo al mundo. Posee su esencia como cuerpo del Cristo crucificado y resucitado tan sólo allí donde obedece en servicios concretos de la misión al mundo. Su existencia está íntegramente vinculada al cumplimiento de su servicio. Por esto, ella no es nada para sí misma, sino que es todo lo que es en la existencia para otros. Es la comunidad de Dios allí donde es comunidad para el mundo. Ahora bien, la moderna fórmula «Iglesia para el mundo» es muy difusa. Podría ser entendida, en efecto, en el sentido de que la fe personal, o la asociación de la comunidad, o la institución Iglesia, cumpliesen con fidelidad sus papeles sociales, en los cuales la sociedad moderna espera su utilidad. Pero «Iglesia para el mundo» significa, no una solidaridad sin ideas, y una proximidad sin esperanzas, sino servicio al mundo y actuación en el mundo allí donde y tal como Dios quiere y espera. La voluntad y la expectación de Dios se dejan oír en la misión de Cristo y en el apostolado. La intromisión de la comunidad en la humanidad entera se realiza en la misión. Esta no acontece en el horizonte de expectación de los papeles sociales que la sociedad otorga a la comunidad, sino que acontece en el horizonte escatológico, propio suyo, de expectación del reino venidero de Dios, de la justicia venidera y de la paz venidera, de la libertad y la dignidad venideras del hombre.

La cristiandad no tiene que servir a la humanidad para que este mundo continúe siendo lo que es, o sea, preservado en aquello que es, sino para que se transforme y se convierta en aquello que se le ha prometido. Por esto «Iglesia para el mundo» no puede significar otra cosa que «Iglesia para el reino de Dios» y para la renovación del mundo.⁴ Esto acontece por el hecho de que la cristiandad introduce a la humanidad, y, concretamente, la comunidad introduce a la sociedad en que vive, en su propio horizonte de expectación del cumplimiento escatológico del derecho, la vida, la humanidad y la socialidad, y con sus propias decisiones históricas le comunica su apertura, su disposición y su elasticidad para ese futuro.

En un primer sentido esto acontece en la predicación misionera del evangelio, a fin de que ningún

3. De modo semejante se expresa H. D. WENDLAND, *Ontologie und Eschatologie in der christlichen Soziallehre*, en *Botschaft an die soziale Welt*, 1959, 141 s.

4. Esto es destacado de manera especialmente clara en los *Fundamenten en Perspektiven van Belijden*, de la *Hervormde Kerk* holandesa de 1949, en los artículos 8 y 13, así como en la correspondiente *Kerkorde* art. VIII: «Van het apostolaat der Kerk».

rincón de este mundo quede sin las promesas de Dios de la nueva creación en virtud de la resurrección. Mas con esto no va unida en modo alguno una ampliación de la exigencia de dominio de la Iglesia y de sus ministros, o una reconquista de aquellos privilegios que se basaban en el culto de lo absoluto.

La misión hoy realiza su servicio tan sólo si contagia de esperanza a los hombres.⁵

La misión sirve para provocar este despertar de la esperanza -de la esperanza viva, actuante y dispuesta a sufrir- en el reino de Dios, el cual viene a la tierra para transformarla. Esta es tarea de la cristiandad entera, no sólo de ministros especiales. La cristiandad entera está situada en el apostolado de la esperanza en el mundo, y en ello encuentra su esencia, es decir lo que la convierte en comunidad de Dios. Ella no es en sí misma la salvación del mundo, de tal manera que la eclesialización del mundo signifique para éste la salvación, sino que sirve a la salvación venidera del mundo y es como una: flecha hacia el futuro, disparada y enviada al mundo.

Desde el trasfondo veterotestamentario de la misión cristiana se vuelve claro qué es lo que significa la predicación misionera de las promesas mismas de Dios. En la misión cristiana de la esperanza comienza ya a suceder aquello que, según la profecía del Antiguo Testamento -especialmente en Isaías y en el Deuterio- sólo debe ocurrir después de que Israel haya recibido la salvación y de que Sión haya sido fundada. Con la resurrección de Cristo, el dominio divino, que se ha vuelto cercano, entra en el proceso de su realización, en la medida en que judíos y gentiles, griegos y bárbaros, esclavos y libres, llegan a la obediencia de fe y alcanzan en ello la libertad y la dignidad humanas escatológicas. Si se toma en serio este trasfondo escatológico profético, sobre el cual se destaca la predicación del evangelio por la cristiandad, entonces también la meta de la misión cristiana se vuelve necesariamente clara. Esta tiende a la reconciliación con Dios (2 Cor 5, 18 s.), al perdón de los pecados y a la eliminación de la impiedad. Pero la salvación, (sotería), debe ser entendida también como shalom en el sentido veterotestamentario. Esto no significa únicamente salvación del alma, salvación personal frente al mundo malo, consuelo en la conciencia asediada, sino que significa también realización de la esperanza escatológica del derecho, humanización escatológica del hombre, socialización escatológica de la humanidad, paz escatológica de la creación entera.

5 J. C. Hoekendijk, *Mission - heute*, 1954, 12.

Esta «otra cara»⁶ de la reconciliación con Dios ha sido siempre poco atendida en la historia de la cristiandad, porque ésta no se ha entendido a sí misma de manera escatológica y abandonó a los soñadores ya los entusiastas las anticipaciones escatológico-terrenas. Mas únicamente desde esta «otra cara» de la reconciliación puede la cristiandad superar las funciones religiosas de exoneración que le han sido adjudicadas en una sociedad abandonada a sí misma, y adquirir nuevos impulsos para configurar la vida pública, social y política. La misión cristiana de la justicia de fe a todos los hombres se levanta sobre el trasfondo de la promesa yavista a Abrahán (Gén 12, 3) y de la escatología profética del libro de Isaías (Is 2, 1-4; 25, 6-8; 45, 18-25; 60, 1-22), en la medida en que transforma esas expectativas en actividad actual; y esto significa que en su horizonte no debe aparecer sólo la implantación de la obediencia de fe entre los gentiles (Rom 15, 18), sino también aquello que en el Antiguo Testamento es esperado como bendición, paz, justicia y plenitud de la vida (véase Rom 15, 8-13). Esto es anticipado en el poder del amor, que reúne a fuertes y débiles, a siervos y libres, a judíos y gentiles, a griegos y bárbaros en una nueva comunidad.

El Mesías de la esperanza.

(De la *El Experimento Esperanza*,
Salamanca, 1977, págs. 51-56)

Volvemos nuevamente al texto de la teología de la esperanza, preguntándonos si la orientación escatológica de la teología corresponde también al nuevo testamento.

Cuando Jesús de Nazaret apareció en público, hablaba de Dios, predicando que el «reino de Dios ya estaba cerca», extrayendo de este hecho consecuencias radicales. Su predicación era, pues, *predicación escatológica*. Los evangelios la compendian en tres puntos: «El reino de Dios está cerca. Haced penitencia. Creed en el evangelio».

Por «reino» se entiende aquí el futuro en que Dios está presente de manera definitiva y absoluta, los hombres alcanzan su libertad en Dios y se supera la miseria entera de la creación. El «evangelio» representa aquí la mediación verbal de este futuro con el presente. Por «penitencia» se entiende, en este contexto, el cambio radical de personas y circunstancias: el cambio de dirección con rumbo hacia el futuro de Dios. «La fe» es la aceptación de la libertad, ofrecida en la palabra, para el reino futuro.

6 W. Dirks: *Frankfurter Hefte* (1963) 92. Sobre esto véase W. D. Marsch. *Glauben und Handeln*: MPTH 52 (1963) 281 s.

Formalmente la predicación de Jesús es *anticipación escatológica*. Desde un extremo a otro se observa en ella un rasgo proleptico. Efectivamente, Jesús anticipa en sus palabras, obras y comunidad de vida con otros hombres, lo que, de acuerdo con la esperanza veterotestamentaria, sólo puede acontecer al final de los tiempos. Realiza ya hoy lo que debiera hacerse mañana. Vive por entero de la presencia del futuro de Dios. Se le puede considerar, por consiguiente, como el anticipador del Dios que ha de venir y el libertador de los hombres.

Por su contenido, la predicación de Jesús desvanece las esperanzas que el judaísmo tardío se había forjado de la justicia y del reino de Dios, porque, lejos de asegurar el reino a los justos y de conminar con el juicio a los pecadores, promete de manera unilateral e inequívoca el reino a los pecadores. Jesús predica el reino de Dios como gracia inmerecida e incondicional a los pecadores y publicanos, y su bienaventuranza a los pobres, tristes y hambrientos. Anuncia el reino de Dios no como juicio, sino como alegría. Celebra su llegada con una comida en la que participan los justos en compañía: de los pecadores que viven al margen de la ley. Imparte el reino mediante el perdón de los pecados. He aquí lo sorprendentemente nuevo del mensaje de Jesús. Por eso se separó de Juan Bautista, de quien había aprendido este evangelio de que el reino ya estaba cerca. La escatología de Jesús no es predicación del juicio, sino representación de la gracia y libertad puramente divinas. De aquí que sus discípulos no ayunaran y que él mismo, para escándalo de muchos cristianos, fuese tildado de «glotón y borracho»;

¿Con qué derecho y autoridad predicaba Jesús este sorprendente y desarmante evangelio del futuro abierto y gracioso de Dios?

Evidentemente, dio al traste con todas las instituciones religiosas de su pueblo y no se escudó en las tradiciones de su historia de salvación, sino que se abandonó absoluta y exclusivamente al futuro de Dios, a quien llamaba «padre mío». Con su exigencia «Pero yo os digo» de las antítesis del sermón de la montaña, se colocaba por encima de la autoridad de Moisés, cosa que ningún profeta anterior a él osara hacer. Al perdonar los pecados, se atribuía un derecho que sólo y exclusivamente podía ejercer el propio Dios. No sabemos por quién se tuvo Jesús a sí mismo. Pero en toda su vida pública se comporta de tal manera, que cualquiera puede entender que él

es más que Moisés y los profetas, incluso que las figuras escatológicas de la apocalíptica, tales como la del «Mesías» y la del «hijo del hombre»; De no ser así, Jesús no hubiera podido identificar el futuro reino de Dios con su propia persona: «Bienaventurado quien no se escandalizare de mí». Esto significa, sin embargo, que la reivindicación de su autoridad no se escudaba en el pasado, sino que estaba totalmente supeditada a la confirmación futura de Dios. Su derecho estaba, por así decirlo, «en el aire». Puso la defensa de su causa únicamente en manos de Dios mismo. De aquí que la pobreza y flaqueza de Jesús aparecieran igualmente en un estado tan indefenso. El escándalo no estribaba en su anticipación del reino de Dios, sino en la irrelevancia de su persona: hijo de un carpintero de Nazaret. Lo que motivó su condenación, fue el hecho de que él, sin poder ni grandeza terrenales, anticipara a los débiles y necesitados el reino de la gloria divina. La aparición de Jesús se caracterizó, en su conjunto, por la contradicción intrínseca entre la pretensión de Jesús a anticipar el reino de Dios y su pobreza personal o sus relaciones con proscritos y pobres. Su amor llevó a Dios a los ateos; pero no pudo impedir su amor que se escandalizaran de él los piadosos. La escatología de Jesús acerca del Dios venidero es una escatología altamente dialéctica. La predicación del reino por parte del pobre Jesús de Nazaret fue la que motivó su muerte en la cruz sin poder ni gloria de ninguna especie. Yo creo que el enigma de su vida se resuelve sólo a la luz de su resurrección de esta su muerte en la cruz, es decir, que el reino divino de la gloria y de la libertad sólo a través de la pobreza, de la irrelevancia y del amor de Jesús puede llegar a todos esos que viven en medio de la pobreza; de la soledad y de la esclavitud.

De esta manera llegamos a un segundo Jesús, o, por así decirlo, a la otra cara de la historia de Jesús. El Jesús histórico anticipó el reino de Dios a los pobres, la justicia divina a los desamparados por la ley y la gloria de Dios a los enfermos y leprosos. Fue condenado por blasfemo y crucificado porque practicaba el derecho de la gracia, quebrantando, consiguientemente, la ley y el orden tanto desde el punto de vista religioso como político. Ahora bien, hoy día nadie se acordaría de este hombre de Nazaret, si los discípulos no hubiesen intuido a la luz de las apariciones pascuales que Dios mismo se confesaba en favor del crucificado Jesús, iniciando él mismo su futuro. La pascua es, según todo lo que

sabemos, el origen histórico y el inconcuso fundamento de la fe cristiana, de la iglesia cristiana y de la esperanza cristiana. Envuelta en la luz refulgente de pascua, la predicación de la iglesia primitiva volvió a ser predicación escatológica, en concreto predicación proleptica del Dios que ha de venir.

La resurrección universal de los muertos constituía un elemento sólido de la esperanza del judaísmo tardío. Al final de los días, Dios resucitará a los muertos revelando así su poder sobre la muerte. Ahora bien, si se predica que Dios ha resucitado de entre los muertos a este Jesús muerto, se afirma nada menos el hecho de que este futuro de Dios ha empezado ya a relucir, en medio de la historia de la muerte, en este único individuo, de tal suerte que la expectación de un fin lejano se transforma, en aquellos que tales cosas escuchan, en la segura esperanza de un futuro próximo. Los primeros títulos con que los cristianos describieron la singular posición de Jesús fueron todos títulos prolepticos: «El primogénito de los muertos», «el primero que resucitó de entre los muertos», «el iniciador de la vida». La pascua se entendió en el sentido de anticipación real del futuro de Dios, convirtiéndose así en el fundamento de la certeza en la esperanza de la resurrección. Pero esto no es nada más que un aspecto. Según la esperanza judía la resurrección de los muertos aparece en el horizonte de la justicia divina conforme ala ley. En efecto; según Dan 12, 2, todos los muertos resucitarán a la vida; no obstante, unos resucitarán para la vida eterna y otros para una vida eterna de oprobio y vergüenza. Los justos entrarán en la vida eterna; los pecadores irán a la condenación eterna. Es evidente que para éstos la resurrección no es ninguna esperanza. ¡Mejor les hubiera sido seguir muertos! La ley todavía ejerce su poder sobre la resurrección. Dado que nadie sabe a ciencia cierta si es justo o pecador, la resurrección encarna, dentro de este contexto, una doble esperanza para cada hombre en particular.

¿Quién ha resucitado según el mensaje cristiano de pascua? Un hombre que, de acuerdo con la ley divina que profesa Israel, fue justamente condenado por blasfemo. Un hombre que, de acuerdo con la reglamentación de la pax romana, fue crucificado, no sin razón, por revolucionario. Lo nuevo y sorprendente del mensaje cristiano no es, en términos generales, que un hombre haya resucitado o haya sido arrebatado a los cielos con anterioridad a todos los demás. El judaísmo habla igualmente de raptos prematuros de hombres que se habían distinguido por su singular vida de justicia y santidad,

como Elías y Henoc. Lo increíble de la fe cristiana es la resurrección de Jesús, maldito, proscrito y crucificado. Lo que aquí se discutía no era la cuestión sobre si la resurrección era, en términos generales, posible o no, sino la cuestión acerca de si el justo Dios podía resucitar de entre los muertos a este blasfemo y revolucionario. El que más claramente intuyó las consecuencias que de este hecho se podían deducir, fue Pablo. Si Jesús muere en la cruz, condenado por la ley, su resurrección significa, a ojos vistas, el rescate de la maldición de la ley (Gál 3, 13), y que Cristo se convierte en el «final de la ley y principio de justicia para todo el que cree en él» (Rom 10, 4). Así pues, si Dios resucita a este Crucificado, revela una nueva justicia, a saber: la justicia de la gracia incondicional que hace justicia a los desamparados por las leyes, acepta a los ateos y busca a los extraviados.

La resurrección de los muertos en el marco de la justicia legalista es una espada de doble filo. La resurrección del Crucificado, empero, revela una nueva justicia, concretamente, la justificación de los ateos. Por eso, la esperanza de la resurrección ya no es en el cristianismo equívoca, sino precisa y clara. Sin temor al juicio, es una gozosa esperanza en el poder de la gracia divina, a la que no es capaz de resistirse ni siquiera la muerte. En realidad, es una esperanza de desesperados. Gracias a Cristo crucificado se inaugura para los que sin esperanza tienen que vivir en la culpa y para los que sin futuro tienen que Vivir en la angustia, el futuro de la resurrección y de la vida; de la libertad y la justicia. Dicho lisa y llanamente: la resurrección del Crucificado revela el reino de Dios futuro como el poder del amor deferente. Este amor no conoce condiciones ni conoce fronteras de ninguna clase. Gracias a su poder creador lo odiable se traduce en amable. Así se propaga esta esperanza de desesperados: a estos hombres no se les abre el futuro con ejemplos e imperativos, sino mediante el amor, la paciencia y el sacrificio;

Concluyo este apartado con la tesis siguiente: la cruz de Cristo es el signo de la esperanza de Dios en este mundo para todos los que en su vida se cobijan a la sombra de la cruz. La teología de la esperanza es, en su punto nucleico, teología de la cruz. La cruz de Cristo es la forma actualmente presente del reino de Dios en la tierra. El futuro de Dios nos contempla en Cristo crucificado. Todo lo demás son sueños y fantasías y meras ilusiones. La fe cristiana se distingue de la superstición, al igual que de la incredulidad, por la esperanza nacida de la cruz. La fe cristiana se distingue del optimismo y de la violencia por la libertad nacida de la cruz. ☩

La Palabra a fondo

José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos.

1 de mayo: 6º domingo de Pascua

Introducción

«Aún no es cristiano quien cumple los diez mandamientos, sino quien es fiel al único mandamiento del amor, hasta dar la vida libremente.» Misal dominical

Iluminación:

Hechos 8,5-8.14-

17; Salmo 65;

1 Pedro 3,15-18;

Juan 14,15-21



El trozo del evangelio forma parte del discurso de despedida. Es el testamento que Jesús deja a su comunidad. «Si me aman cumplirán mis mandamiento», evidentemente no se trata de un freno o limitación a la capacidad de amar, sino al contrario una forma de superar el miedo, la separación y la muerte. De hecho el criterio para saber si los/as bautizados/as son seguidores/as de Jesús será su capacidad de amor mutuo en la comunidad y fuera de ella. Jesús habla del Espíritu Santo y lo presenta como un abogado que defiende una causa en los tribunales. Después de la muerte y resurrección de Jesús, la comunidad se enfrentará a un mundo hostil que perseguirá y dará muerte a sus miembros. Le llama también Espíritu de la verdad porque a ejemplo del Maestro, los/as cristianos/as enfrentan el mundo de mentira, que se opone al Espíritu de la Verdad. Lo enfrentan para transformarlo. Es para dar fuerza que viene el Espíritu, que abre nuevos caminos para la práctica de Jesús en medio de los/as cristianos/as.

En Hechos se nos está informando que después de la persecución desencadenada por Herodes los discípulos se dispersan, pero que precisamente eso les da ocasión de anunciar el evangelio a otros pueblos como los de Samaria. Y si en Jerusalén la predicación suscitó la persecución, en Samaria suscitará alegría. Cuando la Iglesia de Jerusalén sabe lo que está aconteciendo en Samaria, envía a Pedro y Juan para completar la evan-

gelización iniciada por Felipe. Es entonces que en el relato, san Lucas introduce un nuevo Pentecostés, que podemos llamar de los paganos, pues los samaritanos así eran considerados por los judíos. Es una manera de señalar que ahora en adelante ya no habrá fronteras para el anuncio del evangelio.

En la carta primera de Pedro se hace referencia a los sufrimientos de los/as cristianos/as en Asia Menor. En realidad se trata de emigrantes que no sólo padecen pobreza, sino también son vistos como maleantes o subversivos. Por eso, Pedro insiste en que están sufriendo por causa de la justicia, y aunque ningún sufrimiento hace feliz, sí, en cambio, el ser conscientes de la motivación profunda que anima su lucha en orden al Reino los mantiene firmes. Los exhorta a no tener miedo de los que los consideran subversivos y los llevan a los tribunales, pues el bien es mayor que el mal, y la justicia vencerá a la injusticia de quienes fomentan la violencia y la corrupción. Por eso también les recuerda que la norma del comportamiento cristiano es la práctica de Jesús: «Cristo murió... el justo por nosotros, los injustos...»

Memoria eucarística martirial

Memoria eucarística martirial

El próximo jueves, se cumplen 4 años del asesinato, en Guatemala, de Bárbara Ann Ford, hermana de la Caridad, estadounidense, que colaboró con Mons. Gerardi, también asesinado, en el informe «Nunca más».

Sugerencias litúrgicas

1. Antes del Padre nuestro: «Movidos por el Espíritu que el mundo no conoce, y que nos impulsa a crear los cielos nuevos y la tierra nueva donde no haya hambre ni tristeza, dirijámonos al Padre con los mismas palabras que Cristo nos enseñó».

2. Antes de la comunión: «¿Qué significa comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor? Significa que comulgamos con Cristo que está con el Padre y permanece con nosotros para que continuemos el anuncio del Reino de Dios.

Conversión

Nos estamos acercando a la fiesta de Pentecostés. Por eso podríamos preguntarnos: ¿Qué caminos nos estaría indicando ahora el Espíritu Santo? ¿Estamos dando el paso de la muerte a la vida? ¿Sentimos la presencia del Espíritu en la lucha por la justicia?

8 de mayo: Ascensión del Señor

Introducción

Celebrar la partida de Jesús hacia el Padre no significa que celebremos que se alejó, sino, al contrario, que permanece en medio de nosotros pues la comunidad se pone en camino a Galilea donde lo encontrará, haciendo suyos los dichos y hechos de Jesús a favor de los excluidos.

Iluminación: Hechos 1,1-11; Salmo 46; Efesios 1,17-23; Mateo 28,16-20

Hechos de los Apóstoles es el segundo libro que Lucas escribió, o la segunda parte de su obra, en la que pretende mostrar que las enseñanzas y acciones de Jesús continúan en las enseñanzas y acciones de los/as cristianos/as. En otras palabras, si en el evangelio encontramos la práctica de Jesús, en los Hechos encontramos la práctica de la comunidad cristiana. De hecho, Lucas emplea un nombre simbólico: Teófilo (amigo de Dios) para indicar que los/as cristianos/as nos volvemos amigos de Dios cuando asumimos la praxis de Jesús. Lucas habla de 40 días, durante los cuales Jesús se apareció y habló con los discípulos. En realidad Lucas no está hablando del tiempo sino de la experiencia del Cristo resucitado. Lucas señala esta experiencia al escribir: «Un día, estando con ellos a la mesa...». Pues es de esa intimidad que nace el testimonio cristiano, la misión, la evangelización, poniendo en movimiento la Buena Noticia traída por Jesús. En resumen, este pasaje deja muy claro que se necesita el anuncio que en los apóstoles se llamó testimonio: «serán mis testigos en Jerusalén» les dirá Jesús. No obstante, al final de este pasaje todavía «dos hombres vestidos de blanco» tienen que moverlos: «¿qué hacen allí parados mirando al cielo?»

El evangelio de Mateo concluye con este pasaje de la ascensión. Los discípulos eligen el camino correcto cuando se dirigen a Galilea, tal como Jesús lo había hecho antes iniciando ahí su misión en medio de esa gente pisada y excluida, para llevarle la buena noticia de la liberación y de la venida del Reino. Y Jesús envía a los once a una misión sin fronteras. Los medios para lograr que los pueblos se hagan discípulos del maestro de la Justicia son dos: el bautismo y la catequesis en orden al Reino de justicia. Sin duda hay una alusión aquí de la práctica cristiana primitiva tanto en la fórmula bautismal como en la instrucción catecumenal.

La carta a los Efesios es un texto de Pablo escrito a petición de un discípulo para las comunidades cristianas de la región de Éfeso. Pablo nunca estuvo ahí. Y ahora desde la cárcel trata de dar respuesta a preguntas o inquietudes que surgen en Éfeso por causa de algunas filosofías de la época. Quizá por eso pareciera una profesión de fe paulina. En resumidas cuentas la centralidad de Cristo es lo que cuenta, si queremos ser cristianos/as.

Memoria eucarística martirial

Hace 252 años, nació Miguel Hidalgo y Costilla, sacerdote e iniciador de la independencia de México.

Sugerencias litúrgicas

1. Para la bendición final, el presidente extendiendo las manos sobre la asamblea dice: 'El Señor Jesús que ha subido al cielo y está sentado a la derecha del Padre nos dice': «Vayan por todo el mundo y hagan discípulos y discípulos míos y sepan que yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos». Y la bendición de Dios Padre y del Hijo y del Espíritu Santo los acompañe'.

Conversión

La fiesta de la Ascensión es una buena oportunidad para descubrir la presencia de Dios en medio de nosotros/as, a fin de valorar la fuerza y alcance del testimonio cristiano. Es también un desafío dirigirse «hacia Galilea» para encontrarse con el Cristo vivo, para que como él también nosotros/as evangelicemos a partir del pueblo que sufre y promovamos la dignidad de las personas y la justicia del Reino.

15 de mayo: Pentecostés

Introducción

En Pentecostés, todos/as nacemos y renacemos continuamente. Nacemos para la vida en el Espíritu y renacemos para el proyecto de Dios, intentando hablar el lenguaje del Espíritu para el mundo de hoy. En la comunidad cristiana, cada persona es un don del Espíritu para formar la común unidad. Pues nadie posee plenamente el Espíritu y nadie está privado de él. Es por eso que la unión de todos/as forma el cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu Santo.

Iluminación: Hechos 2,1-11; Salmo 103; 1 Corintios 12,3-7.12-13; Juan 20,19-23

Del Evangelio resaltaremos estos elementos: el miedo de los discípulos es contrarrestado por la paz y la alegría que da Jesús con la visión de sus llagas; recibir Espíritu Santo y ser enviados a perdonar forman una mancuerna inseparable; hacer el perdón es la misión de quien recibe Espíritu de Jesús.

Recordemos que la fiesta de Pentecostés era una fiesta que venía desde el pueblo antiguo de Israel. Tenía que ver con el primer corte de espigas que cada ejidatario de aquel tiempo hacía y llevaba al templo a ser ofrecido. Quien recibía aquellos manojos de espigas los sacudía para que los granos salieran. De allí se hacían panes que todos compartían. Esa fiesta ahora es redimencionada a nivel de la comunidad de discípulos/as. Ahora ellos/as deben dar mucho grano para ser triturado y comido para la vida del pueblo. En el evangelio resalta la misión de hacer el perdón. ¿Qué significa hacer el perdón? Sin duda algo más que un mero sentimiento.

A) La mejor imagen del Espíritu Santo se encarna en la vida de los/as seguidores/as de Jesús que reproducen todo lo que Jesús hizo y dijo; B) a veces se representa como una palomita, pero el viento y el fuego son mejor imagen para repre-

sentar la fuerza transformadora del Espíritu y la libertad que no deja que lo dominemos a nuestro gusto; C) el Espíritu es Jesús mismo que se hace presente en su comunidad que pierde el miedo y comienza a actuar; D) a Dios se le ve como persona masculina y el Espíritu de Jesús siempre se ha visto como el lado materno de Dios; por tanto, se caracteriza por ser la ternura de Dios que impulsa al discípulo o discípula a actuar con confianza y seguridad en sí mismo/a. E) Por la donación de su Espíritu, Jesús nos hace gente que pronuncia la Palabra y se hace Palabra de Dios. F) El Espíritu de Jesús escoge a los pobres para manifestarse, basta leer 1 Corintios 1,26-2,16;

¿Crees que el Espíritu de Jesús nos mueve solamente a hacer cosas religiosas? O ¿también se mueve en las acciones por las que la gente va trabajando para conquistar una vida más justa y sin explotación? En la medida en que vamos creciendo como una comunidad,

entendemos que el Espíritu de Jesús se va haciendo presente entre nosotros/as. Superamos las visiones individualistas y empezamos a educar todo lo que somos, gustos, maneras de ver, proyectos, familia, criterios de vida, todo, de acuerdo a esa comunidad suscitada por el Espíritu.

Planear entre todos/as la manera como organizarnos para hacer algo o participar en alguna acción en que veamos que entre nosotros, unidos a otras gentes, el Espíritu de Jesús está vivo y actuante. Esto es importante pues muchas veces creemos, o parecemos creer, que el Espíritu de Jesús se manifiesta exclusivamente en fenóme-

nos religiosos, más si éstos incluyen muchas emociones. Pero la presencia de Jesús en su Espíritu, insistimos, se realiza cuando nuestros grupos se van haciendo comunidad y semilla de una comunidad más grande. Dice el padre José Comblin sobre la formación de comunidad: «El triunfo de la comunidad sobre las fuerzas de disociación que hay en la sociedad requiere algo más que fuerzas puramente naturales. Hay poblacio-



nes que se hacen sencillamente asociales, anárquicas. Hay masas humanas que viven en el peligro permanente de un mundo sin leyes ni orden. (...) Hay en las comunidades cristianas algo nuevo que parece ser un milagro de Dios. Hay una fuerza que suscita generosidad, dedicación, sacrificio, algo que es comparable a los orígenes del cristianismo. Dentro de los espacios descritos por la sociología y abiertos a nuevas formas de asociación, aparecen fuerzas extraordinarias de personas que saben dedicar su vida al nacimiento de una vida realmente comunitaria. Pues la comunidad nunca nace por sí sola, sino con la ayuda, la inspiración y la palabra profética de personas dedicadas a ella.»

Memoria eucarística martirial

Hace 19 años, en Guatemala, fue asesinado el periodista evangélico, Nicolás Chuy Cumes.

Sugerencias litúrgicas

1. Después de la bendición, se pueden llamar a doce personas que al mismo tiempo toquen el cirio, el presidente les dice: 'Hoy se hacen realidad, en ustedes y en toda la comunidad, las Palabras de Jesús que escuchamos en el evangelio': «La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió así yo los envío a ustedes» para que anuncien el Reino de Dios. Vayamos en paz'.

Conversión

Sería bueno revisar: ¿con qué espíritu actuamos en la comunidad cristiana? ¿qué sentido tienen los cargos, puestos o servicios? ¿la diversidad o pluralidad de los miembros de la comunidad es factor de crecimiento mutuo? Pentecostés es tiempo de ecumenismo: ¿qué nos estará pidiendo el Espíritu en esta área?

22 de mayo: Santísima Trinidad

Introducción

La Trinidad existe para relacionarse con la humanidad. Y porque la Trinidad es comunión perfecta es el ideal de la comunidad. La Comunidad Trinitaria es el futuro de la comunidad cristiana.

Iluminación: Éxodo 34,4-6.8-9; Salmo 3; 2Corintios 13,11-13; Juan 3,16-18

El capítulo 34 del Éxodo presenta la renovación de la alianza según la tradición ya vista. El pueblo había sido liberado de Egipto, pero el camino de la liberación estaba ahora amenazado de fracasar en el desierto. La figura de Moisés resulta fundamental en esta situación dramática. Por orden de Yavé prepara dos nuevas tablas de piedra y muy temprano sube al Sinaí y Yavé desciende en la nube. Con estas expresiones de subir y bajar el autor indica el encuentro. Moisés hace a un lado las normas de no decir el nombre de Yavé y esa osadía en donde se arriesga lo hace merecedor de la revelación de Dios como compasivo y misericordioso. Lo que más llama la atención es que no es Moisés que dice eso, sino el mismo Dios. Dios está pactando no abandonar el proyecto de liberación del pueblo iniciado en Egipto, a pesar de los pesares. Es esto último que le toca expresar a Moisés: «aunque este pueblo sea de cabeza dura».

Los tres versículos del evangelio de Juan pertenecen al diálogo con Nicodemos. Son versículos que señalan que el amor de Dios se manifestó en la muerte de Jesús. En otras palabras, no muestran a Dios caminando en medio de su pueblo o perdonándolo, sino más aún venciendo los límites propios de la condición humana, la muerte. Y se revela no para un pueblo en particular sino para el mundo entero. Pues Dios nos ama no porque seamos buenos, sino porque él es bueno y quiere salvar y comunicar la vida en plenitud. Y ya que Dios no quiere la perdición de la gente, entonces el sufrimiento, la injusticia, el pecado, la opresión y todo lo que genera dolor y muerte es contrario al proyecto de Dios. Este proyecto erradicará las fuerzas de la muerte abriendo canales que comuniquen la vida plena. A eso vino Jesús revelándonos con su vida y su palabra. Es esto lo que trata de hacer presente y actuante la comunidad cristiana, con la fuerza de la muerte y resurrección de Jesús. Sin embargo la decisión es de cada quien: quien toma partido a favor no es juzgado, pero quien se decide contra ya está juzgado.

El texto es la conclusión de la segunda carta a los Corintios que en realidad es un conjunto de diferentes cartas enviadas en varias fechas. No sabemos, por tanto, a qué carta pertenece el texto de hoy, pero eso no importa. Lo importante son dos referencias a la celebración litúrgica de estas co-

comunidades primitivas: el beso fraterno que indica solidaridad y no un simple rito de saludo de paz, y el saludo trinitario motivando a la comunidad a buscar entre sí dicha comunión. La formulación trinitaria inicia mencionando «la gracia de nuestro Señor Jesucristo». Es el do de la vida que Jesús trajo a la comunidad. Ésta existe por obra de Jesús, que murió y resucitó, y que ahora se manifiesta en los cristianos. Este amor tiene origen en «el amor del Padre», que tomó la iniciativa enviando a Jesús al mundo. Y continúa en la comunidad cristiana mediante «la comunión del Espíritu Santo» que cimienta, organiza y da fuerza a los cristianos para actuar solidariamente entre sí, en perfecta armonía que refleje la armonía de la Trinidad. Llama la atención la insistencia en la alegría de la comunidad, signo visible de que se han superado los conflictos.

Memoria eucarística martirial

En Argentina, el día 19 de hace 10 años, murió Jaime Nevares, obispo de Neuquén, cuya voz profética añora la iglesia.

Sugerencias litúrgicas

1. En la procesión de entrada se portan tres veladoras. Una vez que el presidente besó el altar, el presidente va a su silla, mientras las personas que tienen las veladoras permanecen de pie junto al presidente y levantando sus veladoras, el presidente inicia, así: «Nuestro Dios, que es único y a la vez comunidad, está siempre con nosotros, de manera especial en cada celebración, por eso invocamos su nombre, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».
2. Las tres veladoras acompañan a quienes proclaman Palabra de Dios, terminada la proclamación se dejan las veladoras frente al ambón.
3. En el momento de la liturgia de la eucaristía, se colocan las tres veladoras sobre el altar.

Conversión

La Trinidad es la mejor comunidad. Por eso hoy nos podríamos preguntar: ¿cuál es el rostro de nuestra comunidad? ¿cuáles sus valores? ¿cuál el sentido del beso fraterno? ¿trabajamos para que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del

Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con nosotros/as?

29 de mayo: 9º domingo ordinario

Introducción

Las lecturas bíblicas a partir de este domingo nos presentarán básicamente la dinámica de la relación entre la voluntad de Dios y el actuar humano. En esta relación, el primer paso está en la toma de conciencia de nuestras propias limitaciones. Tres son las invitaciones: ver la realidad procurando descubrir en cada acontecimiento la voluntad de Dios para actuar con la fidelidad que requiere la creatividad; poner en práctica el proyecto de Dios tal como fue revelado por Jesús, pues el seguimiento es ante todo acción concreta a favor de la justicia; y superar todo tipo de legalismo, a fin de recibir la libertad por la fe en Jesús, viviendo relaciones humanas en gratuidad.

Iluminación: Deuteronomio 11,18.26-28.32; Salmo 30; Romanos 3,21-25.28; Mateo 7,21-27

En el libro del Deuteronomio hay tres discursos que Moisés dirige al pueblo antes de entrar a la Tierra Prometida. En realidad se trata de textos del s. VIII a.C. que reflexionan la caminata del pueblo. Este libro es una colección de leyes para el día a día del pueblo. En realidad pretende con eso resaltar que Dios escoge un pueblo, hace alianza con él y le da una tierra. Nada mejor entonces que ponerlo en boca de Moisés. Es como recordar la época de infidelidad, cuando el pueblo sirvió a otros proyectos, con líderes que pensaban en sus propios intereses más que en el bien común. Por eso el Deuteronomio llama la atención sobre la responsabilidad de las autoridades y del pueblo: somos nosotros que elegimos la bendición o la maldición. La responsabilidad es nuestra, por tanto no cabe culpar a Dios de nuestras situaciones negativas que nosotros mismos creamos.

El texto de Mateo está en íntima relación con el programa de las bienaventuranzas, pues no basta expresar la propia religiosidad con palabras, no bastan las oraciones, se requieren acciones. La expresión «aquel día» se refiere al día del juicio final, en que tendremos que dar cuenta de nuestras acciones a Jesús, juez soberano. Lo curioso es que muchos se acercarán alegando haber actuado en su nombre, es decir, en continuidad de su ac-

ción liberadora, profetizando, expulsando demonios y haciendo milagros, pero la respuesta de Jesús es contundente: «nunca los he conocido». Pues Jesús exige acciones de fidelidad, acciones de personas que estén continuamente atentas a los acontecimientos, para actuar en la creatividad y fidelidad, según la voluntad del Padre. Jesús no entrega un código de leyes, sino deja su ejemplo para construir sobre roca. El ejemplo de las lluvias y crecientes hacen alusión a las dificultades con que se topan quienes, como Jesús, continúan su proyecto.

Pablo en su carta a los Romanos es contundente: la justificación viene por la fe y no por la cumplir la ley. Esta afirmación será causa de separación entre el judeo-cristianismo y el cristianismo-gentil. El justo no queda justificado por sus propias fuerzas, observando la ley, sino que Dios gratuitamente lo justifica, lo que llamamos gracia de Dios que concretamente se da por la liberación realizada por Jesús y que recibimos sin merecerla.

Memoria eucarística martirial

Este día de 1978, el ejército masacró a más de 100 indígenas queq'chies en la ciudad de Panzós, Guatemala.

Sugerencias litúrgicas

- En la profesión de fe, una persona puede sostener la Biblia o el leccionario y otra agua en una jarra cristalina, y tal vez, otra persona, alguna piedra de tamaño visible. Mientras se profesa la fe con el Credo se mantienen en alto los signos. Se puede introducir diciendo: Proclamemos nuestra fe en el Dios que nos pide guardar su Palabra en el corazón para que tengamos vida y que la pongamos en práctica para que construyamos en roca firme.

Conversión

La bendición y la maldición es consecuencia de nuestras acciones. ¿Cómo nos estamos preparando a elegir los/as candidatos/as que contendrán el próximo año?

Las palabras de Jesús son una invitación a la acción. ¿Estamos interesados en descubrir cada día la voluntad de Dios en los acontecimientos de nuestra vida?

¿Nuestra vida cristiana es testimonio de libertad y vida para el mundo? ¿Cómo vivir nuestra fe no como obligación sino como un privilegio?

5 de junio: 10º domingo ordinario

Introducción

Un culto a Dios reducido al templo, generalmente indica incongruencia en quienes lo practican. Si la celebración dominical, por ejemplo, no mejora nuestras relaciones algo anda mal. Quiere decir que estamos saliendo como entramos, sin dejarnos tocar por la presencia del Señor en su Palabra y en su Eucaristía. En este sentido, se habla de personas alejadas o que se consideran malas, como Mateo, y que sin embargo están más abiertas al prójimo.

Iluminación: Oseas 6,3-6; Salmo 49; Romanos 4,18-25; Mateo 9,9-13

Oseas arremete contra los líderes religiosos y políticos que llevaron al pueblo a una situación de grave infidelidad rompiendo la alianza con Yavé. No obstante, también arremete contra el pueblo por dejarse llevar convenencieramente. Estamos en el siglo VIII a.C. al final del reinado de Jeroboán II en Samaria donde se está dando un auge económico que hace más desigual a la sociedad y, por lo mismo, se presta a explotar más todavía a los pobres. Por su parte, en lo religioso se quiere justificar engrandeciendo el templo, pero ladoándose cada vez más hacia Asiria, sin medir las consecuencias. Pronto se olvidaron de Dios, por eso el reclamo de un amor como el rocío matutino que al rato se evapora. Sin embargo la frase central de este texto dice: «yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos».

El evangelio de Mateo nos presenta el llamado del cobrador de impuestos. El texto tiene dos partes: la vocación de Mateo y la comida con los cobradores de impuestos y pecadores. En la primera parte, Mateo pasa de pecador a discípulo. Es Jesús quien llama: lo «vio» y «le dijo: sígueme»; la respuesta también es rápida: «Él se levantó y lo siguió». Estamos en Cafarnaún donde están las oficinas militares y de hacienda porque es la entrada a Damasco. Evidentemente el cargo de cobrador de impuestos era mal visto por la corrupción en que generalmente se desenvolvía abusando del pueblo, pero también por ser un impuesto para el país extranjero que domina-

ción liberadora, profetizando, expulsando demonios y haciendo milagros, pero la respuesta de Jesús es contundente: «nunca los he conocido». Pues Jesús exige acciones de fidelidad, acciones de personas que estén continuamente atentas a los acontecimientos, para actuar en la creatividad y fidelidad, según la voluntad del Padre. Jesús no entrega un código de leyes, sino deja su ejemplo para construir sobre roca. El ejemplo de las lluvias y crecientes hacen alusión a las dificultades con que se topan quienes, como Jesús, continúan su proyecto.

Pablo en su carta a los Romanos es contundente: la justificación viene por la fe y no por la cumplir la ley. Esta afirmación será causa de separación entre el judeo-cristianismo y el cristianismo-gentil. El justo no queda justificado por sus propias fuerzas, observando la ley, sino que Dios gratuitamente lo justifica, lo que llamamos gracia de Dios que concretamente se da por la liberación realizada por Jesús y que recibimos sin merecerla.

Memoria eucarística martirial

Este día de 1978, el ejército masacró a más de 100 indígenas queq'chies en la ciudad de Panzós, Guatemala.

Sugerencias litúrgicas

- En la profesión de fe, una persona puede sostener la Biblia o el leccionario y otra agua en una jarra cristalina, y tal vez, otra persona, alguna piedra de tamaño visible. Mientras se profesa la fe con el Credo se mantienen en alto los signos. Se puede introducir diciendo: Proclamemos nuestra fe en el Dios que nos pide guardar su Palabra en el corazón para que tengamos vida y que la pongamos en práctica para que construyamos en roca firme.

Conversión

La bendición y la maldición es consecuencia de nuestras acciones. ¿Cómo nos estamos preparando a elegir los/as candidatos/as que contendrán el próximo año?

Las palabras de Jesús son una invitación a la acción. ¿Estamos interesados en descubrir cada día la voluntad de Dios en los acontecimientos de nuestra vida?

¿Nuestra vida cristiana es testimonio de libertad y vida para el mundo? ¿Cómo vivir nuestra fe no como obligación sino como un privilegio?

5 de junio: 10º domingo ordinario

Introducción

Un culto a Dios reducido al templo, generalmente indica incongruencia en quienes lo practican. Si la celebración dominical, por ejemplo, no mejora nuestras relaciones algo anda mal. Quiere decir que estamos saliendo como entramos, sin dejarnos tocar por la presencia del Señor en su Palabra y en su Eucaristía. En este sentido, se habla de personas alejadas o que se consideran malas, como Mateo, y que sin embargo están más abiertas al prójimo.

Iluminación: Oseas 6,3-6; Salmo 49; Romanos 4,18-25; Mateo 9,9-13

Oseas arremete contra los líderes religiosos y políticos que llevaron al pueblo a una situación de grave infidelidad rompiendo la alianza con Yavé. No obstante, también arremete contra el pueblo por dejarse llevar convenencieramente. Estamos en el siglo VIII a.C. al final del reinado de Jeroboán II en Samaria donde se está dando un auge económico que hace más desigual a la sociedad y, por lo mismo, se presta a explotar más todavía a los pobres. Por su parte, en lo religioso se quiere justificar engrandeciendo el templo, pero ladoándose cada vez más hacia Asiria, sin medir las consecuencias. Pronto se olvidaron de Dios, por eso el reclamo de un amor como el rocío matutino que al rato se evapora. Sin embargo la frase central de este texto dice: «yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos».

El evangelio de Mateo nos presenta el llamado del cobrador de impuestos. El texto tiene dos partes: la vocación de Mateo y la comida con los cobradores de impuestos y pecadores. En la primera parte, Mateo pasa de pecador a discípulo. Es Jesús quien llama: lo «vio» y «le dijo: sígueme»; la respuesta también es rápida: «Él se levantó y lo siguió». Estamos en Cafarnaún donde están las oficinas militares y de hacienda porque es la entrada a Damasco. Evidentemente el cargo de cobrador de impuestos era mal visto por la corrupción en que generalmente se desenvolvía abusando del pueblo, pero también por ser un impuesto para el país extranjero que domina-

ba el país. En la segunda parte, llama la atención que los discípulos y Jesús se revuelvan con los cobradores y pecadores, es lo que motiva a los fariseos a preguntar a los discípulos. La respuesta de Jesús rescata la dignidad del pecador, precisamente convirtiéndolo en discípulo, es decir, en alguien capaz de cambiar de vida. Esta postura de Jesús evidentemente contrasta con postura de rechazo de parte de los fariseos. El final es una ironía muy fina que desenmascara el fariseísmo de quienes se quedan en un culto vacío sin preocuparse de lograr relaciones fraternas con los demás.

La carta a los Romanos no tiene la fuerza de la carta a los Gálatas en lo que respecta al rechazo de Pablo a la Ley judía, sin embargo, desarrolla mejor el aspecto de la fe rescatando la figura de Abraham padre no por la carne (la ley) sino por la fe. Este camino novedoso dará a la comunidad cristiana gentil la libertad que nunca pudo lograr la comunidad cristiana judía. En este sentido, valdría la pena revisar nuestra situación actual frente a las normas de la iglesia.

Memoria eucarística martirial

El día 3 de 1963, murió Juan XXIII, quien al convocar el Concilio Vaticano II, se convirtió en el iniciador de la renovación de la iglesia.

Sugerencias litúrgicas

1. Antes del prefacio, el presidente, habiendo preparado una lista de miembros de la asamblea, los llama por su nombre para que permanezcan, de pie, durante la plegaria eucarística cerca del altar, en alusión al evangelio.

Conversión

La palabra profética de nuestros obispos en América Latina ha resonado durante mucho tiempo como la voz de Oseas, denunciando la desigualdad cada vez más honda en nuestros pueblos.

¿Quiénes serían hoy los mal vistos y sin embargo quizás los más abiertos al anuncio liberador de Jesús?

Tal vez la receta de Pablo nos ayude para no encerrarnos en el cumplimiento de las normas, sino buscar la vivencia de la fe.

12 de junio: 11º domingo ordinario

Introducción

Estamos en la Eucaristía semanal de cada domingo porque la creemos importante. Pero, ¿sabemos de dónde le viene su importancia? «El domingo 12 de febrero del año 304, un grupo de 49 cristianos fue sorprendido celebrando la Eucaristía en Abitina, en el actual Túnez. Estaba totalmente prohibido, bajo pena de muerte, el culto cristiano. La administración romana cuidadosamente les sigue un proceso, cuyas actas se conservan: - '¿Asististe a la reunión?', es la pregunta que se hace a cada uno de los convictos, entre los que hay jóvenes, niños y viejos, hombres y mujeres. 'Soy cristiano', es también la respuesta de todos. 'No te pregunto si eres cristiano sino si asististe a la reunión'. 'Es que no puedo ser cristiano sin la Eucaristía', es la admirable respuesta.»

**Iluminación: Éxodo 19,2-6; Salmo 99;
Romanos 5,6-11; Mateo 9,36-10,8**

El texto de Éxodo 19 es el principio del asentamiento frente al Sinaí del pueblo recién liberado de Egipto. En este monte se establecerá la alianza entre Yavé y su pueblo. Pero, antes de que eso sucediera, Yavé interpreta lo que significa la liberación de Egipto: el pueblo de Israel es colocado en el más alto privilegio como pueblo, «los he levantado a ustedes sobre alas de águila» (v.4b) y ha sido introducido al círculo de cariño de Yavé, «y los he traído a Mí» (v.4c). Rescatado el pueblo del círculo de poder de los dioses de Egipto, ahora pertenece al círculo de la familia de Yavé. La liberación es cambio radical de una pertenencia a otra. Ahora ya puede decir Israel que pertenece a Yavé. Es rescate de pertenencia a un grupo donde se es esclavo para, del Sinaí en adelante, pertenecer a Yavé en régimen de cariño. De ser esclavo de los dioses a ser pueblo propiedad del cariño de Yavé, significa un gran salto. El texto de la carta de S. Pablo a los Romanos fundamenta la doctrina que sustenta la reunión (eucarística) de los cristianos. Cada vez que el grupo de seguidores/as se reúne, da gracias por haber sido rescatados/as de un estilo de vida y, más que nada, porque la entrega de Jesús a la muerte significó el acto de amistad más claro que un amigo/a pueda hacer por otra persona (ver Juan 15,13 y Gálatas 2,20). Las reuniones cristianas, por tanto, tienen como centro el acto de agradecer la amistad de Dios que Lo lleva a convertirse en REGALO, DON para con su pueblo. Así lo comprendió siempre Jesús. Por eso el último versículo del texto

del Evangelio de Mateo que leemos ahora, el v.10,8, señala bien claro la dinámica que da vigor a la misión a la cual los discípulos/as han sido invitados por Jesús: «como regalo han recibido este poder, como regalo ejérzanlo». La compasión de Jesús por las multitudes no era, de modo alguno, lástima. Era sim-patía solidaria con la situación en que las multitudes del pueblo habían sido reducidas por los poderosos de su tiempo. Y, claro, sim-patía, no significa la emoción de caerle bien a alguien. Se trata, en el caso de Jesús para con su pueblo, de hacer propios los sufrimientos del pueblo, haciéndolos totalmente propios. Jesús ve al pueblo como rebaño que tenía líderes pero no tenía guías; pueblo que sufría el ejercicio del poder, sin experimentar el servicio de la autoridad. Para Jesús es claro que el pueblo, aun en la situación en que se encontraba, vale como «una cosecha abundante». Lo que falta es quien haga valer lo que vale el pueblo. El grupo de los doce es presentado por sus nombres y por algún dato particular. Ese nombrarlos recuerda la constitución de Israel organizado en 12 tribus. Y su misión se centra básicamente en tres rubros: anunciar que, de ahora en adelante, ya no reinará el caos y desorden que ha reinado, sino que se acerca un nuevo reinado, el de justicia y de misericordia; el/la discípulo/a es llamado/a a combatir demonios y, tercero, a sanar las heridas que han quedado en el pueblo por ese antiguo reinado de maldad. ¿Cómo se concretiza, en la vida diaria y concreta nuestra, eso de que debe reinar algo nuevo, eso de que hay que vivir combatiendo los demonios y no dejar herida del pueblo sin sanar?

Memoria eucarística martirial

El 9 de 1979, el sacerdote Juan Morán fue asesinado por su compromiso en la defensa de los indígenas mazahuas.

Sugerencias litúrgicas

Cada reunión eucarística es reconocimiento de la gratuidad de Dios y, principalmente, del DON que se hizo Jesús para nosotros, humanidad golpeada y necesitada de sanación profunda. La reunión dominical es algo indispensable para quien comprende que en ella entrenamos para llegar a ser, también nosotros/as, regalos, dádivas, dones, para la salvación de la humanidad, cariñosamente escogida por nuestro Dios. Entre más entrenemos la fraternidad solidaria alrededor de la mesa eucarística, más la ejercitaremos alrededor

de las diversas circunstancias que la vida diaria nos presenta.

1. Sugerimos incluir en la oración de los fieles una oración pidiendo por las vocaciones de gente consagrada y por los/as laicos/as comprometidos/as.
2. El presidente, al final de misa, envía a la asamblea con estas palabras: «El Señor no sólo nos ha llamado, sino que ha renovado la Alianza que selló con su sangre, ahora como lo hizo con los apóstoles, nos envía: «Vayan y proclamen que ya se acerca el reino de los cielos». Vayamos en paz.

Conversión

La semana pasada leíamos la narración que hace Mateo sobre su propia conversión al seguimiento de Jesús. El recorrido hecho, de la MESA de cobrador de impuestos a la MESA del ágape de Jesús, le cambió totalmente el horizonte de su vida. Atraer a la mesa del entrenamiento de la fraternidad en la reflexión de la Palabra, en la Comunión y en la planeación de obras concretas de transformación del mundo, se hizo tarea de Jesús. Las reuniones de hermanos/as se hicieron el distintivo del grupo de Jesús. Poniéndose a la mesa, Jesús revelaba toda su doctrina y el nuevo estilo de vida consecuente de ella. Participar en las reuniones alrededor de la mesa fraternal norma, desde entonces, la manera de ver y actuar del discípulo. Nos vamos a preguntar mutuamente: ¿cuánto aprecias tu venida semanal a las reuniones bíblicas o a la Eucaristía dominical? ¿Se te han hecho ya una necesidad en tu vida? ¿Te han cambiado en algún aspecto de tu vida? ¿Te has sentido, poco a poco, llamado a pertenecer (no sólo asistir) al grupo de Jesús? Hoy veremos cómo formalmente Jesús hacía la invitación a hombres pertenecer a su grupo y a ejercer una misión bien específica.

19 de mayo: 12º domingo ordinario

Introducción

Dicen de Albert Einstein (citado por Marcelo Barros. *Conversando con Mateus*. p.50): «Cuentan que Albert Einstein decía que la pregunta más importante de la vida era si, de hecho, el universo es un lugar amistoso». Es que, de veras, si el mundo es un lugar donde la última palabra la tiene la maldad y si la corrupción y la des-esperanza son lo determinante, entonces, tenemos la

puerta abierta para dejarnos corromper también todos nosotros y no habría nada por qué luchar. La frase del Evangelio de esta semana que debe resonar fuertemente en nosotros es «No tengan miedo, porque ustedes valen mucho más que todos los pájaros del mundo» (v.31).

Iluminación: Jeremías 20,10-13; Salmo 68; Romanos 5,12-15; Mateo 10,26-33

Jesús tenía un modo de ver a la humanidad, al ser humano concreto, a la gente concreta con que convivía, un modo, decimos, muy peculiar, por cierto, muy positivo y entusiasta. Aunque, según Juan 2,24-25, «Jesús conocía a todos; y no necesitaba que le informara sobre la gente pues él sabía lo que había dentro de cada uno», Jesús tenía una mirada bien positiva de la humanidad. Como, además, veíamos la semana pasada, según Jesús, la humanidad es como un campo sembrado que produce una mies o cosecha abundante (Mt 9,37), basta tener suficientes trabajadores para recoger sus frutos. Si su mirada hubiera sido negativa, no diría que muchos frutos se pueden esperarse de ella. En la hermosísima carta a los Romanos así lo percibió S. Pablo. Decía: «donde proliferó el pecado sobreabundó la gracia» (5,20 y el v.5 de nuestro segundo texto de esta semana). Según Pablo, ese es el anuncio central del su Evangelio de la libertad. Previene, claro, de que esto no es para que, confiados en exceso, permanezcamos en el pecado, «puesto que la gracia abunda» (Rm 6,1), sino para que nos alegremos de que, por más que haya pecado, injusticia, tranzas, la gracia presente en el ser humano es, a fin de cuentas, lo verdaderamente determinante. Las lecturas de esta semana

nos invitan a ser libres de todo miedo. Por eso, viene bien a colación citar lo que

A Jeremías le debemos estar agradecidos porque en su libro comparte con nosotros su vivencia personal de sufrimiento por la persecución y por haber sido permanentemente señalado como diferente y, por su visión profética, condenado a la destrucción. No se trata de algún complejo psicológico que lo hacía ver persecución en su contra donde no la había. Denunciaba el terror que se encubría debajo de un ambiente pretendidamente pacífico y tranquilo. Cuando todo mundo, especialmente los sacerdotes y profetas que habían perdido toda esperanza en un cambio profundo, engañaban al pueblo diciendo que no había por qué ser tan negativos denunciando lo malo de la

sociedad, Jeremías, con todo lo incómodo que eso resultaba, no dejaba de señalar la violencia escondida atrás de estructuras sociales e, inclusive, atrás de una religión que habían sido dominadas por los intereses perversos de los poderosos. A éstos Jeremías los ve vencidos y avergonzados en sus planes porque «el Señor, guerrero poderoso, está a mi lado». Fijémonos, sin embargo, en los v.12-13: Jeremías habla de un grupo de gente a quien llama «el justo». Son su comunidad, también perseguida, que se había dejado «conocer profundamente» «por el Señor Yavé, o sea, en lenguaje más original, «Tú, Señor de los ejércitos, que pruebas al justo y ves sus entrañas y su corazón». La misión profética de Jeremías y su comunidad les nace desde lo más profundo de su ser que han dejado ser transformado por Yavé. Termina este pequeño texto con la invitación a esa comunidad de amantes de la justicia a una alabanza al Señor que sea producto del sufrimiento asumido con toda esperanza, sin resentimiento. El texto de Mateo corresponde a la misión a la que Jesús manda a su grupo de apóstoles. «Lo que les digo de noche, repítanlo en pleno día, y lo que les digo al oído, pregónenlo desde las azoteas». Jesús era muy parecido a Jeremías. Tal vez Jesús lo admiraba como modelo para Sí mismo. Lo que sus discípulos predicarán lo han oído de Jesús. Pero lo que les dice Jesús para que lo amplifiquen es algo tan peligroso que naturalmente va a causarles miedo. Sin duda el anuncio básico de Jesús, y ahora compartido por sus compañeros, de que «el reinado de los cielos está cerca», significaba un duro golpe a lo que se puede decir era el reinado de lo más bajo de los seres humanos, como, a saber, la injusticia, el poderío de los Herodes, la dominación romana, la utilización de la religión para los fines de esa gente. Anunciar el deber de darle fin a ese reinado de lo bajo, para dar lugar al reinado de lo alto, era subversivo. Y, claro, a los subversivos siempre se les ha perseguido. Vemos con esto que librarse del miedo no constituye una terapia de pacificación de emociones. Es insuflar ánimo, aliento, fuego a los discípulos para que sean valientes y no retrocedan. «No teman a los hombres», es la forma como Jesús desnuda los planes del poder para que vean sus seguidores que el poder no se sustenta ante los valores más nobles que conlleva el reinado que Jesús anuncia y profundamente anhela.

Memoria eucarística martirial

El 17 de 1983, en Ecuador, fueron asesinados Felipe Pucha y Pedro Cuji, campesinos indígenas, que encabezaban la lucha por la tierra de su pueblo.

Sugerencias litúrgicas

En la MESA de nuestra MISA, donde Jesús, superando todo miedo sentido por El, como auténtico humano que era, al igual que nosotros, se entrega plenamente como DON de gracia, en esa mesa, decimos, se nos da la oportunidad cada domingo de superar nuestros respectivos miedos. A pesar de que, por lo general, hemos dejado envejecer la misa, nuestra participación consciente y esmerada, creativa, hará de ella fuente inagotable de vigor renovado. Cuidemos la mesa sagrada que quita nuestros miedos.

1. 'El profeta Jeremías anuncia, en su persona, el sufrimiento que padecerían Jesús y sus discípulos y discípulos, oremos juntos con quienes hoy sufren injustamente a causa de encarnar el evangelio. Levantamos las manos y la mirada al cielo cada vez que cantemos (o recitemos)': «Escúchame, Señor, porque eres bueno».

Conversión

A ejemplo de Jeremías, debemos examinar bien la práctica de la religión en nuestros días. Hay que cuidarnos de no caer en la tentación de servirnos de la religión para nuestros propios beneficios e intereses; hay que hacer, más bien, que la religión sirva al proyecto de Dios que se enfoca totalmente a la promoción de la vida con justicia, paz y dignidad. Más todavía. Hay que cuidarnos de no servirnos de Dios, o sea, no utilizarLo en función de nuestros planes mezquinos. ServirLo significa, a fin de cuentas, salvar-Nos.

Debemos ser muy claros en nuestro análisis de cómo la maldad funciona y se disfraza de legalidad y de legitimidad y de religión. Y, en lo más profundo de nuestra convicción, saber que el sistema de gratuidad, de la GRACIA, desborda todo orden establecido como poder dominante.

26 de junio: 13º domingo ordinario

Introducción

Vivir regidos por la gracia no equivale a reclamar vivir una vida de perfeccionismo imposible; sino, más bien, asumir un estilo de vida alternativa, que contradice lo que vemos como común y corriente en la sociedad actual. Quien se convence del régimen de la gracia se pone a combatir el régimen del pecado que se manifiesta en los diarios y sistemáticos atropellos a la dignidad del pueblo de Dios. No hay que dejar que ese régimen de pecado siga rigiendo. Los muertos a esa sociedad no colaboran más con ella. Luchan por dar a luz lo nuevo y alternativo que, para esta nuestra vida, Cristo conquistó.

Iluminación: 2 Reyes 4,8-11.14-16;

Salmo 88; Romanos 6,3-4.8-11; Mateo 10,37-42

Poner una cartulina con la siguiente frase: «QUIENES NOS REUNIMOS AQUI SOMOS... MUERTOS». Claro, esto va a confundir a quien llegue y lea. De eso se trata. Queremos suscitar interés. Se va a sentir un gran contraste con lo que hablábamos la semana pasada de la visión positiva con que Dios nos ve. La semana pasada éramos bien vistos por Dios, ahora nos vemos muertos, ¿qué nos pasa? Las comunidades cristianas de los primeros tiempos eran también desconcertantes. Ellos/as se consideraban, y así lo decían a todos, como gente que había muerto... a un estilo de vida para pasar a la novedad de criaturas nuevas en Cristo. Pero, luego, sus perseguidores los/as acusaban de dar culto a muertos y hasta de que comían muertos. Sus reuniones eran en catacumbas, o sea, recintos más o menos amplios donde hermanos/as martirizados habían sido sepultados. La memoria de la valentía, de la superación del miedo que esos hermanos/as habían demostrado, era estímulo para generar más brío en el trabajo de implantar el reinado de lo nuevo y más noble del ser humano. Estar convencidos/as del desbordamiento de la gracia de Dios, en Cristo, según la carta a los Romanos que vamos leyendo, como segundo texto de la liturgia, les ayudaba a superar maneras de ser y de pensar y de obrar impuestas por el sistema dominante y luchar para conquistar nuevas maneras, más nobles y dignas, de ser humano, de ser hermanos/as. Ser criaturas nuevas constituyó la

meta más gozosa a la que se podía aspirar. Por eso, con cierto humor pero con gran profundidad, se sentían orgullosos de ser conocidos como muertos y hasta se decían que su vida era una proclamación precisamente de la muerte en Cristo. Un excelente comentarista de la Carta a los Romanos, Karl Barth, cita a Lutero con estas bellas palabras:

«El bautismo de ustedes no es sino un *estrangular* obrado por la gracia o un *estrangular gratuito* mediante el que el pecado muere ahogado en ustedes, para que ustedes permanezcan bajo el régimen de la gracia y no perezcan por el pecado bajo la ira de Dios. Porque cuando te bautizas, te pones bajo el gracioso ahogamiento y misericordioso matar de tu amado Dios y dices: 'ahógame y estrangúlame, amado Señor, pues en adelante deseo profundamente estar muerto al pecado con tu Hijo'. Esta muerte es la gracia. ...¿Por qué esta muerte es la gracia? Porque ella es «la muerte de la muerte, el pecado del pecado, el veneno del veneno, la cautividad de la cautividad».

En resumen, la gracia desintegra el pecado en los que somos bautizados/as.

Elías formó gente, como Eliseo, que se dejó invadir por la novedad de la vida que florecía en la gente golpeada por el régimen de corrupción, instaurado por los gobernantes, los reyes. Quienes se unían a esas comunidades proféticas, veían que su vida pasaba de la esterilidad a una fecundidad gozosa. Jesús, también invitaba a sus seguidores/as a invertir su vida en esa nueva manera de aprender a ser realmente humanos/as. A ser humanos/as con dignidad. La comunidad del Evangelio de S. Mateo se entusiasmó tanto que veían lógico poner por encima de todo, aun de la vida misma, trabajar por la novedad del régimen de la gratuidad, de la gracia. Se dejaron entusiasmar por el proyecto de ser «dignos, y no indignos, de Jesús».

El don básico que Dios nos ha hecho es vivir bajo el régimen de la gracia. A Cristo le debemos habernos rescatado del régimen del pecado para introducirnos al de la gracia. La única salvedad que Pablo les hace a los Romanos es que esta verdad fundamental no se use como justificación para servir al régimen del pecado. Pablo era un cristiano que se dejó literalmente invadir en su vida y en su trabajo apostólico por el convenci-

miento de que el Dios de Jesús era un Dios derrochador de bondad hasta la locura. Ahora, desde un principio, eso causó escándalo y rechazo por parte de gente que defendía (para sostener sus intereses egoístas, claro) a un Dios tacaño y dictador. El problema fundamental de creer en un Dios derrochador, o «pródigo», como hemos dicho otras veces, es que tal imagen de Dios contradice frontalmente la sociedad en la que creció la primera comunidad cristiana y en la que vivimos ahora también nosotros.

Memoria eucarística martirial

El día 23 de 1524, llegaron a México, los primeros evangelizadores franciscanos, llamados «los doce apóstoles», entre los que destacaron Sahagún, Motolinía y Zumárraga.

Sugerencias litúrgicas

La comunidad eucarística se constituye en un anuncio vivo de la muerte de Cristo: celebramos la Misa para aprender a ser muertos a todo aquello que quite la dignidad de la vida y su futuro esperanzador. Sin embargo, no nos quedamos solamente en ser muertos al pecado, sino que nos hacemos palabra viva, pro-clamación, o sea, palabra que se hace proyecto, que implica el aprendizaje constante, alegre, inteligente, de cómo vivir y hacer la vida nueva. Así se explica la importancia de la aclamación eucarística que dice: «Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu Resurrección, ven, Señor Jesús».

1. Con tiempo se prepara una despensa para los pobres y se lleva junto con los dones del pan y del vino. 'Hermanos y hermanas junto con el pan y con el vino presentamos esta despensa como signo de que estamos dispuestos a colaborar para que los necesitados se vuelvan sujetos de su historia y no sólo objetos de nuestra caridad. Y esto porque en los marginados vemos el rostro de Cristo'.

Conversión

Señor, danos claridad para sentirnos bien penetrados por tu gracia. Danos vista y visión positivas de la vida al grado que la amemos y no dejemos que se le estropee. Danos generosidad y vencer la mezquindad acostumbrada. Que resuene la voz de tu hijo que nos dice «¡No tengan miedo!» Que vivamos nuestra misma vida, pero de manera diferente; no en la des-gracia; en la gracia. Amén. ☩

Nuestros próximos números

Mayo-Junio

Nos interesa seguir examinando y proponiendo las fuentes y motivos de esperanza de diversos grupos humanos. Y es una línea que queda abierta para futuros números. No ahora para el próximo. Invitamos a nuestros lectores a que nos hagan sugerencias temáticas y de autores o grupos.

En nuestro siguiente número daremos cuenta del caminar incipiente de un grupo que ha iniciado una asociación de teólogos, o de quienes se interesan en la teología como expresión de la experiencia de Dios según las tradiciones de quienes ponen al servicio de su fe su razón y sus conocimientos para comunicar mejor, en lo posible, la honda experiencia de Dios.

Expondremos lo que es la Asociación Teológica Ecueménica de México (ATEM) y algunos trabajos que se han presentado en ella.

Es interés de la revista, de quienes la van produciendo y de sus lectores expresar las experiencias de lo trascendente (de Dios, decimos en mentalidad religiosa). La ATEM tiene intereses semejantes.

Uno de los signos de los tiempos es actualmente la necesidad de ser incluyentes, de no sólo no descalificar a los que piensan y son diferentes, sino de positivamente comprenderlos y pedir que comprendan a los demás. La ATEM pretende esto en el campo de la teología; de ahí que quienes la fundaron y la promueven insistan en su carácter ecuménico, en que todos, de cualquier confesión, sean incluidos e incluyan a los demás.

Será también el próximo número una invitación a participar en la asociación y sobre todo a cultivar la comunicación de las hondas experiencias de la vida, que es donde está Dios y su vida.

Pagos

Moneda Nacional

Hacer un depósito para abonar nuestra cuenta: Santander Serfin, N°: 65501043917 a nombre de Centro de Reflexión Teológica A.C. (le pedimos que nos envíe copia del depósito junto con una copia del cupón de renovación por fax).

Mandar giro postal o bancario a nombre del Centro de Reflexión Teológica A.C., Apdo. Postal 21-272 Coyoacán 04021 México, D.F.

Dólares

Enviar cheque o giro bancario avalado por un banco estadounidense a nombre de Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Importante

Envíe una copia del cupón de renovación con el comprobante del pago para que sepamos de quien es la suscripción a renovar.

¿Cuál es la prisa?

¿Valió la pena?

Analizar la realidad en América Latina

17 días de la Iglesia Latinoamericana

Apocalipsis

Catecismo en comunidad

Comentarios al Evangelio de Marcos

Con Dios y con los pobres

Chiapas. Buena nueva a pesar de todo

De la tragedia a la esperanza

Dinámicas

Dios es bueno

Dios y los obreros

Ejercicios Espirituales de Sn Ignacio de Loyola

El agro mexicano ¿siempre lo mismo?

El camino de la historia

El camino de las comunidades

El Dios de Jesús

El Dios de Jesús, destructor de todos los ídolos

El Episcopado L.A. Y la liberación

El Nuevo Testamento

El Padre Pro, mártir

El rostro indio de Dios

En busca de la fraternidad

El sermón del monte (#4)

Engrandecer el corazón de la comunidad

Espiritualidad de la liberación

Esto es un grito

Galilea año 30

Guía para el catequista

Hablar de Dios diversas voces

Hacia la civilización del amor

Historia de un gran amor

Humanidad en lo no humano

Indicadores de la modernidad

Itinerario espiritual en la opción por los pobres

Jesucristo liberador

Jesús. Manual para leer el Ev. de Mc

Jesús Hombre en Conflicto

Jesús interpreta las escrituras

La aventura de un cristiano

La buena noticia desde la mujer

La espiritualidad de la Nueva Ev.

La formación de la Nueva Ev.

La voz de los desplazados (disco compacto)

Lectura orante de la Biblia

Lectura profética de la historia

Liturgia del pueblo creyente

Los comienzos del camino

Los pobres y los neoliberales

Malabareando

María en el evangelio liberador

México; Estados y Sindicatos

Nepantla

Para vivir el mensaje de Guadalupe

Pequeño vocabulario de la Biblia

Pers. Lat. de San Juan de la Cruz

Que fluya la justicia

Recetas catequéticas

Sabiduría y poesía del pueblo de Dios (#12)

San Andrés

San Marcos

San pueblo

Seguir a Jesús: Los evangelios (#13)

Taller de Vida y Espiritualidad

Todos catequistas como Jesús

Tu Palabra me da vida (# 6)

C. Rodríguez 33.60

J. Marins y equipo 31.20

R. Mora 88.80

Frei Betto 10.80

M. Morales 80.00

B. Ameche 9.04

J. Mateos 36.80

J. Jiménez 26.40

CRT 6.40

Auerbach/Rodríguez 66.40

J. Marins 224.00

J. L. Caravias 45.76

C. Rodríguez 24.80

E.G. Martín del Campo 160.00

J.F. Cortes 60.80

J. Saravia 56.00

J. Saravia 48.00

J. L. Caravias 60.80

J. Peña 24.80

E. Dussel 50.40

J. Saravia 60.00

F. Azuela 18.00

Varios 88.00

J.A. González 32.00

J. Mateos 48.00

F.J. Ali Modad 66.40

Vigil/Casaldáliga 43.20

C. Rodríguez 36.80

C. Bravo 64.00

B. Ameche 25.60

Varios 33.60

A. González 36.80

R. Falla 44.00

L. García Orso 43.20

R. Mora 72.00

J. Mendoza 36.80

J. Sobrino 112.00

A. Méndez 30.40

C. Bravo 112.00

J. Saravia 55.20

I. Tellechea 33.60

A. Méndez 39.20

C. Maccise 43.20

CLAR 60.80

Coro de Acteal 112.00

CRB 30.40

CRB 77.60

F. Azuela 16.00

J. Saravia 36.80

Coedición 24.80

D. Fernández 72.00

S. Mier 42.40

Max Ortega 24.00

J. Garibay 160.00

A. Méndez 18.40

W. Guen 42.40

C. Maccise 32.00

Alejandro Rosillo 64.00

B. Ameche 44.00

CRB 73.60

CRT 40.00

M. Morales 60.00

9.60

CRB 80.00

Ernesto Martínez 144.00

19.20

J. L. Caravias 48.00

**Estos precios ya incluyen
el 20% de descuento
en pedidos y en nuestra librería**

Y lo llamaron Teotihuacan,
porque era el lugar
donde se enterraban los señores.
Pues según decían:
"Cuando morimos,
no en verdad morimos,
porque vivimos, resucitamos,
seguimos viviendo, despertamos.
Esto nos hace felices."

Así se dirigían al muerto,
cuando moría.
Si era hombre, le hablaban,
lo invocaban como ser divino,
con el nombre de faisán,
si era mujer con el nombre de lechuza,
les decían:

"Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,
ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego,
ya vuelan las mariposas."

Por esto decían los viejos,
quien ha muerto, se ha vuelto un dios.
Decían: "se hizo allí dios,
quiere decir que murió."

Quetzalcóatl baja al inframundo a recoger los huesos de los ancestros para restaurar a los seres humanos. Pero el Señor del inframundo le pone muchos obstáculos. Quetzalcóatl ayudado por su doble o Nahual, así como por los gusanos y las abejas silvestres logra apoderarse de los huesos para llevarlos luego a Tamoanchán. Allí Quilaztli muele los huesos y los pone en un recipiente precioso. Quetzalcóatl derrama sobre ellos su propia sangre y les infunde vida. Por ello los hombres aparecen en el mito como resultado de la penitencia de Quetzalcóatl. Macehuals quiere decir "los merecidos por la penitencia."

"Han nacido oh dioses,
los macehuals llos merecidos por la penitencial.
Porque por nosotros,
Hicieron penitencia llos diosesl."

Escuchad:
Hacia acá baja nuestro padre el dios.
Aquí está su casa,
donde se encuentra el tamboril de los tigres,
donde han quedado los cantos
al son de los timbales.

Como si fueran flores,
allí se despliegan los mantos de quetzal
en la casa de las pinturas.
Así se venera en la tierra y el monte,
así se venera al único dios.
Como dardos floridos
se levantan tus casas preciosas.
Mi casa dorada de las pinturas,
¡también es tu casa, único dios!

Tomamos estos textos de: Miguel León Portilla. Los antiguos mexicanos. México: Fondo de Cultura Económica y Cultura SEP (Secretaría de Educación Pública), 1983